

CONCHA
ALOS
el caballo
ROJO

se



Lectulandia

«El caballo rojo» es un bar de Lorca que funciona, o al menos lo intenta, en plena Guerra Civil Española. Hasta esta ciudad murciana se han desplazado un número de refugiados, la mayoría de ellos republicanos, de casi toda España, que van huyendo de los horrores de la guerra. Los protagonistas de la historia son Félix Alegre, oriundo de Castellón, que trabaja como camarero en el bar; su mujer Rosa, a la que la guerra ha trastornado totalmente (pierde a su bebé en una emboscada) y la hija del matrimonio, Isabel, una niña avispada que intenta seguir siendo niña en una situación que no se sabe cómo va a terminar. Junto a ellos, encontraremos otras historias: la de don Vicente, practicante también de Castellón; la de Narcisa, su esposa; a sus hijas, Serafina y Amparo. O a Nanín, joven casada con un hombre al que no ama; la de Rosario, la sirvienta de estos últimos, que tiene al marido en el frente y a sus niñas en una casa de acogida en Valencia...

La novela termina con la finalización de la contienda y la entrada triunfal en la ciudad del ejército nacionalista. Y con ello, el ansiado regreso de Félix Alegre y su familia a Castellón y el gran deseo de empezar de nuevo (con el miedo en el cuerpo pues no saben realmente qué es lo que se van a encontrar)...

Lectulandia

Concha Alós

El caballo rojo

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2018

Título original: *El caballo rojo*
Concha Alós, 1966
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

NOTA PREVIA

Cuando las tropas nacionalistas iban a tomar la ciudad de Castellón de la Plana, muchas familias emprendieron la huida en dirección a Valencia. Entre esas gentes, de ideales republicanos o simplemente temerosas, estaban mis padres y estaba yo. Casi un año tenía que durar todavía la guerra civil, casi un año que nosotros, junto con otros refugiados, vivimos en Lorca. De esta experiencia mía —con situaciones y personajes inventados— ha nacido EL CABALLO ROJO.

Al volver a Castellón, me encontré con que muchos de mis compañeros de Instituto o de juego habían muerto. En ellos, en todos los que la guerra destruyó en plena adolescencia, he pensado al escribir este libro.

«... Y vi a la bestia y a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para hacer la guerra al que montaba el caballo y a su ejército».

Apocalipsis, 19, 19-20

1. VERANO

1

Aquel día Félix Alegre les dijo que no podían volver a Castellón hasta que no se acabara la guerra. Rosa, su mujer, siguió comiendo cucharadas de aquellas gachas espesas y amarillas, como si nada hubiese oído. La niña se llevó la mano extendida ante los labios y dilató los ojos igual que si escuchara una atrocidad.

—¿Y la abuela? ¿Y la tía? —preguntó.

—La abuela y la tía que se apañen. Yo ya las avisé —contestó Félix Alegre.

La abuela y la tía de Isabel no salieron carretera adelante como ellos cuando se acercaban las tropas, no habían querido salir. Ahora la niña se las imaginó muertas, asesinadas, tendidas en medio del corral, al lado del lavadero. El lavadero con el grifo goteando sin parar: clin, clin, clin...

Félix Alegre pensó un momento en Castellón: las calles de Castellón, el paseo de Ribalta, la estación, gente conocida, su trabajo en la tienda de Las Cuatro Esquinas, su hermana —seca, morena, con el cuello largo y sucio, vestida con aquellos trajes oscuros y pasados de moda que le tapaban el tobillo—, su madre, diminuta, calzada con unas zapatillas de paño en las que solía recortar unas ventanas cuadradas para que asomaran los juanetes.

—¿Y por qué no podemos volver? —preguntó la niña.

—¿Eres tonta o qué? ¿No sabes que están allí los fascistas? ¿No estás enterada todavía? —contestó irritado el padre.

Ahora vivían en Lorca, desde mediados de julio. Rodando llegaron a este pueblo que no conocían y que nunca habían oído nombrar, y una vez aquí alquilaron una casa en la calle de Cueto. La calle de Cueto era muy empinada, una auténtica cuesta, sin aceras, toda empedrada de cantos regulares, redondos y sucios. Cuando caía un chaparrón las piedras se limpiaban del fango y el polvo que las cubría y se quedaban brillantes, grises. Pero en el pueblo apenas llovía.

La casa la alquilaron a una recién casada que tenía al marido en el frente. Era muy pequeña y tenía algunos muebles, los indispensables. La dueña, antes de entregarles la llave, encerró sus mejores objetos en el comedor y puso un candado en la puerta. Ésta era la causa de que los refugiados, la familia de Félix Alegre, no dispusieran de comedor y tuviesen que comer siempre en la cocina.

—¿Y cuándo se acabará la guerra? —preguntó Isabel.

—A mí no me marees. ¡Yo qué sé!

Félix Alegre estaba malhumorado. La niña siguió comiendo las gachas. Estaban guisadas con harina de maíz. Lo más sabroso era quizás aquellos pedazos oscuros y lisos que habían estado en contacto con el fondo de la sartén y se habían socarrado.

Rosa llenaba demasiado la cuchara, y la papilla le resbalaba por las comisuras hacia la barbilla. Ella las recogía golosamente con la lengua. Se le había olvidado la forma de utilizar la cuchara. Desde que salieron de Castellón se le olvidó casi todo. Se le habían hecho los ojos pequeños y la cara gorda, sólo pensaba en comer y en dormir, y tenía en el rostro una perenne expresión de animal feliz.

—Están buenas —dijo Félix Alegre y se sirvió otra cucharada.

Isabel comenzó a inquietarse. Había calculado que podría comerse por lo menos otro plato, pero ahora no veía el asunto muy claro. Miró a su padre. Le miró los ojos. Su padre tenía los ojos saltones, surcados de venitas rojas que le recordaban las cabezas de cordero que compraban al principio de estar en Lorca, unas cabezas sanguinolentas de morro peludo y delicado que ya no se encontraban.

—Están buenas, muy buenas —aseguró Rosa también.

La masa harinosa le resbalaba barbilla abajo hacia el cuello. La barbilla se le había puesto muy brillante y parecía más redonda.

Ya no vendían cabezas de cordero, ni carne, ni acelgas... En el mercado, que seguía exhalando un misterioso tufo a pescado podrido y a intestino de ave, no se encontraba comida. Todo lo más, estando allí antes de las ocho, podían conseguirse algunos higos chumbos. A Isabel le gustaba contemplar la habilidad de las vendedoras para quitarles la piel. Con la punta de su cuchillo cortaban los extremos del fruto, hacían una incisión en un lado y dejaban libre el fresco fruto, la pulpa jugosa mezclada con las pepitas amarillas, duras.

—¿Por qué no comes como las personas? ¿Se puede saber por qué engulles como si fueras un cerdo? —regañaba Félix Alegre a su mujer.

Ella fijó en su marido una mirada sin expresión y siguió empujando dentro de la boca las cucharadas que se tragaba sin masticar. Después se miró las manos, pastosas y grasicntas, con alegría.

—Algunas veces me pregunto si no se habrá quedado sorda también —susurró el hombre como para sí.

—Existen muchos casos de gente que se queda sorda de las explosiones —explicó Isabel, como si la frase de su padre fuera el comienzo de una conversación despreocupada que tuviera la obligación de seguir.

Félix Alegre no contestó. Siguió mirando a su mujer nervioso, abatido. Se disponía a hacer alguna observación, pero se contuvo. Se encogió de hombros y siguió comiendo, con cuidado, exquisitamente, con los antebrazos arrimados al cuerpo y el tronco erguido, como si quisiera compensar de alguna manera los salvajes modales de Rosa.

Isabel perdió las esperanzas de comer otro plato de gachas. Su madre rebañaba ya el fondo negro de la sartén rascando con la cuchara, después lamía ésta en todas direcciones con su lengua musculosa, puntiaguda, llena de granulaciones por encima y de gruesos y abultados nervios por debajo. Se consoló pensando en el medio quilo de higos chumbos que se había comido ella sola sentada en el bordillo de una acera.

Le habían dejado la barriga pesada y el paladar dulzón, pero le habían proporcionado una especie de beatitud, de paz interior, que sólo empezó a disiparse cuando volvió a tener hambre.

Cuando Félix Alegre acabó de cenar, la niña observó el cuchillo y la cuchara, cuidadosamente enlazados en el plato de su padre. Levantó la cabeza y sonrió:

—¡Qué mal sin pan, eh, papá!

—Peor están los chinos —cortó Félix Alegre.

La luz de la bombilla comenzó a apagarse. Algunas noches se convertía en un hilillo rojo, incandescente dentro del globo de cristal, débil e incapaz de iluminar nada. Cuando esto ocurría, la familia de Félix Alegre se trasladaba a la azotea que cubría los dos cuartos de arriba y se quedaban allí hasta que tenían sueño.

—Voy a la habitación —dijo Rosa levantándose de la mesa.

—¿Qué vas a hacer a estas horas en la habitación? —preguntó su marido.

—Voy a darle de mamar al niño. Es su hora —explicó la mujer.

Una luz intensa, casi blanca, se desprendía ahora de la bombilla, la cocina casi carecía de sombras y todo tenía un aire crudo y miserable a causa de aquella luz. Al minuto bajó su intensidad hasta quedar como estaba al principio; la mesa de pino, las sillas, la niña y el hombre parecieron recobrar su aspecto de siempre, el normal. Isabel recogía los platos sucios para llevarlos al fregadero. Rosa subía los escalones que conducían a los dormitorios, agarrándose al pasamano de madera. Félix Alegre miró los tres primeros escalones con excesiva fijeza, como si estuviera calculando a ojo las medidas exactas que podían tener; después observó el candado de la puerta del comedor hasta que se oyeron de nuevo los pasos de ella por la escalera. Bajaba con una almohada entre los brazos y llevaba un pecho descubierto. Era un pecho muy blanco y un poco caído, con un pezón grande y negro, rugoso como una zarzamora.

Isabel, que amontonaba los platos en la pila, pensó en Leopoldo. Leopoldo había muerto.

2

No es que Leopoldo fuera gran cosa. Tenía unos ojos saltones y azules y una cara gorda, quieta, tranquila, llena de granitos como borrija de melocotón. Decían que aquellos granos pequeños y rojos eran una erupción que le había salido a causa del calor; «Por el calor y los sofocos que yo he pasado —afirmaba Rosa—. Con tantas colas y tantas sirenas, y luego tenerle que dar de mamar a la criatura».

Al niño le pusieron de nombre Leopoldo como al abuelo, el padre de Rosa. Leopoldo se pasó los tres primeros meses dormido. Era un aburrimiento verlo dormir tanto. Le daban de mamar, le cambiaban los pañales, y a la cuna. Isabel, al verlo tan tranquilo y tan gordo, tenía la completa seguridad de que iba a ser tonto. «Parece un obispo», decía orgullosa su abuela cuando lo miraba.

Rosa, cuando tocaban las sirenas, no se ocupaba más que de cargárselo como si no hubiera otra cosa en el mundo y echar a correr hacia el refugio. Primero iban al refugio de la calle Ancha, que era muy grande y lo había pagado el Ayuntamiento, pero después los vecinos de la calle de Constantino Llombart construyeron uno en el solar donde había estado el convento de las Descalzas. Era más modesto y las paredes ni siquiera estaban rebozadas de cemento como las del otro, pero les cogía enfrente de casa. Allí se metían cada vez que sonaba la alarma, meses y meses, hasta que subieron a aquel camión para huir de la ciudad.

El camión salió de noche. Por la tarde Félix Alegre mandó a la niña a la calle del Agua para que avisara a su familia que fueran preparando una maleta con lo más indispensable para salir todos juntos. Pero su hermana Constantina dijo: «Tu padre siempre ha tenido la cabeza llena de serrín. Ni mi madre ni yo nos vamos a mover de nuestra casa. Al que nada ha hecho, nada le pasará. Los que vienen son gente de orden, no como estos que se van, que tienen al diablo dentro del cuerpo...». Félix Alegre, cuando Isabel le repitió las palabras de su hermana, se ofendió mucho. Pronunció una serie de insultos dirigidos a su familia, recordó casi todas las ofensas que le habían hecho a lo largo de la vida y, después, agitando la mano en el aire, terminó: «Ya se apañarán. Ella y tu abuela ya se apañarán».

Aquel camión salió de noche. La ciudad estaba negra, casi, a oscuras. En las esquinas, debajo de la tulipa plana de las luces de la calle, estaban las bombillas pintadas de azul, dando a todas las cosas el aire irreal de una película antigua. Se oían los cañones. Decían que los nacionalistas andaban muy cerca, en Benicasim.

Benicasim, las villas, toda una extensa playa de arena lisa y mojada, brillante junto al agua. Allí estaban los nacionalistas pegando cañonazos y avanzando a toda prisa hacia la ciudad. En los últimos días las calles se veían llenas de soldados fatigados, con las alpargatas rotas, hambrientos. Decían que en el Hospital ya no cabían los heridos. Era el mes de junio y los naranjos estaban llenos de flor.

Félix Alegre y su familia tuvieron que caminar hasta la plaza de la Paz; de allí salían los camiones. Iban muy cargados. Isabel apenas podía con las dos cestas de comida que llevaba, toda la comida que tenían en casa. Por la calle Mayor encontraron algunos muertos, extendidos por el suelo. La gente que huía cargada de maletas, saltaba por encima de ellos. Félix Alegre y su familia también. Isabel con un escalofrío en la espalda se acordaba de lo que le dijo un día su tía Constantina; «Para que se quite el miedo a los muertos y a los cementerios, hay que saltar tres veces por encima de un cadáver».

El camión se llenó en seguida, no había nadie más. Parados junto a los bordillos y en medio de la plaza de la Paz había muchos camiones, camionetas y coches grandes. La gente iba subiendo en ellos. A Félix Alegre, el miliciano que se encargaba del vehículo le dijo que para qué llevaba tantas maletas, que primero eran las vidas humanas. Pero Félix Alegre calló haciéndose el zorro. A Rosa le temblaba el labio

inferior y el niño se había dormido contra su pecho. Todos iban de pie, apretados unos contra otros para caber.

Se peleaban, gritaban y protestaban para tener más sitio. Abajo, unas mujeres lloraban y suplicaban que las dejaran subir, pero el conductor, que llevaba un mono tieso y nuevo y una correa en la cintura con pistola, dijo: «No cabe ni uno más. Largo».

Las sirenas. Otra vez las sirenas. Todos los que estaban allí habían olvidado lo que era una noche seguida de sueño tranquilo. Los nacionalistas hacía más de un mes que bombardeaban continuamente. Algunas noches tocaban la alarma cinco veces. Muchas familias habían trasladado sus colchones al refugio y dormían allí. Por eso aquellos agujeros terrosos y húmedos donde se escondía la gente, hedían a cuarto cerrado con enfermo dentro. Mal olor a gente que duerme sin abrir las ventanas. Sonó la alarma, y los que estaban en el camión comenzaron a bajarse. Félix Alegre cogió a su mujer y a su hija, a cada una con una mano: «Vosotras, quietas aquí. Si hemos de reventar, reventaremos; pero nadie nos cogerá el sitio».

Otros tampoco se movieron y cuando comenzó a oírse el silbido de las bombas y a retumbar paredes que se venían abajo, una vieja enlutada que estaba encogida en uno de los ángulos del camión se puso a chillar; «¡Criminales! ¡Mal os estrellarais todos ahora mismo...!». Con la confusión de la alarma, muchas personas que no habían cabido en los camiones aprovecharon para subirse. Se apagaron las luces de la ciudad y todo quedó silencioso. La gente callaba con miedo de que los aviones ametrallaran. El cielo era inmenso, lleno de estrellas. Allí estaban el Carro y la Osa Mayor y la Estrella Polar brillando, enseñando a los navegantes el norte geográfico como en tiempo de paz. Se veían los aviones con su luz encendida, atravesando las estrellas y unas nubes transparentes y muy ligeras.

La pava y los pavitos. Los llamaban así porque el bombardero era mayor y más pesado, grávido como una hembra que cría, le rodeaban los cazas, protegiéndolo. Las bombas se oían muy cerca. Una voz de hombre gritó: «¡Cuerpo a tierra todo el mundo!». Todos se echaron sobre el suelo de madera del camión. Isabel y Rosa mordían el palito de madera que llevaban colgado de un cordón en el cuello para que no les estallaran los tímpanos. Leopoldo se puso a llorar a gritos.

El bombardeo duró bastante. Cuando sonó el cese la gente volvió a subir a los vehículos, y los motores se pusieron en marcha. Por toda la ciudad se veían las luces movibles y rojizas de los incendios. Olía a trapo y a pelo quemado, y el polvo de las casas recién destruidas hacía toser. Una de las mujeres que había bajado para ir a esconderse, explicaba que una bomba había estallado en Correos y que todo lo que eran los edificios del Hospital había quedado liso como la palma de la mano.

Respiraron cuando el camión enfiló carretera de Valencia adelante. Al empezar a perderse las últimas casas y el campo del Sequiol, la vieja comenzó a gritar: «¡Adiós, Castellón, que no volveré a verte más!». Y lloraba. Una de las jóvenes que iba con ella le daba golpecitos suaves en el hombro y le decía: «Hala, madre, cállese ya».

Félix Alegre se levantó de puntillas para chillarle: «¿Está borracha, abuela?». Y Rosa le riñó en voz baja; «Siempre tienes que ser tú. ¡A ti qué te va lo que quiera decir la mujer!».

La carretera, iluminada por los faros, se veía a través de la ventanilla que daba a la cabina como una superficie iluminada y gris, llena de promontorios y bultos, de desniveles en el asfalto. Los plátanos de los bordes tenían una ancha faja blanca y en las ramas les crecían hojas nuevas grandes en forma de mano extendida. Los huertos desfilaban a los lados con sus flores, sus pequeñas naranjas verdes, y toda una red de acequias controladas por compuertas regaban temporalmente la tierra rica y rojiza, siguiendo el orden establecido de abuelos a nietos.

Al principio llevaban una velocidad aceptable, sin obstáculos, pero no tardaron en encontrar a los que habían salido antes. Entonces la marcha se transformó en un avanzar lentísimo. Los carros iban muy cargados: colchones, gallinas en sus jaulas, muebles, niños pequeños. Los hombres, que los guiaban caminando al lado, estaban nerviosos y se peleaban entre ellos, arreaban a las bestias con varas y alguna patada. El miliciano del mono nuevo y las pistolas se había bajado de la cabina y no hacía más que repetir, levantando la voz; «Lo que no hay que perder es la moral».

Y de pronto todo se quedó parado. Algún obstáculo impedía la marcha. Los conductores se fueron bajando para ver lo que pasaba. Félix Alegre, mordiéndose los padrastros de los dedos, exclamó: «Eso es que los hijos de la gran puta han volado los puentes».

El chófer volvía ya, dando largas zancadas entre el pasillo de coches y carros. Todo el mundo le preguntaba. Un mulo se había caído y el camión de detrás le había pasado sobre las patas. Las cosas del carro estaban desparramadas por la carretera. No se podía seguir hasta que no retiraran aquello. Isabel se imaginó al animal con las patas partidas y desangrándose. Le daba mucha lástima.

Leopoldo tenía los ojos abiertos y la cara tranquila, reposada. Cara de tragón. El chupete le colgaba sobre el baberito de esterilla que le había bordado Rosa: unos patitos amarillos a punto corrido, todos en fila, uno detrás de otro. Alguien gritó: «¡Están ametrallando! ¡Están ametrallando...!».

Con la confusión de la parada nadie había oído los aviones. Pronto se escuchó muy cerca el tiroteo de las ametralladoras dominando las voces de la gente y los motores de los coches. El miliciano del mono nuevo levantó el puño hacia el cielo y dijo con los dientes apretados: «¡Cabrones!».

Todos saltaron a tierra, corrían chillando hacia los lados del camino. Algunos tropezaban, caían al suelo. Isabel corría entre los terrones de un huerto, los pies se le hundían y el corazón era una enloquecida máquina que parecía que iba a ahogarla. Los árboles formaban sombras inmóviles sobre el suelo. Un surtidor de tierra brotó muy cerca y la niña, instintivamente, se echó junto a unos arbustos tapándose las orejas con las manos. La tierra saltó, acompañada de piedras, ramas de árbol y raíces. Isabel sintió los golpes de las piedras que le caían sobre los brazos y la espalda. Se tapó la cabeza todo lo que pudo. Una música de grillos parecía llenar todo el campo;

pero la niña no sabía si el sonido sólo existía en sus oídos. Al cabo de un rato que le pareció muy largo comenzó a oír voces que chillaban nombres: «¡Lolaaa...! ¿Dónde estás...? ¡Madre! ¡Madre! ¡Madre...! ¡Estoy aquí...! ¿Y Manolo? ¡Manolo...!».

Isabel volvió hacia la carretera. Cojeaba. Una rodilla le dolía bastante. Sentía en la espalda y en los brazos como si le hubieran quitado tiras de piel y algunos trozos hubieran quedado en carne viva. Gritó llamando a sus padres, hasta que dio con ellos. Félix Alegre corría de un lado para otro como si se hubiera vuelto loco; «Nos han herido al niño», explicó. Recorría la fila de coches gritando: «¿Hay un médico? ¿Hay un médico? Mi hijo está grave. ¿No hay un médico por algún sitio?».

El desorden se había apoderado de todo. Se oían sollozos, gritos y lamentos. Los faros de los coches estaban encendidos. Los hombres recogían a los heridos y a los muertos. Olía a gasógeno y a polvo, también a jazmín. Rosa estaba sentada en la cuneta. Parecía tranquila. Con el babero de los patitos apretaba la cabeza de Leopoldo, que tenía los ojos cerrados. El babero estaba empapado, rojo.

3

Félix Alegre tenía aquella semana el turno de tarde. Comía temprano y a la una y media entraba por la puerta de «El caballo rojo». Las primeras horas aquello estaba muerto, en el café no entraba nadie. Un calor denso se amontonaba dentro del local provocando un somnolencia difícil de vencer, un ahogo, como si alguien hubiera robado el aire y se lo hubiera llevado lejos para que los demás no pudieran respirar.

Félix Alegre notaba el pegajoso sudor de su cuerpo cobijado dentro de su blanda chaqueta de camarero. Miró el reloj. Era un reloj nuevo y redondo que estaba colocado en la pared de la izquierda conforme se entraba en el café, enfrente mismo del mostrador. Marcaba las tres y cuarto. Bostezó aburrido. El bar estaba vacío de clientes. Sólo en la calle, en una de las mesas de debajo del toldo, un hombre viejo, de cara verdosa dormía con la cabeza sobre el pecho. En el vaso que tenía delante, junto a una botella de gaseosa vacía, entraban filas de moscas zumbando, y Félix Alegre observó que también quería colarse una abeja.

Don Trinitario, el dueño del café, descansaba en una mecedora que tenía escondida detrás del mostrador. Con una mano cogía el cinturón y con la otra sujetaba desmayadamente un paipai de cartón en forma de trébol. El paipai rozaba el suelo, don Trinitario dormía.

Félix Alegre contó sus fichas sobre una de las mesas, las apiló en tres montoncitos y después se las volvió a meter en el bolsillo. Pasó el paño por el mármol de la mesa. Bostezó de nuevo y salió a la puerta para mirar la calle.

Era la hora de la siesta y la gente que no dormía se quedaba en sus casas esperando que mitigara el calor de las primeras horas de la tarde. La Corredera estaba desierta, las tiendas permanecían cerradas. Algunas hacía meses que no levantaban para nada sus puertas metálicas: las mercancías se habían agotado, a los dueños los

habían liquidado, estaban en el frente o habían huido. Los comercios que todavía funcionaban, no abrían hasta las cinco. El cielo era blanquecino, ligeramente nublado, casi cubierto por unas nubes ligeras, leves, de formas aplastadas. Los pedazos de cielo que quedaban sin cubrir eran de un azul descolorido, ceniciento. Un grupo de golondrinas volaban muy alto, evolucionaban cruzándose unas con otras en un juego veloz de frescura marina, acuática, en la tarde bochornosa.

Un perro muy flaco atravesó la calle y se metió por uno de los callejones que llevaban al Mercado. Félix Alegre pensó un momento en los perros y recordó una perra que tuvieron en su casa cuando él era niño; se llamaba *Dora*. Cuando él se hacía pipí, su madre decía: «*Dora*, trae el trapo».

Y la perra llevaba la bayeta del suelo. En este pueblo apenas se veían perros ni gatos. Félix Alegre pensaba que era probable que los lorquinos se los hubieran comido durante el invierno.

A las cuatro en punto llegó el señor Vicente. Al pasar junto a Félix le dio varias palmadas en la espalda con la mano abierta:

—¿Qué, tío grande, cómo va eso?

Su voz resonó en el aire cálido del café. El cliente que dormitaba bajo el toldo, dio una sacudida al despertarse. El señor Vicente tenía una voz robusta, vibrante. Era de Castellón como Félix Alegre. En el arrabal de la Magdalena, donde vivía, estaba el «Fomento Agrícola», un centro cultural y patriótico que, además de tener biblioteca, billar y un gran salón con butacones, contaba con un escenario para las conferencias y los recitales. Allí era donde cantaba zarzuela el señor Vicente formando parte de la compañía que los mismos socios habían constituido. Cantaban, o representaban piezas cortas de los hermanos Quintero.

El señor Vicente se sentó debajo de uno de los grandes ventiladores que existían en el café. Eran unos ventiladores lujosos, blancos, que no funcionaban. De las aspas colgaban unos papelitos de colores, largos como serpentinas, que alguna tarde, sólo con que entrara una chispa de aire, se movían provocando un alegre ruido. Hoy colgaban con aquella flaccidez un poco angustiosa de las cosas leves cuando están quietas.

El señor Vicente es gordo, pesado, fofo, tiene los pies planos y las caderas anchas, las piernas pesadas y rebeldes. En la cara, demacrada, muy juntos y dramáticos, tiene unos inmensos ojos negros, tristes, infantiles. Todo su aire lacio y desvalido recuerda a algún niño mimado e inapetente que padeciera a menudo de lombrices.

Parsimonioso, se quita la chaqueta y la cuelga en el respaldo de la silla. Es negra, comida por el sol y el amoníaco que le aplica con un cepillo su mujer para limpiársela. El señor Vicente se afloja la corbata y después se sienta. Félix Alegre lo mira con una sonrisa fija, con una interrogación enganchada en su cara. Pero el señor Vicente está ahora muy atareado secándose el sudor. Con un pañuelo grande y blanco se restriega el cuello, la frente, el pecho... La sonrisa de Félix Alegre se va haciendo

sardónica, muerta, marchita como un agujero irreparable. Por fin el señor Vicente dice:

—Tráeme un café, muchacho.

Bufa y se guarda el pañuelo en el bolsillo del pantalón. Félix Alegre es ágil, nervioso, como si sus huesos no tuvieran peso. Parece un andarín. Al caminar inclina la cabeza, grande y cabelluda, sobre uno de los hombros, las monedas y las fichas tintinean dentro de sus bolsillos.

—¡Un solo!

La modorra parece que ha cedido y don Trinitario está de pie junto a la cafetera de alcohol. Con el mango de una cucharita abre el bote donde guarda la malta con achicoria. Con cuidado, para que no se vierta, va llenando el recipiente circular y cóncavo de la cafetera.

Félix Alegre ha vuelto junto al señor Vicente, que ahora se rasca el cogote y dice algo que no se oye, porque por la calle están pasando unos carros que meten mucho ruido. Don Trinitario observa con expresión desconfiada a los dos refugiados, mientras enciende una cerilla para prender al alcohol de la cafetera.

A don Trinitario le han contado, que el señor Vicente en Castellón tenía una barbería y que a las siete, cuando cerraba el establecimiento, se ganaba un sobresueldo poniendo inyecciones. Se imagina las dos bacías de latón colgadas en la puerta como un símbolo. Su mujer debía limpiarlas todos los sábados con netol para que estuvieran más brillantes. Mira con aire crítico al barbero. Antes debió de ser gordo. Bolsas de piel le cuelgan flácidas por la cara y por el cuello, y el pantalón le viene ancho; al apretárselo con el cinturón, se le llena de pliegues. El señor Vicente y Félix Alegre aparecieron subidos en el mismo camión con sus maletas y su familia. Son de la misma tierra que el teniente de Intendencia Manolo Causanilles, una bellísima persona. Fue el teniente el que le pidió el empleo para Félix, y él, como tenía los dos camareros en el frente, y además le convenía estar a bien con los de Intendencia, se lo dio.

Entra un militar vestido de uniforme. Lleva las insignias de teniente coronel. Calza botas de montar y espuelas, y camina con petulancia. Se arrima al mostrador y pide un carajillo. Don Trinitario afirma con la cabeza mientras le grita a Félix Alegre:

—¡El solo para uno!

Félix Alegre mira de reojo al teniente coronel. Conoce a las tres hijas del botijero. El botijero que vive en el Barrio. La pequeña sólo tiene dieciséis años. Por ésta es por la que el teniente coronel manda a los soldados con sacos llenos de patatas, con latas de conserva, legumbres y pan. La chiquilla va vestida con vestidos de tela brillante y lleva aros de oro macizo en las orejas. Al atardecer, con luz en el cielo, el teniente coronel se mete en la casa. La mujer del botijero, mientras él está dentro, retira, pausada, la mercancía de la acera; botijos, platos bastos, bebederos para las gallinas... Pasa más de una hora y, después, el teniente coronel, orgulloso, con el cabello mojado, recién peinado, se dirige hacia el cuartel, crujiéndole las botas.

El cliente de la puerta, desde que se despertó, tiene una mano apoyada en el puño de su bastón y mira melancólicamente el mármol de la mesa. Félix Alegre coloca con mucho cuidado el platillo y la taza llena, con una cucharilla dentro; al lado pone una botella de agua.

El teniente coronel apoya el codo en el mostrador y mira, silbando quedamente, la esfera del reloj de pared. Don Trinitario comenta con voz apasionada el calor que está haciendo, y él no contesta. Se bebe de un trago la achicoria con anís, coloca debajo de la taza un billete de dos pesetas y sale del bar. Sus botas, altas hasta la rodilla, chirrían a cada paso. En la puerta se detiene un momento, mira indeciso a los dos lados de la calle y luego echa a andar hacia el Barrio. El señor Vicente, Félix Alegre y don Trinitario cruzan una mirada secreta, pero no hacen ningún comentario.

Un aire caliente y racheado sacude el toldo. Lo empuja hacia arriba, hinchándolo. Cuando la sacudida es muy fuerte, don Trinitario mira hacia la lona, intranquilo, inquieto. El toldo está remendado, podrido: «Un día saltará como una bandera», suele decir don Trinitario.

El señor Vicente busca ahora dentro de los bolsillos de la americana, que ha dejado colgada en la silla. Es una chaqueta negra de tela de invierno, gorda. La tela se ha vuelto rojiza y lleva los hombros salpicados de motitas de caspa. De uno de los bolsillos saca una caja de sacarina, toda aplastada, y una petaca de piel. Cuando tira sobre la mesa la petaca, el ruido es como el estallido de una baraja completa y nueva.

—Fuma, Félix.

Félix Alegre alarga la boca de oreja a oreja y saca precipitadamente un librillo de papel de fumar, mirando como hipnotizado la petaca del señor Vicente. El señor Vicente levanta la voz hacia el mostrador:

—¿Quiere un pitillo, don Trinitario?

—Hombre, no vendrá mal.

Félix Alegre traslada la petaca de su amigo encima del mostrador, parece un perro contento. Don Trinitario destapa la petaca y huele el tabaco. La cara se le ensancha.

—Coja un buen pellizco, don Trinitario, que a mí no me falta.

Sonriente, el dueño del café construye su cigarrillo poniendo bastante tabaco dentro. Pasa la lengua tres veces por la goma del papel y lo pega. Don Trinitario es rosado, bajito, calvo. Su cabeza tiene una acusada forma de pera, con lo más estrecho en la barbilla.

Félix Alegre está adulando al señor Vicente:

—Tú, ahí en el hospital, sí que te las tiras cojonudas.

El señor Vicente contesta concentrado, grave, mirando la punta encendida de su cigarrillo:

—Sí, chico. Por ahora no me puedo quejar.

—¡Caray...! Tu sueldo, tu racionamiento, tu tabaco... Y lo que va cayendo. Mejor que un ministro.

Don Trinitario brillaba. Le relucía la barbilla, los dientes de oro, los ojos... Le brillaban los cristales de las gafas como si acabara de limpiarlos:

—Su profesión, amigo mío —pronuncia con solemnidad—, es de las más cotizadas hoy en día.

El señor Vicente baja sus ojos con modestia. Tiene manojos de pelos en los agujeros de la nariz, en las orejas; por la camisa desabrochada se le ve asomar el vello del pecho.

—¡Oh, creo que exagera usted, don Trinitario! ¿Qué es un practicante al lado de un médico?

Ni don Trinitario ni Félix Alegre contestan nada, dan una nueva chupada a su cigarrillo y miran al señor Vicente esperando que continúe hablando:

—Un médico, señores míos, un médico es el que se ríe hoy del mundo y de la bola. Fíjense en don Leoncio. ¿Qué le falta a don Leoncio?

Don Leoncio era grandón y andaba como una oca. Contaba el señor Vicente que don Leoncio se merendaba todas las tardes un bote de leche condensada al baño María.

—El médico, en una guerra, es el rey. Porque uno se pasa sin zapatos y va descalzo, o no se compra un traje, pero todos esos heridos que se fabrican en los frentes ¿qué van a hacer si no los curan? Morirse como animales. ¡A ver! —razonó Félix Alegre con animación, ruborosas las chupadas mejillas.

Después de hablar se quedó unos segundos pensativo. Paseó la mirada a su alrededor, la dejó descansar unos momentos en la punta del cigarro encendido, la trasladó después a la petaca mugrienta del señor Vicente, la cual volvía a estar sobre la mesa, y añadió:

—Y trabajar en un hospital es un momio. Conseguir un empleo en un hospital es igual, en estos tiempos, que sacar un premio gordo de la lotería.

El señor Vicente continuó el hilo de su anterior discurso, como si allí no hubiera hablado nadie más:

—Y como don Leoncio, miles. Todos los médicos de España están como les da la real gana. No hay carrera como la de médico. Está bien probado.

—Claro, claro...

—Tiene razón.

—A ver; ¿qué hace desde el año treinta y seis un abogado? ¿Y un ingeniero? ¿Y un matemático?

El auditorio del señor Vicente estaba mudo. Él continuó:

—Pegar tiros. Arrastrarse por las trincheras como malos bichos.

—Ya es verdad eso, chico —afirmaba don Trinitario frunciendo la boca, sacando los labios hacia fuera.

Ya no fumaba. Se había terminado el cigarrillo. Félix Alegre lo iba conservando aún, lo hacía durar.

El señor Vicente tomó un aire confidencial, dramático:

—Si mi pobre padre no hubiera muerto en la flor de su vida, hoy un servidor de ustedes sería médico. Aquí donde me ven, sí señores. Pero se murió y no hay remedio.

—Que lástima...

—Pero yo les juro que, aunque tenga que empeñarme hasta los ojos, mis hijas van a estudiar en la Universidad. Doctoras tienen que ser. Las dos. A la mayor ya la tengo en el hospital. A mi lado. Que vaya aprendiendo, que se familiarice con el olor de la sangre.

—Es una buena idea. Yo se la aplaudo.

—Y, además, te dan suministro por ella ¿no?

—Bueno, sí. Pero eso es lo de menos. Lo importante es que vaya aprendiendo, que se haga una mujer.

Don Trinitario tosió mirando hacia la puerta, el señor Vicente sopló sobre la rodillera de su pantalón, donde se había posado una mota de ceniza. Continuó hablando:

—Y todavía hay otro oficio mejor que el de médico en las guerras...

—El de sepulturero ¿no? —dijo Félix Alegre, levantando sus ojos de pulpo hacia el ventilador.

—¡Ca!, tú... No jodas.

Don Trinitario inició una risita corta. El señor Vicente, que tenía la barbilla apoyada en la mano derecha, la cambió a la izquierda para continuar:

—El de chófer.

—Sí, chico, sí, están muy buscados.

—Sí, sí.

—En los tiempos que corremos, un chófer con un poco de cabeza se forra.

Félix Alegre reflexionaba. Se había dejado caer en la butaca de mimbre, enfrente del señor Vicente, como si no pudiera soportar el peso de sus pensamientos. Félix Alegre, en Castellón, era dependiente de una tienda de tejidos, la mejor de la ciudad. Despachaba tela a metros. La medía con un metro de madera y después, según la clase de tela, la cortaba cuidadosamente sacando antes un hilo del tejido, o la rasgaba. El comercio estaba situado en Las Cuatro Esquinas y contaba con dos escaparates grandes con maniquís que parecían mujeres de verdad. La rubia y la morena. Unas muñecas hermosísimas. La víspera de Carnaval Félix Alegre llegaba a su casa a la una de la madrugada. Cada año inventaba para las muñecas un disfraz distinto. El último año a la rubia la disfrazó de dama antigua; a la morena, de japonesa. El dueño de la tienda le había dicho: «Alegre, es usted un artista».

Eran las siete. Comenzó a entrar gente en el café. Aviadores de la base de Águilas y oficiales que descansaban del frente; muchachos muy jóvenes a los que todavía no habían llamado a filas. Casi todos llevaban pareja, sobre todo los militares. Decían que las chicas de Lorca perdían la chaveta por los uniformes.

Félix Alegre ya no paró de trabajar hasta las nueve. Danzaba de un lado para otro con la bandeja en equilibrio sobre su mano abierta, la servilleta doblada en el brazo. Gritaba en el mostrador todos los pedidos. El señor Vicente, cuando se quedó solo, inició una conversación muy animada con dos que se habían sentado en la mesa vecina.

Cuando llegó Manolo Causanilles con Nanín, Félix Alegre se apresuró a ir a atenderlos y secó con el paño unas gotas de agua que había sobre la mesa, concienzudamente. El señor Vicente también se levantó para saludarlos. Desde el mostrador, don Trinitario sonrió ampliamente.

El joven que hacía de barman comenzaba su trabajo a las siete y media. Don Trinitario entonces acostumbraba a dejar el mostrador a su cuidado para recorrer el local y hablar con sus clientes. Esa tarde la primera mesa que visitó fue la de Manolo Causanilles que, sentado junto a Nanín, tomaba un sidral. Cuando Félix Alegre pasó junto a ellos, oyó cómo don Trinitario decía mirando el toldo, con las manos en los bolsillos y la cara tensa:

—Nada, un día no nos daremos cuenta y saltará como una bandera. Son muchos soles y muchas lluvias los que lleva aguantando. Y cuando salte, angelitos al cielo. Cuando se rompa, a ver de dónde saco yo otro. Ni Dios hace toldos ahora.

4

El gorrión había caído verticalmente, ágil, en el suelo, precedido por su sombra menuda. Ahora movía la cabeza hacia los lados, como un juguete mecánico, vigilando. Picoteó algo, una pizca de comida que debía de haber encontrado junto a la ventana, lo prendió con el pico y se elevó de nuevo. La señora Narcisa, que lo contemplaba enternecida a través de la tela metálica, se acordó otra vez de su jaula de periquitos y suspiró, murmurando:

—¡Pobres bestias!

La ventana de la cocina asomaba a la calle. Narcisa, mientras preparaba la comida, podía ver perfectamente los pies de la gente que pasaba por la acera. Sólo los pies, porque tanto la cocina como la habitación que habían alquilado al llegar a Lorca eran más bajas que la calle y para entrar en ellas había que bajar diez escalones. Vivían en el sótano de una casa. La casa pertenecía a las hermanas de un cura al cual, decían por el pueblo, que le habían dado el paseo los de la FAI. La ventana de la cocina era el único respiradero de aquella vivienda. Adosado a ella estaba el marco que sostenía la tela metálica de trama cuadrada y tupida, espesa, que dificultaba la entrada a las moscas e impedía que los que circulaban por la calle pudieran ver dentro o echar desperdicios. La tela metálica estaba vieja y muchos de sus agujeros se habían tapado casi completamente por la acción del tiempo, el humo y el polvo. Estos dos últimos elementos parecían haberse solidificado y formaban una capa oscura y grasienta que constituía un obstáculo para la luz.

El puchero seguía hirviendo. Dentro se guisaban las lentejas, nadando en un caldo bien teñido de azafrán. Cebolla, tomate, medio pimiento y una corteza de tocino acompañaban a las lentejas. Una buena comida. Entre el suministro y lo que el señor Vicente conseguía en las alquerías, ellos no pasaban hambre. El marido de Narcisa cuando acudía a alguna casa para poner una inyección, reventar un furúnculo o vendar una hernia, nunca cobraba dinero; «Los billetes no se comen —les decía a los clientes— y la barriga todos los días pide su combustible. Comida. A mí me pagáis en especies».

—¡Pobres bestias! —repitió Narcisa.

Los periquitos eran azules, amarillos, blancos. Criaban en los cajones de madera que su hermano había clavado a los lados de la gran jaula y nunca se podía prever de qué color iban a ser las crías. Siempre la sorprendían: algunas veces, de un macho y una hembra amarillos salían crías moradas o de diversos colores, los más inesperados. La señora Narcisa no podría precisar en ningún momento las horas que había pasado contemplando cómo se arrullaban las parejas, cómo cuidaban de los pequeños, cómo los empapuzaban; viéndolos beber, comer, incubar los huevos. Los pequeños eran como sonrosados renacuajos y tenían dos marcas azules y abultadas que luego se convertían en ojos. Eran una especie de fetos, deformes, sin plumas, ¡tan feos! Los periquitos la distraían y la preocupaban. Gozaba viéndolos volar dentro de la gran jaula de madera rodeada de rejilla cara, inoxidable. Cuando estalló la guerra comenzó a ser un problema serio procurarles comida, y mucha gente que tenía los soltó. Narcisa, no. Bajo los bombardeos y las escaseces, los pasos que tendría dados buscando lechuga y mijo.

Narcisa añadió un cazo de agua al puchero para que no se quedaran secas las lentejas. El fuego se iba debilitando. Arrastró el cubo del carbón y sacó un puñado para añadirlo al fogón. Antes escarbó los tizones. El carbón era muy flojo y tenía poco peso. Lo hacía ella misma con maderas viejas que quemaba en la puerta de la calle y apagaba antes de que se consumieran.

El humo se levantó con violencia. Siempre pasaba igual al principio de echar el carbón. Al minuto la cocina estuvo llena por una nube espesa que olía a resina. Empezaron a llorarle los ojos, la nariz se llenó de una moquita aguanosa. Narcisa fue a su cuarto para buscar un pañuelo.

La jaula de los periquitos, la radio, sus sábanas, sus toallas, su vajilla, los muebles... Todo se había quedado dentro de la casa, cerrado bajo llave en la calle de los Tres Reyes, en el arrabal de la Magdalena. Algunas veces en Castellón, los domingos por la tarde su marido le decía: «Narcisa, ponte guapa y nos iremos al cine». Ella le contestaba: «Vete tú solo. Yo estoy bien aquí».

Y pensaba: «Con el dinero que me tenía que gastar en el cine, mañana me compraré una toalla...». Y, así, ahorrando, sacrificándose, privándose de muchas cosas, había reunido toda su ropa blanca, los trajes buenos para las chicas... Ella se distraía con cualquier cosa, no necesitaba como otras ir de bureo a todas horas, andar

de paseos y de bailes. Los días de cutio se iba a casa de su suegra, con la labor; allí hablaban, reían, se enteraban de las cosas del pueblo. Tenía comenzada una colcha de ganchillo formando estrellas, que se hacía pieza por pieza, estrella por estrella, y se unía después con un punto enano. Era una de las cosas que se había traído. Ya la tenía casi acabada. Disfrutaba haciendo labores, reuniendo ropas y objetos.

El humo había menguado, el carbón se había encendido. Narcisa probó el guiso para ver cómo estaba de gusto. Le faltaba cuajar un poco más. Con la tapa de una caja de zapatos aventó el fuego. Siempre que usaba el cartón aquel se ponía triste. La tapa había tenido un hermoso color celeste y en la caja de la que formó parte habían estado sus primeros zapatos de tacón. Azul celeste, cualquiera lo diría. Todo lo que habían traído, con penas y trabajos, cargados como bestias, sufría un proceso de devastación tan rápido que daba pena. Todo estaba viejo y algunas cosas habían desaparecido, a pedazos. Los calcetines de su marido, por ejemplo. Él, que allí en Castellón era tan pulcro, siempre vestido de oscuro, los calcetines sin zurcidos, los zapatos embetunados, ahora andaba sin calcetines. Y sábanas sólo tenían cuatro. Los trajes que llevaban estaban tan viejos que un pobre los vería tirados en medio de la calle y no los recogería. Apenas les quedaba nada de lo que trajeron al huir. Y lo que quedó nadie sabía si podrían recuperarlo.

Algunas veces, cuando pensaba en su casa, el hogar que abandonaron por miedo a las tropas enemigas, se imaginaba a los soldados echando la puerta abajo, a culatazos. Destrozando sus armarios y astillando después la jaula de los periquitos. Era extraño, pero la angustia que podía sentir al considerar perdido todo lo que había conseguido reunir en veinte años de casada, perdía importancia junto al alivio de pensar que los animalitos aquellos no se habrían muerto de hambre encerrados. Ella les abrió las puertas antes de salir, habían podido escaparse y volar. Alguien los habría recogido, la gente no tiene el corazón tan duro como dicen. Los periquitos y los canarios, cuando se escapan, como no saben buscarse la comida, suelen meterse por una ventana, a encontrar otro amo, como hacen los perros.

El reloj, un despertador cromado con una campanilla sobre la esfera, colocado sobre la mesa, tenía un ritmo muy rápido. Era la una. Dentro de media hora llegarían las niñas y su marido. Tenía que echar las patatas.

Dos de las más gordas. Con un cuchillo le rascó la piel para aprovecharlas más. Las patatas eran viejas, rijosas. Unas raíces malva, blancas, rizadas, iban brotando por toda la superficie. Dentro de la piel el tubérculo quedaba hueco, flácido.

Y menos mal que aquellos quilos no tenían gusanos. Últimamente una plaga, la del escarabajo de la patata, había atacado los campos. Eran unos escarabajos pequeños, dorados, con diez rayas amarillas sobre el caparazón. Narcisa había *encontrado* alguno pero lo pisaba. Estos bichos acababan con surcos y surcos de patatas. Eran como una maldición.

A la una y media llegarían el señor Vicente y las niñas, sus hijas: Serafina y Amparo. Dos mujeres ya. Cuando las miraba, tan mayores, le costaba hacerse a la

idea de que eran hijas suyas, de que habían nacido de dentro de su cuerpo y ella les había dado el pecho y cambiado los pañales. Ahora apenas sabía nada de ellas. Tenían sus secretos que no le contaban, su vida. Y cada día las sentía más lejos. Es la ley de la vida. Una rueda. Ella, Narcisa, había hecho igual: alejarse, a medida que iba creciendo, del mundo de su madre. Al final, cuando tenía veinte años, su madre le parecía una extraña. Pero lo curioso es que Narcisa creía entonces que la culpable de la incomunicación era la vieja, que con el tiempo se había vuelto rara. Serafina y Amparo pensarían lo mismo seguramente, que ella era una antigua y que no podía entenderlas.

Fue por las niñas, más que nada por las niñas, por lo que escaparon de Castellón, con los moros y los regulares casi pisándoles los talones. Decían que los soldados violaban a las chicas y después les cortaban los pechos. Que los moros no sólo peleaban por las tres pesetas diarias de la paga sino también por la rapiña y para forzar mujeres. Otros decían que todo eso eran embustes para desacreditar a los nacionalistas, que éstos cuando conquistaban un pueblo lo único que hacían era repartir botes de leche condensada, panecillos y celebrar al aire libre una misa de campaña.

Parecía increíble que el tiempo hubiera corrido tanto. Las niñas eran ya unas mujeres. Cuando lo pensaba... No hacía tanto, le parecía a Narcisa, que ella había sido joven: entonces tenía la piel como los pétalos de los geranios y el tipo muy bonito, todos se lo decían. El señor Vicente estaba muy enamorado. Para casarse pronto renunció a su carrera de médico: «Si tú te conformas con tener un marido practicante, nos casamos el mes que viene. Estoy loco por ti».

Diego, aquel vecino suyo que se dedicaba a la fotografía artística, un día le propuso posar para hacer tarjetas postales, para felicitar a la gente; no tenía que hacer más que sentarse en una silla y oler una flor, pensativa. Cuando se lo dijo al señor Vicente, éste se puso como una fiera: «¡Fuera! ¡Nada de hacer tarjetas postales! Eso es cosa de pendones».

Los padres de Diego tenían una carpintería frente a la casa de Narcisa, pero él se ganaba la vida con las fotografías. Decían en la calle que tenía la cabeza volada, porque algunas temporadas se negaba a comer carne y era vegetariano y también porque había instalado en su cuarto unas pesas y un columpio y todas las mañanas hacía gimnasia. Pero no era verdad que fuera loco, lo que ocurría era que le gustaba leer, y esas ideas las sacaba de los libros. Se había hecho fotógrafo él solo, estudiando. Diego fue pretendiente de Narcisa, antes que el señor Vicente, pero ella prefirió a su marido porque creía que llegaría a terminar la carrera de médico. ¡Lo que son las cosas!

Los oyó llegar por la esquina. Serafina iba refunfuñando por algo y Amparo hablaba con su voz fina de timbres cuidados, apaciguadora. Su marido tosía. Debía fumar.

Probó las lentejas. Estaban en su punto, ni deshechas, ni duras, ni dulces, ni saladas. Abrió el cajón de la mesa para sacar los cubiertos. Cuando sonó la campanilla de la puerta, caminó de prisa por el pasillo, para abrir, contenta.

5

Isabel Alegre se detuvo casi veinte minutos ante la puerta de una herrería para ver cómo le clavaban las herraduras a un caballo. La llenó de sorpresa que el animal no diera ninguna muestra de sufrimiento. Después, sentada en el bordillo, se miró concienzudamente la planta de su pie; renegrida y callosa, sucia y sudada por culpa de aquellas malditas sandalias de goma de auto que se había hecho ella misma.

Atravesaba el pueblo a una velocidad muy desigual. En los trozos de calle sombreados se paraba o andaba muy lentamente, leyendo restos de antiguos carteles pegados a los muros y también algunos recientes: «*Hagamos tanques*», «*No pasarán*», «*Combatiente: la sífilis es tu peor enemigo*»; mirando el interior de una casa, velado solamente por una cortina de dril, u observando fascinada unas hormigas rojizas y cabezudas, saliendo de su agujero o entrando en él, llevando a rastras el cuerpo todavía palpitante de una cucaracha, arrastrando algún objeto desproporcionado o de inútil apariencia hacia algún lugar oculto... Por las calles donde el sol caía de plano, Isabel Alegre caminaba a saltos.

Parecía un canguro. Se miraba de reojo en las vidrieras de las puertas y encontraba que su aspecto era muy parecido al de los canguros. Las piernas le habían crecido mucho últimamente y esto y la forma de andar eran la causa de su semejanza con aquellos animales, que, por otra parte, Isabel Alegre sólo había visto alguna vez en el cine, en algún noticiario sobre Australia o sobre el parque zoológico de Londres. Eso de parecerse a un canguro la tenía bastante preocupada.

Eran las doce y media. Manolo Causanilles le había dicho a su padre; «Manda a la chica a mediodía y le haremos un vale». Manolo Causanilles es teniente de Intendencia. Manolo Causanilles, que es de Castellón, cuando lo encontraron en Valencia les dijo: «Veníos conmigo. Todos unidos formaremos una gran familia. Lo que sea de uno, será de todos».

Ha atravesado el pueblo, la Ciudad. Ahora camina por el puente para entrar en el Barrio. El puente es grande, todo de piedra, con cuatro ramales que se tienden sobre el río Guadalentín. El río está seco. Abajo, en lo que durante una temporada es su cauce y sus márgenes sobre una tierra arenosa que las aguas han modelado imprimiéndole ondas, dibujos rizados, crecen adelfas rojas. Un poco más arriba están las chumberas, altas, pobres, de angostas palas, desgajadas y rotas por los ladrones de higos chumbos.

El Guadalentín divide al pueblo en dos partes: la Ciudad y el Barrio. Odios antiguos de raza y de casta dividen las dos partes del pueblo de una manera todavía más radical que el río. Los del Barrio y los de la Ciudad son enemigos. Los nombres

y las mujeres de uno y otro sector no pueden casarse. Si alguna vez ocurre, los rencores se desatan; hay puñaladas, venganzas familiares. Dicen que hace siglos, cuando los árabes ocupaban la ciudad, el barrio era una especie de *ghetto* donde estaban confinados los cristianos. Luego se cambiaron las tornas.

Hace mucho calor. El sol ha barrenado el asfalto de la carretera y por los agujeros se escapan unos chorritos negros, brillantes y pegajosos. Es alquitrán como el que deshacen dentro de calderas los hombres miserables que se emplean para arreglar caminos. Una brisa fresquita, un viento que hace volar papeles y el polvo de las aceras, sube desde el río.

Manolo Causanilles le había dicho a su padre; «Manda a la chica después de las doce y le firmaré un vale». Félix Alegre conocía desde hacía tiempo a Manolo, pero Isabel, hasta que no lo vio en el «Hotel Comercio» de Valencia, no supo quién era. Por aquellos días toda la ciudad levantina estaba atestada de gente trashumante y desastrada: eran los que habían huido de los pueblos que iban conquistando los nacionalistas. Llenaban los hoteles y las pensiones, dormían encima de sus carros como los gitanos y por la noche, la mayoría, se amontonaban en las aceras. A la madrugada, patrullas de milicianos buscaban a los de la quinta columna. Una noche llamaron a la habitación que ocupaban los Alegre en el «Hostal del Gallo», allá por las Torres de Cuarte. Los milicianos llevaban linternas y pistolas. Félix Alegre, que se levantó en calzoncillos a abrirlas, les enseñó la documentación: «Somos de Castellón —les dijo— y hemos venido a Valencia huyendo de los fascistas, porque no hemos querido caer en sus manos». El que parecía jefe de los milicianos, después de mirar atentamente los papeles que Félix le había enseñado, se despidió diciendo: «Dispensa, camarada».

Y levantó el puño diciendo: «Salud». Cuando cerraron la puerta se oyó que llamaban a la habitación de al lado y Félix Alegre musitó: «Deben buscar un pez gordo».

Un día, desde aquel «Hostal del Gallo», fueron hasta el hotel del centro donde los había citado Manolo Causanilles. Había citado, además, a los otros, pero ellos llegaron los primeros, seguramente antes de la hora fijada y por eso Manolo Causanilles, que estaba en el comedor al lado de Nanín, se vio obligado a invitarlos a comer. Mallín, rubia y bajita, con las pestañas embadurnadas de rímel, tan separadas entre sí que si no hubiera pestañado tanto se le hubieran podido contar, los saludó con mucha amabilidad. Manolo Causanilles, señalándola, dijo: «Mi mujer». Y Félix Alegre le estrechó la mano. Tenían la mesa puesta y en medio, dentro de una fuente plana y alargada, había lechuga, tomate y aceitunas. Manolo Causanilles le hizo una seña al camarero y le ordenó; «Ponga tres platos más, por favor». Después, mientras comían, Nanín señalando la ensalada, repetía; «Piquen, piquen».

A la hora del café acudieron los demás. Todos eran de Castellón. Caras cotidianas y personas de las que no se conoce el domicilio, ni el nombre ni la voz, pero que uno se ha tropezado por las calles muchas veces y resultan familiares. Todos parecían mal

dormidos y algunos hombres iban sin afeitarse. Empezaron a contar sus problemas, sus aventuras durante la huida, y todos hablaban a la vez. Una vieja robusta, con un hermoso cabello de un color blanco amarillento y la boca mellada, se puso a gemir súbitamente: «Tenían que haberme quebrado las piernas cuando se me ocurrió dejar mi casa. Me las tenían que haber quebrado». Y la señora Narcisa, la mujer del señor Vicente el practicante, con sus rodiles violeta debajo de los ojos y su perenne sonrisa de buena mujer, le pegaba con el codo y le decía suavemente; «Calle, cálese usted. No va a adelantar nada, señora».

Aquel día, delante de las tazas vacías, Manolo Causanilles pronunció largas parrafadas sobre la libertad y la justicia social. Cuando acabó su discurso, añadió: «A mí me han nombrado para un puesto importante en Lorca, en Intendencia. Veníos conmigo. Todos unidos seremos una gran familia, porque la unión hace la fuerza». Todos aplaudieron y Félix Alegre lloraba. Al cabo de unos momentos alguien preguntó; «¿Y Lorca dónde está?». Nanín arqueó sus finas cejas, un hilo de ceja sobre cada ojo, y pronunció con voz firme y clara: «Lorca está en la huerta del Segura. Cerca de Murcia y de Totana».

Sopló una ráfaga de aire. Un papel amarillo que parecía un prospecto voló muy alto delante de Isabel. El prospecto, después de elevarse, atravesó el pretil del puente y fue planeando hasta caer sobre el seco cauce del río; allí quedó detenido junto a una piedra. A los lados del río, unas casas pequeñas, recocidas por el fuerte sol, tenían unos tiestos de geranios en las ventanas.

«Lorca está en la huerta del Segura. Cerca de Murcia y de Totana». Lorca, un pozo del que no se podía salir. Muy lejos estaban el mar, las barcas, la playa, las olas, la arena... El paseo de Ribalta, el soltero campanario al lado de Santa María. Santa María era la Iglesia Mayor de Castellón, Pero ya no existía. Los de la FAI la habían echado abajo y del templo sólo quedaban los escombros. Luego de destruirla, la gente iba diciendo por la ciudad que trasladarían todas las piedras a la plaza del Real para construir con ellas un cabaret por todo lo alto, porque lo más importante del mundo era la alegría.

Una mujer con un cántaro en la cabeza camina delante de Isabel. Perezosos, desmayados, dos soldados arrastran en dirección contraria un carrito de mano. El viento embiste desde abajo, violento, agradable, fresquito. Una de las ráfagas levanta las faldas de la mujer del cántaro. Sus muslos son morenos y peludos, carnosos. Los soldados la miran. Ella mira a los soldados. Con cuidado, fastidiada, descarga el cántaro de su cabeza. Lo deja en el suelo. Un poco de agua se derrama en el suelo y el sol se refleja dentro. La mujer tiene la frente surcada de pequeñas gotitas de sudor, muy redondas; la piel, enrojecida por el calor, le forma a los lados de los ojos y de la boca finas arrugas. Se mete la falda entre las piernas, como unos pantalones, Coloca de nuevo el cántaro sobre su cabeza y sigue su ruta hacia el barrio. Los soldados se dejan llevar cuesta abajo por el rodar del carro. Las ruedas rechinan y las tablas bailotean levantando mucho ruido, un ruido como el de unos bidones vacíos y

apaleados. Uno de los hombres, que parece flotar dentro de su holgado mono, de un azul desvaído, grasiento, vuelve de nuevo la cabeza para mirar a la mujer que se va alejando. Dice algo al otro y se ríen los dos. La risa los anima y andan más de prisa.

Después del Puente está Intendencia. Es un edificio rectilíneo, moderno y desangelado, que se construyó un día para almacén de piensos. A su izquierda se ve la fachada de piedra del hospital con su blasón de nobleza y la verja de hierro alrededor del pelado jardín. Las hierbas tienen color de paja y están tumbadas, y a las ramas de los rosales les han nacido unos pinchos grandes y curvos. Una palmera, muy alta, mueve acompasada sus palmas más verdes.

En el interior de Intendencia hay mucha gente de pie, esperando. Huele a costal de arpillera y a algarrobas. Un pito suena largamente, ensordecedor, en el patio central del edificio. Inclinado como un cuadrúpedo, por el peso de un saco que lleva sobre las espaldas, un soldado bajito y picado de viruelas sale de donde ha sonado el pito. Por la arpillera del saco se transparentan unos bacalaos planos, cubiertos de una sal fina y uniforme, como harina.

Al fondo de la sala hay una separación hecha con madera de pino que tiene unas taquillas. En una de ellas han colgado un cartón que dice: «Vales» y delante hay una cola. Isabel pide la vez. Es una fila desigual, torcida, desordenada. En alguno de sus puntos las personas han formado corro y hablan animadamente, mirando de reojo a los soldados cargados con las sacas de pan y de víveres. Isabel le toca detrás de un viejecito de cara amarillenta y ojos desconfiados, que se mantiene orgullosamente apartado de sus vecinos inmediatos. Un hombre con gorra de plato grita, congestionada la cara, desde lo alto de la escalera:

—¡Y al primero que vuelva a armarla, le doy una patada y se va a la puñetera calle!

Se le acerca un soldado, mansurrón, miedoso, y le susurra algo que no se oye. El jefe aquel vuelve a gritar:

—Pues si no lo tiene usted, lo pinta. ¡Aviaos estamos con los soldaditos...!

El viejecito que va delante de Isabel tiene las cejas tupidas y blancas, enmarañadas. Mira al individuo chillón de la escalera despectivamente y dice en voz muy baja:

—¡Bah, bah, bah...! ¡Mamarracho...! ¡Tontaina!

Escupe en el suelo, al lado de su pie. Después se saca un pañuelo del bolsillo del pantalón y se limpia la boca. Isabel lo mira. El viejecito se parece mucho a su abuelo. El padre de Félix Alegre murió hará apenas dos años y tenía un estilo de cara como la de ese hombre.

Detrás de la ventanilla un manco va llenando vales para todos los que enseñan un carnet y una fotografía pegada. Isabel siente el estómago vacío y las piernas muy cansadas, flojas. Ha tomado de desayuno, como todos los días, un vaso de malta con sacarina. No es exactamente malta, sino los recuelos que trae Félix Alegre de «El

caballo rojo». Los hierven y se los beben. Algunas mañanas comen también un boniato hervido, pero hoy no tenían boniatos.

El aire de Intendencia huele también a pan caliente, como la casa de sus abuelos allá en la calle del Agua, en Castellón, que tenía todavía en las paredes aquel olor a pesar de que hacía años que no se cocía en ella. Isabel piensa en la casa de los abuelos. Se acuerda de sus amigos, los niños de la calle del Agua. Con quien más le gustaba jugar era con Lolita. Lolita tenía un hermano sordomudo que si le gritaba a la oreja: «¡Marianooo!», sonreía. El padre de Lolita era sifonero y se recorría toda la ciudad subido en un carro de toldo de lona, repartiendo sifones.

El pan. Isabel todavía tiene en los oídos la canción de su madre a la hora de las comidas, la canción de antes de la guerra: «Come pan», «Sin pan, la comida no alimenta», «Come pan...». Ahora, en la tahona les daban a veces cien gramos, una rebanada leve, esponjosa, tibia. En sueños, muchas noches Isabel se come una hogaza.

El olor a pan es macizo, aromático y recuerda el salvado, las pilas de sacos amontonados en las tahonas, las ramas de pino para enrojecer los hornos. Con ese olor la boca se llena de saliva y hay que estar tragándola continuamente. A veces tanta saliva produce bascas en el estómago y da la impresión que de un momento a otro uno va a vomitar.

En casa de Félix Alegre, en la casa de sus padres, siempre tuvieron panadería. Desde la calle Mayor acudía la gente a comprar los panes que Bartolomé Alegre amasaba a mano. A la edad de quince años, Félix Alegre huyó de su casa porque no quería ser hornero. Ahora tenía que correr detrás de Manolo Causanilles y soltarle el rollo del hijo muerto, la mujer enferma y la cartilla de ahorros en la que no quedaba ni un real, para conseguir un pedazo de pan.

La cola avanzaba con mucha lentitud y hasta las dos de la tarde no le tocó el turno a Isabel. Cuando estuvo delante de la ventanilla, preguntó por Manolo Causanilles. Nadie lo encontraba. Por fin el hombre manco que había ido a buscarlo apareció por la puerta del fondo andando muy de prisa, con la manga vacía que le volaba y un papel en su mano única que decía: «Vale por dos chuscos». Firmaba Manolo Causanilles.

6

Lolita tenía un hermano sordomudo que si le gritaban a la oreja: «¡Marianooo!», sonreía.

Isabel, para ir a su casa, atravesaba la calle después de mirar, como le recomendaba su madre, dos veces a un lado y a otro por si venía un coche o una bicicleta, porque sus amigos vivían en la acera de enfrente. Lolita, al comenzar la primavera, solía sentarse en el rastrillo, junto a su casa, con una caja de cartón llena de gusanos de seda sobre las rodillas. Mariano, al lado suyo, contemplaba absorto

alguna cosa lejana: la calabazas blanquecinas y grandes que guardaba la lechera en el balcón, o el humo que salía por la chimenea de la fábrica de alpargatas. Recto y negro al principio, extendido y gris, casi invisible a medida que se alejaba del tejado. Por la calle del Agua pasaba poca gente. Isabel y sus amigos manoseaban los gusanos mucho rato, hasta que se cansaban.

Lolita y Mariano vivían enfrente mismo de la casa de los abuelos de Isabel. Cada vez que la niña iba a comer a la calle del Agua jugaba con ellos; era uno de los alicientes que encontraba al visitar a la familia de su padre, aunque no el único: había algo misterioso y atractivo en la antigua panadería de la calle del Agua, algo que la entristecía y la fascinaba sin saber exactamente el motivo. Iba muchas veces, y algunas hasta se quedaba a dormir. Cuando Rosa iba al dentista, o de compras, o se sentía cansada, llevaba a la niña a casa de sus suegros. No es que Félix Alegre se llevara muy bien con su familia. Algunas temporadas ni siquiera se saludaban por la calle. Pero al final siempre hacían las paces.

Los Alegre eran gente bronquista y gritadora. Eran también generosos y llorones. Para Navidad, en que se juntaban todos para comerse el pavo, solían armarla. Un año la discusión llegó a tal punto que Félix Alegre cogió a su mujer y a su hija para ir a comer a un restaurante. Por el camino juró que no volvería a pisar la casa de sus padres. Pero a la semana siguiente su hermana Constantina se presentó con una docena de magdalenas e hicieron las paces.

El abuelo no solía mezclarse en las peleas familiares. Al menos de una forma directa. Cuando sus hijos y su mujer comenzaban a hablar, a recordar otras Navidades, bodas o duelos, él escuchaba complacido, con una sonrisa muy fina dibujada levemente en los labios. Pronto, mezclada con los recuerdos, aparecía una mala pasada, una frase pronunciada tiempos atrás con segunda intención. Ya estaba. El abuelo continuaba inmóvil, con la mojada colilla en la boca y una chispa divertida dentro de los ojos. Sólo si la discusión se enfriaba o marchaba frívolamente por derroteros inseguros o tibios, solía intervenir con alguna palabra hábil e incendiaria pronunciada en el momento justo. Y la cosa, entonces, volvía a marchar sola.

El abuelo era muy alto, huesudo y activo. Llevaba la panadería que heredó de su padre desde los veinte años. Amasaba a mano y hasta de la calle Mayor acudía público para comprar el pan de Bartolomé Alegre, que tenía fama.

Años atrás al abuelo le ayudaba su hijo Emilio, que era el mayor. Pero Emilio Alegre murió un domingo por la tarde en el incendio del «Cine Goya», pisoteado por la gente que escapaba. Después, el abuelo tuvo que meter un empleado porque con las hijas no podía contar y Félix se negó desde niño a trabajar de panadero. El padre lo ponía en la boca del horno a correa limpio, pero una madrugada Félix Alegre cogió el rápido para Barcelona y no volvieron a verlo. Regresó al cabo de seis años, bien vestido y con una maleta llena de ropa nueva. Se había hecho dependiente de tejidos y, aunque el abuelo decretó que era oficio de marica, Félix Alegre encontró empleo en el comercio de Las Cuatro Esquinas y al poco tiempo se casó.

Félix Alegre tenía dos hermanas. Una era Vicenta, que se casó muy joven con un sastre de Cabanes y empezó a tener criaturas en seguida, cada año una. Aprendió a coser pantalones para ayudar al marido y entre el oficio y los hijos no se movió nunca más del pueblo. La otra, Constantina, era una especie de urraca egoísta. De joven tuvo relaciones con un guardia civil de Albaladejo del Cuende, al que el abuelo no podía tragar. Mientras duró el noviazgo, Constantina se dedicó a juntar ropa para el ajuar, afanosamente. Aprovechaba los costales de harina para hacerse mantelerías. Entonces existían unos sacos buenos, como de lienzo, que ella lavaba bien, echaba en lejía y hasta le servían, añadidos, para sábanas de abajo. Constantina llegó a tener tres baúles repletos de ropa pensando en el hogar que iba a formar con el de Albaladejo del Cuende.

Dos años antes de estallar la guerra el abuelo traspasó la panadería. Bartolomé Alegre ya andaba, por entonces, encorvado y cano. En el treinta y nueve, Constantina, que vivía con sus padres porque el guardia civil la había plantado, solía decir: «Vamos, es que llevamos la negra. Si antes dejamos la tahona, antes se pone el pan por las nubes».

Un día el abuelo dijo que quería dormir solo y trasladó todas sus cosas a la habitación donde un tiempo durmió su hijo Emilio. Desde entonces las relaciones de Bartolomé Alegre con su mujer y su hija se pusieron muy tirantes. Las dos mujeres imaginaron atrocidades. Constantina se sacó, nadie sabía de dónde, que su padre visitaba muy a menudo a una gallega que estaba en casa del Alfonso. El Alfonso, del que decían por Castellón que era hijo bastardo de Alfonso XII, tenía una casa de fulanas muy importante en el barrio de San Roque, frente a la mercería de Cal Peludet.

Constantina y la abuela pasaron una temporada de desazón. Espiaban al abuelo, le registraban los bolsillos por si llevaba alguna carta o para contarle el dinero, lo seguían con disimulo cuando iba a alguna parte. Pero a medida que pasaba el tiempo se les fue olvidando lo de la gallega y las discusiones con él fueron de poca monta. Es decir, nunca discutieron, porque el abuelo no solía contestar a sus palabras; cuando empezaban a hablar con él, cogía un saco de arpillera y se marchaba. Volvía casi de noche con el saco lleno de hierba fresca para los conejos y una colilla amarilla en la boca. La abuela y su hija, que se calentaban en el brasero, le criticaban en voz baja:

—Ya fuma otra vez.

—Si en vez de gastar tanto en tabaco entregara más dinero...

—Otro gallo nos cantaría.

—Sí, pero primero son los vicios.

La silueta del abuelo era ganchuda, afilada. En medio del corral, sin mirar a su mujer ni a su hija, que, sentadas en la mesa camilla, le acechaban desde detrás de los cristales, limpiaba concienzudamente las jaulas de madera de los conejos y después les cambiaba la comida. Los animales salían de sus madrigueras de madera al olor de la hierba fresca, moviendo constantemente los músculos de alrededor del hocico sin

abrir la boca, mirando al abuelo con aquellos ojos tan grandes y tan tristes, mientras él les repartía la alfalfa y la comida que había ido a coger al campo para ellos. Los conejos se dejaban acariciar la cabeza y mientras él les pasaba la mano bajaban las orejas y las ponían lacias, como dos pedazos de fieltro sin vida ni nervios. La hierba sobrante la guardaba bajo el porche, tapada con sacos por si llovía. Antes de encerrarse en su habitación Bartolomé Alegre se aseguraba de que el cerrojo de la conejera estuviera echado. Cuando desaparecía del corral, su hija y su mujer se quedaban en silencio. Escuchaban. Si oían algún ruido que pudiera venir del cuarto, cuchicheaban.

—Ya enciende una cerilla.

—Un día le pegará fuego a la casa.

—Sí, pero ¿a él qué?

—Ya se acuesta.

—Yo no me explico cómo puede dormir tanto.

—Ahora habla solo.

—¿Qué dirá?

Las tardes de otoño son cortas, el sol se pone en seguida. Hace viento o llueve y no se puede jugar en la calle. Isabel entonces tenía que quedarse en la salita oyendo a la tía y a la abuela criticando al abuelo o contestar al rosario que rezaban al dar las siete. Cuando se encendían las bombillas de la calle pasaba el vendedor de ajos tiernos gritando su pregón; «¡Allerooo...!»). Entonces le entraba miedo y la invadían deseos imprecisos y mezclados: quería que fuera ya la hora de cenar para poder comer, o rezaba un fervoroso padrenuestro para que ocurriera algo extraordinario como podía ser el que se declarara un incendio en la serrería para correr a verlo, o que doña Margarita, la señora del fiscal, viniera a invitarla a una fiesta de disfraces y pelucas de las que algunas veces celebraba en su casa. Deseaba ardientemente que fuera otro día para jugar de nuevo con Lolita y con Mariano al sol, en la puerta de su casa.

El abuelo, una de las tardes que salió a buscar hierba, no volvió. Lo encontraron al día siguiente, frío ya, colgado de la rama de un naranjo. El saco de arpillera estaba hasta la mitad de rabanizas, correhuelas y hojas de limonero. Él tenía moscardas en los ojos, y en la boca un rictus irónico, torcido.

7

Manolo Causanilles se quitó la camisa. Observó durante unos segundos el cuello, para averiguar si aún se la podría poner al día siguiente, y olió la costura de debajo de las mangas. Dudó unos instantes y después la colocó con cuidado en el respaldo de la silla, como en una percha. Nanín ya estaba en la cama, sentada, con las dos almohadas detrás de la espalda y una novela de cine abierta por en medio, abierta por

donde estaban las fotografías de las escenas de la película *Rose-Marie*, que interpretaban Jeanette Mac Donald y Nelson Eddy.

—Un coche teníamos que tener.

Manolo, que estaba pensando en lo que le había contado el capitán Chamorro sobre la batalla del Ebro y los aviones italianos, levantó la cabeza sorprendido:

—¿Un coche?

—Un coche y aprender a conducir los dos.

—¿Y para qué quieres un coche si no podemos movemos del pueblo?

—¿Para qué lo voy a querer? Para lo que lo emplea todo el mundo: para pasear, llegar hasta Murcia... Y para huir cuando sea inevitable.

—No estás bien de la testa tú.

—Loca, muy loca. Cuerda es lo que estoy, y tú no eres más que un iluso. Ya verás cuando asomen los fascistas por Puerto Lumbreras y te corten el cuello en redondo. Eso si no te cortan otras cosas antes para divertirse.

—¡Bah!

—A ti te matarán por mandamás rojo; a mí me darán ricino y me pelarán al cero, por haberme juntado contigo, después de hacerme todas las cabronadas que se les ocurran.

Manolo Causanilles palideció. Se había quitado los pantalones. Con los tiosos y holgados calzoncillos y las gafas puestas tenía un aire desamparado y ridículo. Nanín observaba con mirada lúcida sus piernas, delgadas y extraordinariamente peludas.

La habitación era amplia, de techos altos sostenidos por vigas. Una cama de matrimonio y dos mesitas barnizadas de color de caramelo eran los muebles principales del dormitorio y parecían danzar allí en medio, como si los hubieran colocado en la nave de una catedral. En uno de los ángulos tenían también un armario ropero de tres lunas, en un ángulo, sobre una rinconera, el gramófono y a su lado, sobre una silla los discos guardados en sus fundas.

—Los fascistas no llegan aquí —aseguró Manolo—. Hasta ahora han ido ganando con la ayuda de los italianos y de los alemanes, pero se les va a acabar el momio. Italia y Alemania se están hartando de ellos. Al fin y al cabo, la razón está de nuestra parte y los soldados de la República son unos valientes.

—Con esas ideas que tienes no sé yo si cenarás todas las noches. ¡Como no te espabiles, te veo bien mal...! Vuestros valientes han caído como chinches y ahora sólo os quedan las criaturas de la quinta del biberón y cuatro carcamales que se mean de miedo cuando oyen las ametralladoras.

El pijama de seda de Manolo era muy elegante, de buena calidad, con rayas azules y blancas. Lo último que se quitaba por las noches eran las gafas. Los ojos sin los cristales le quedaban mustios, arrugados, pequeñitos, y la mirada mortecina parecía haber perdido toda curiosidad por las cosas.

—¡No pasarán...! ¡No pasarán, mujer! —dijo sonriendo, con bromista inquietud.

—Sí, eso dice esa loca de la Pasionaria: que no pasarán. «No pasarán, pero si alguno se cuele, vosotras, mujeres republicanas, escaldarlo con aceite hirviendo...», gritaba por la radio los primeros días del asedio de Madrid. Y si nos descuidamos nos fríen ellos. Si alguno ha querido salvar la piel ha tenido que huir, la gente que queda se pela de hambre y de miedo, viviendo en los andenes del Metro como ratas sarnosas, reventando si asoman el morro a la calle, con la metralla metida en las tripas.

Nanín manoteaba al hablar. Era madrileña. La guerra llegó mientras ella hilvanaba las costuras de un traje de *crépesatin* color de membrillo, en un taller de modistas de la calle de Fuencarral. Era oficiala de uno de los mejores modistas de Madrid. Demetrio Gil sólo confeccionaba vestidos para las marquesas de la Castellana y para actrices de alto copete.

Cuando Nanín y sus compañeras, aquel dieciocho de julio, vieron por los balcones del taller que la gente se había tirado a la calle detrás de las banderas de la República y de las otras, rojas y negras, negras y rojas, con una hoz y un martillo bordados, dejaron la costura para imitarlos. Demetrio Gil se quedó de pie, al lado de la puerta, arrimado a la pared para hacerles sitio. Sonreía sin alegría, con una soterrada angustia: «No se piensen que esto es la verbena de San Isidro. Las revoluciones suelen ser una cosa muy mala. Un desorden que no suele componer nada». Ni siquiera lo escucharon. Nanín y sus compañeras respiraban la revolución; «Que cada uno se limpie su propia inmundicia. Se acabó el servilismo de coser la ropa de los demás. ¡Muera el capitalismo! ¡Muera la opresión!».

Volvió para incorporarse al trabajo al cabo de dos semanas, pero encontró el taller cerrado. La portera la informó de que a Demetrio Gil había ido a buscarlo por la noche una patrulla de los de la FAI. El sereno, ingenuamente, les había abierto la puerta de la escalera y no habían vuelto a saber nada del modista.

Como la madre de Nanín no dejaba de dar la lata. —«Si tus amigos los comunistas esos no quieren que cosas para los demás, que te pasen una pensión, bonita. Aquí cada día hay que poner el plato caliente»—, la chica comenzó a trabajar en un taller colectivo donde se cosían capotes y ropas para los combatientes, A los dos meses, bajo el terror de los bombardeos, era novia de un comandante del ejército republicano y huyó con él a Valencia. Manolo Causanilles era su tercer amante.

Manolo Causanilles frunció el ceño mientras limpiaba las gafas antes de dejarlas junto al despertador pequeño y amarillo. Le dio cuerda maquinalmente, mientras pensaba en lo que había estado contando el capitán Chamorro; los aviones italianos bombardeando, tirándose en picado, ametrallando a baja altura a los combatientes republicanos del frente del Ebro. El capitán Chamorro lo sabía por uno de los heridos que había llegado al hospital: los republicanos tenían sus puestos sobre las montañas, pero los nacionalistas estaban dispuestos a morir para asaltar y conquistar aquellas montañas. Tenían rabiosas órdenes de ataque y la consigna era «Vigilancia, fortificación y resistencia».

Se extendían como una mancha de tinta encima de un secante, y el mapa de España cada día se encogía más para los republicanos, Manolo pensaba en las causas, en los posibles motivos del actual rumbo de la guerra, y en su cabeza se alineaban, se iban ordenando; la ignorancia del pueblo, el desorden, la mala voluntad de algunos jefes, las luchas de los partidos... Pensaba y miraba, sin verla, la trompa amarilla y desplegada del gramófono, en forma de corola de ipomea. Miraba los sobres de los discos que le gustaban a Nanín; Carlos Gardel, la Niña de la Puebla, Estrellita Castro...

—Te sería bien fácil conseguir un coche, Lo más fácil del mundo. Hoy con víveres se consigue todo. Hay señoritos que circulan por ahí muertos de miedo y con las tripas vacías, y guardan en el garaje un coche seco y parado. Te lo venderían por un saco de pan. Estoy segura.

—No seas insensata, criatura. ¿Cómo vamos a pasear en un coche por unas calles llenas de gente desesperada? Predicamos la igualdad y la justicia social hasta quedamos roncós. ¿Cómo podemos andar luciendo el garbo sobre cuatro ruedas? ¿No comprendes que es absurdo, mujer?

—Tú sí que eres absurdo.

—Además, pretendes que yo me apropie de un coche robando en Intendencia una comida que no me pertenece...

—Eres un tonto y nunca llegarás a ningún sitio. El pez grande se come al chico, aquí y en la China. ¿Qué te han hecho a ti toda la vida? Explotarte por cuatro perras. Si has querido estudiar, te has tenido que dejar la salud sobre los libros y no dormir, porque de día has tenido que ganarte la manducatoria. ¿No es así?

—Eso no tiene nada que ver.

—¡No va a tener que ver, hombre...! Abre los ojos de una vez. ¿No mandamos nosotros ahora? Pues aprovechémonos. Tú sabes, igual que yo, que esta situación no va a durar eternamente...

—Todos han explotado al pueblo y nosotros tenemos el deber de demostrarle que estamos con ellos, al lado de ellos.

—Me das risa. Lo que importa no es que los explotes o no. Lo necesario es que ellos te respeten a ti, y te respetarán si te consideran superior, si estás bien alimentado, bien vestido y se ven obligados a servirte. Procurémosnos un coche y huyamos de la quema si la cosa se pone fea.

Manolo se metió en la cama, los muelles del somier crujieron un instante. Manolo Causanilles se tapaba con las sábanas y la colcha hasta la cintura, dejaba sus brazos sin tapar. Llevó una de las manos hasta la cara de Nanín para acariciársela. Ella frunció los labios pueril, mimosa:

—¿Me comprarás un coche?

—Dentro de diez años.

—Dentro de diez años yo seré vieja, y el coche y tú me haréis maldita la falta.

—Tú nunca serás vieja. Tú siempre serás la mujer más bonita del Universo.

Se le acercó para acariciarle los hombros, el cuello, los pechos...

—¡Déjame!

—¿Quieres que apaguemos la luz?

—Apaga si te da la gana.

Cuando se murió la luz del globo blanco y redondo del centro del techo, Nanín se volvió de espaldas, enfurruñada, con el cuerpo rígido. Manolo la abrazó y le acarició el tibio vientre con los dedos. Nanín se volvió llena de ira y le clavó las uñas en el antebrazo.

—Eres como una gata, criatura —dijo el hombre.

8

La sala es larga y ancha, de una vastedad improvisada. Se nota en seguida que la han agrandado derribando tabiques. Luego, nadie se ha preocupado de pintar ni de rematar los pegotes que quedaron en el techo. Se adivinan las habitaciones primitivas por los distintos colores de la pared. A lo largo y a lo ancho existen también varias clases de empapelados y en el ángulo que da al Oeste el muro está revestido de mosaico blanco y tiene adosados unos amplios fogones de cocina que se ven recubiertos de objetos muy dispares: papeles, jeringuillas, medicamentos, y unos cuantos paquetes de forma cuadrada envueltos en papel de periódico.

Las ventanas son alargadas, tienen marcos que un día fueron blancos, pero que ahora tienen color de tocino rancio, y dan a todos los puntos cardinales. Casi todos los cristales han desaparecido y los que quedan están muy sucios. El soldado que ha servido la comida, le ha dicho que por las ventanas que dan al Sur se veía un puente, por debajo del cual pasa un río, el Guadalentín, que ahora no lleva agua y que en otoño, algunos años, se desborda. El soldado ha explicado también que el hospital ocupa un caserón que había sido un palacio. Alrededor tiene un jardín rodeado de verja y en la fachada el escudo de nobleza de algún apellido. Era un palacio, incautado al estallar la guerra, y habilitado después para hospital.

No entra ni gota de aire. Todo parece inmóvil. El sol que penetra por las ventanas se queda quieto, calentando, haciendo heder y sudar a los heridos. Pedro, cuando se queda amodorrado, ve la sala como un gran frasco de cristal cerrado con un tapón de corcho. Un frasco recalentado adrede para que se reproduzcan más de prisa las moscas y se corrompan los orines, los excrementos y la sangre de las vendas.

La enfermera, bajita, ha leído su ficha y después ha dicho: «Tenemos un practicante de su pueblo. Un señor muy simpático llamado Vicente Martell. Muy buena persona». Ha pronunciado estas palabras con alegría, con una vivacidad impropia en aquella sala, casi profana, diría Pedro. Después se ha quedado mirándole la cara con sus ojos, pequeños y brillantes, de ratita contenta. Su mirada inquieta ha recorrido a continuación la colcha que tapa el cuerpo de Pedro y se ha detenido

exactamente en la parte vacía, es decir: debajo del tronco, donde normalmente debían estar las piernas.

El castellonense Vicente Martell. Castellón. El cerebro de Pedro, esa fracción de cerebro donde debe estar la máquina de los recuerdos, se pone a funcionar con rapidez: está en el Paseo de Ribalta. Los plátanos al principio del verano se ven revestidos de hojas, unas hojas anchas de un verde intenso, tierno, vivo, con gruesas nervaduras en el revés. Son muy flexibles y la menor brisa las pone en movimiento. Los plátanos dan una sombra muy fresca y el suelo, junto a ellos, parece húmedo, más oscuro que el resto del paseo. A toda máquina atravesaba él aquellas sombras, y el viento que la velocidad de la bicicleta originaba solía hinchar la tela de la camisa como un globo. La camisa se convertía entonces en una vela que frenaba la máquina. Entonces él disfrutaba pedaleando de prisa y venciénolo. Otras veces se soltaba del manillar y podía avanzar mucho rato sin agarrarse, moviendo los pedales con los pies, los brazos extendidos. El viento, entonces, le daba en plena cara y le echaba los cabellos hacia atrás, le despejaba la cabeza por dentro como si se la limpiara, como si se introdujera en todos los rincones de su cerebro, por debajo de los huesos y de los músculos...

—Es un señor muy bueno. Una hija suya, llamada Amparo, también trabaja en el hospital.

La enfermera lo miraba a la cara de nuevo.

—¿Y son de mi pueblo? ¿De Castellón?

—Sí de Castellón.

—¡Qué casualidad!

La enfermera sonreía. Llevaba un incisivo forrado de oro. Pedro se fijó en su cuello, que era corto y de piel oscura, ligeramente más oscura que la de la cara, y le miró los botones de la bata blanca. Los dos de arriba tenían dos agujeros y el tercero cuatro. La mujer contempló la columna de mercurio del termómetro con mucha atención, como si no viera bien; después separó la sábana para colocárselo en el sobaco. Le hablaba con voz amable:

—Se llama usted Pedro ¿no?

—Pedro Meseguer, señorita.

Se notaba cohibido y le daba rabia sentirse así. Se veía indefenso y conmovido, ridículamente emocionado al notar la simpatía de la muchacha sobre él, porque sus manos de mujer le habían tocado fugazmente y porque oía pronunciar su nombre.

Pedro Meseguer. Perteneía a la última remesa llegada al hospital y procedía del frente de Teruel. Lo habían traído amontonado con otros heridos. Después de una noche de viaje algunos habían llegado muertos sobre una gran mancha de sangre que empapaba la madera del camión. Pero la mayoría aguantaba. Era gente joven, de la última quinta llamada hasta entonces. La del cuarenta y uno.

—Yo estuve una vez en Castellón. Tengo una cuñada que vive allí. Veranea en la playa del Pinar, en un chalet que es de sus padres. Recuerdo una playa muy larga, con

la arena un poco oscura, fina. Una luz demasiado intensa emborronando todos los colores.

—¿Le gustó?

—Sí, lo pasé muy bien. Me asustan las profundidades. Allí podía caminar, con el agua por el tobillo, todo el rato que quería, y jugar con el agua sin que me cubriera. Para mí es lo ideal, porque no sé nadar. ¿Usted sabe nadar?

—Me defiendo.

Tomar el sol tripa arriba con los ojos cerrados. Oír esa gran bestia que es el mar a nuestro lado, como un dócil motor engrasado y dulcemente rítmico. Abrir los ojos y ver las olas de la escollera excavando las rocas, erosionándolas, fabricando grandes grutas submarinas que a él le gustaba explorar buceando... El verano anterior aún tomaba Pedro el sol, tendido en la arena caliente. Ya había estallado la guerra, pero ésta no había cambiado su vida de entonces. La guerra. Cuando le dieron la noticia de que se había desencadenado una guerra civil, tuvo la impresión de que comenzaban unas vacaciones emocionantes, distintas a todas las otras. El ocio de ésta no iba a tener ningún parecido al de las dieciséis vacaciones anteriores, las de su vida pasada. Era julio y había acabado el curso. Su familia se preparaba para salir a veranear. Su madre enfundaba sillones de blanco y febrilmente ataba en las lámparas pedazos gastados de sábana. Abría un paquete de bolas de naftalina que repartía por los armarios, entre los abrigos y las mantas, repitiendo: «¡Dios nos ampare! ¡Jesús, José y María! ¡Una guerra! ¡Qué desastre!».

Con un ademán la enfermera le pidió el termómetro. Pedro se fijó en sus labios, carnosos y brillantes, sin pintar. El termómetro estaba tibio, como un animalito, como si el contacto con la piel de Pedro le hubiera dado vida. La enfermera miró los números de al lado del mercurio y anotó algo en su bloc. Era el primer día, desde que estaba en el hospital, que ese herido tenía conciencia de lo que le rodeaba. La dosis de morfina tenía que ser ahora mínima, los medicamentos distintos. Le sonrió antes de bajar el mercurio con dos golpes secos, arregló maquinalmente la colcha y pasó a la cama siguiente.

El hombre de la cama treinta y uno dormía rojo de fiebre. Parecía muy alto. Tenía unas arrugas profundas y la piel recocida como la de los campesinos. Le separó la camisa para tomarle la temperatura y sus ojos la miraron un instante, sin expresión, cubiertos con una especie de membrana. Eran unos ojos de moribundo.

Pedro tragó saliva. Tenía sed. Por el rayo de sol que le daba de través veía el agua del vaso que tenía sobre la mesita, turbia de polvo; además, debía de estar muy caliente. Podía haberle pedido agua nueva a la enfermera, pero no se le ocurrió. Ahora no quería molestar.

Todo el invierno lo estuvieron oyendo —era el año siguiente de haber estallado la guerra—, lo decían por la calle y en el Instituto, en las mesas de los cafés: «Van a llamar a la quinta del cuarenta y uno». Pedro recordó lo que había tenido para él de turbadora la aventura de su salida para el frente. Los llamaron por primavera y les

decían la quinta del biberón. Su padre, el día antes de su marcha, quiso hablarle despacio, tener una larga conversación con él. Se encerraron los dos en el despacho.

La habitación donde trabajaba su padre era una sala penumbrosa presidida por el diploma de abogado del abuelo muy bien enmarcado: «Su Majestad Alfonso XII...». Ni los ruidos de la calle ni los del resto de la casa penetraban en aquella habitación. No entraban ni podían entrar. Las paredes estaban enguantadas por las estanterías de libros, llenas también de fajos de periódicos amarillentos, amarrados con cordeles. Su padre le iba hablando y él perseguía con los ojos el recorrido nervioso de un pececillo de plata. Lo siguió hasta que el insecto se introdujo en «Os Lusíadas». Una hermosa edición de lomo gris y oro. Los cristales de las gafas de su padre se veían turbios, empañados, y el olor del cigarrillo que fumaba y que de vez en cuando dejaba en el cenicero de su mesa, le recordaba los panes de higo que casi todas las tardes le daba para merendar su madre. La voz de su padre tenía unos tonos graves, bajos y apagados, como las teclas más negras del piano de su hermana Salomé; «Si te llevan al frente, Pedro, te pasas. Te pasas con las tropas de Franco en cuanto puedas, hijo».

Él iba asintiendo con la cabeza. La camisa nueva, la camisa de dril que le había dado su madre para el viaje, le raspaba la piel. Todo parecía muy fácil dentro de aquel despacho silencioso, limpio y ordenado. Pedro se veía a sí mismo saltando con agilidad de una trinchera a otra, aprovechando el descuido de un centinela. Se pasaría al otro frente, al de los nacionalistas, y, desde allí, por medio de la Cruz Roja, mandaría un mensaje a la familia como había hecho su primo José Luis: «No os preocupéis por mí. Estoy bien y gordo».

Él iba asintiendo con la cabeza y su padre, mirando fijamente una baldosa, quizá un punto determinado de aquella baldosa en el suelo, repetía con los mismos tonos de voz aburridos, tristonos: «Los rojos tienen la guerra perdida. La cosa es indudable. Tú te pasas».

Los hombres pueden llegar a no ser nada. Los hombres pueden convertirse en una máquina de matar. Hundido en una zanja, con los aviones sobre la cabeza, con los estallidos ensordecedores rodeándolo, tenía ganas de llorar y de llamar a gritos a su madre. El miedo lo paralizaba o le hacía empuñar el fusil y tirar frenéticamente, sin poderse parar, sin saber cuál era su blanco. Los hombres pueden convertirse en una miseria que sangra abandonada sobre la tierra. Su padre, allá en el recuerdo, predicando su lección, su fácil lección de un paseo entre ringleras de acacias para cambiar de frente. «Pasarse al otro lado». Un juego tan seguro que hacía reír.

Pedro Meseguer se quedó dormido sin darse cuenta, con un sueño pesado y opresivo. Era el sueño de la morfina, de las drogas. El nuevo amigo. En sueños vio agua, mucha agua clara, que corría. Él se agachaba para beber y el agua desaparecía. Soñó también con su hermana Salomé que venía a verlo. Traía en la mano una caja de zapatos. Pedro se angustiaba, quería impedir que los otros le dijeran que le habían cortado las piernas. Pero los heridos se daban con el codo, burlándose: «¿Para qué querrá los zapatos el tío? ¿Para qué quieres los zapatos, nene...?». Su hermana

llevaba un traje estampado, uno que se ponía mucho el último verano. Y le decía alargándole la caja de zapatos, de un cartón blanco y brillante: «Te has de pasar al otro lado, Pedro. Te has de pasar mañana mismo».

Se despertó con una sacudida interior. Tenía la garganta seca, áspera. El médico y el enfermero estaban curando a su vecino, que apretaba los dientes, sin quejarse. El sol seguía llenando el aire de la sala, repleta de moscas vivarachas, voladoras. Dentro de un momento lo curarían a él. Le asaltó una angustia más concreta, más próxima. La del sufrimiento físico.

2. OTOÑO

9

—De oca a oca. Y tiro porque me toca.

—¡Caray! ¡Qué suerte!

Don Trinitario aquella tarde estaba ya harto de mostrador. Cuando vio llegar al mozo se sintió aliviado. Se quitó en seguida el delantal y lo colgó en la escarpia de detrás de la puerta, disponiéndose a dar la vuelta de todos los días por las mesas del salón. Había estado solo y era difícil dar abasto a hacer cafés, limpiar vasos y llenar copitas. El local estaba lleno desde las cinco. En cuanto el tiempo comienza a refrescar, se nota. La gente se echa a la calle para tomar el sol después de la comida y se mete en los cafés para pasar el rato. En el brillante reloj de la pared eran, en aquel momento, las siete y diez minutos. Acababa de llegar el mozo, y don Trinitario se sentía feliz y libre.

Unas nubes algodonosas de contorno festoneado, blancas, de diversas formas y tamaños, iban atravesando el cielo, radiante y descolorido. Soplaban un viento noroeste, fresquito, racheado, puro. Es el viento que limpia la atmósfera, barriendo las brumas y despejando el paisaje. La madre de don Trinitario solía decir que aquel viento curaba el dolor de cabeza y se llevaba hacia el mar los microbios que provocan la tisis.

Don Trinitario, después de mirar el cielo, dio una ojeada a la calle. La juventud comenzaba a pasear por la Corredera como todas las tardes. Pronto se formaría una compacta procesión hacia la derecha, otra hacia la izquierda. Lo de siempre. Todos los años de su vida lo había visto igual. Cambiaban los individuos, que envejecían, formaban familias y eran sustituidos por otros nuevos de una forma imperceptible y segura. Y el paseo se repetía todos los días, desde las siete hasta las diez.

Los golpes de viento hacen oscilar el toldo de arriba abajo, en un compás temblón y desordenado. Don Trinitario le echa a la lona una mirada intranquila, suspira brevemente y, después, vuelve la cabeza para mirar dentro del local. Los refugiados siguen jugando a la oca. Félix ha patinado al resbalar con una cáscara de higo chumbo que andaba por el suelo. Menos mal que no se le ha caído la bandeja. Camina, llevándola en equilibrio, con la gran cabeza poblada de cabello, inclinada levemente sobre uno de los hombros. Destapa velozmente las gaseosas, sirve los cafés de achicoria color castaño, las copitas de anís. Cada día tiene la piel más brillante, más pegada al hueso. Adelgaza, cada día está más seco. En cambio su mujer, a quien la guerra ha vuelto tonta, va engordando y hay quien dice que espera otra criatura.

Joaquín Aparicio, al cual todos llaman Ximet, agita el cubilete de madera con energía y se lo acerca a la oreja sin dejar de moverlo, jugueteando. El dado cae sobre el cartón de colorines y se queda parado sobre una de las caras:

—Seis.

—¡Maldita sea! ¡A la cárcel!

—Tres jugadas sin tirar. Por mamón.

—Hoy llevo la negra.

—Otra tarde te pones una cabeza de ajos en el bolsillo.

—No soy supersticioso.

—Pues a joderse, chico.

—Ocho. Al quince, la niña bonita.

Ximet juega a la oca con el señor Vicente, Ximet es también refugiado, pero llegó a Lorca sin familia. Tiene unos cuarenta y cinco años y en Castellón era ebanista. Trabaja en lo que sale. Igual remienda un tejado que arregla la pata de una silla, también hace recados en los ratos libres y fabrica unos cinturones de corcho y cordoncillo decorado con popeyes y margaritas de colores. Ha tenido suerte; fue a parar a casa de una viuda, que le cuida la ropa y le hace la cama, y si hay un huevo en la casa se lo come él. Ximet tiene la frente pequeña y arrugada, y sus movimientos son rápidos y vivos. Mueve el cubilete con los dados dentro y don Trinitario se fija en que tiene manos de mico. Unas manos pequeñas, peludas, codiciosas.

—Dos.

—Uno y dos. De oca a oca. Y tiro porque me toca.

—Así te estrelles.

—La envidia. La cochina envidia que se come a la gente.

El juego de la oca que hay para el público en «El caballo rojo» tiene el cartón abombado por el centro, tiñoso. Por el otro lado tiene el juego del parchís, que tiene mejor aspecto porque está recubierto por un cristal. Lasocas de pico anaranjado que flotan en el azul rabioso de un lago, en medio del juego, tienen al lado un círculo blanco y encerrado en él el número setenta y tres.

Los refugiados suelen reunirse en el café. Hablan, discuten, trazan planes para cuando regresen a Castellón, juegan a las cartas o al parchís. Muchos de los que habían llegado en el camión de Manolo Causanilles volvieron a marcharse. Algunos se trasladaron a Cartagena, en busca de trabajo y mayores facilidades de vida. Otros, al saber que los nacionalistas se habían quedado encallados en Sagunto, ante las fortificaciones del pueblo de Viver, retomaron a Valencia para encontrarse más cerca de sus casas cuando se acabara la guerra. A Fabregat y a Museros los habían reclamado para incorporarse al frente. Cada uno de ellos, desde sus respectivos destinos, escribían a «El caballo rojo» cartas dislocadas y casi ilegibles dirigidas a sus paisanos.

Los refugiados. Una inmensa y fría desconfianza, una especie de antipatía se iba apoderando de don Trinitario a medida que pasaban los días. Pedigüenos. Siempre

pedían. Andaban por el pueblo muertos de hambre, mal vestidos. Realquilados, contaban grandezas y mentiras de sus casas en Castellón, en Madrid, en Ronda, en Málaga... despreciando todo lo que no era su tierra.

La gente de Lorca afirmaba que por culpa de los refugiados escaseaban tanto los víveres. Eran muchas bocas. En el palacio de los Orozco, sin ir más lejos, se habían cobijado doce familias, y uno de los matrimonios tenía ocho hijos. El marido era un individuo pequeñito, de voz atiplada, que estaba en servicios auxiliares y que andaba por las alquerías buscando comida todos los momentos que tenía libres. Vendía las mantas y los abrigos, los pocos muebles que había podido traerse de Madrid, o los cambiaba por comida.

Don Trinitario comenzó a darle vueltas al cilindro en forma de manubrio que recogía el toldo. Un rodillo de madera arrollaba la lona mientras las piezas de metal chirriaban agudas, desengrasadas. Un hombre bajo, de verde sombrero de fieltro calado dentro de la cabeza, tapándole la frente, le rozó la manga al pasar junto a él para entrar en el café:

—¿Cómo va la vida, don Trinitario?

—Pues ya ves, Marcelino, vamos tirando.

—Yo creo que mientras vayamos tirando no nos podemos quejar.

—Eso digo yo, chico, eso digo yo. Que nos quejamos por puro vicio.

El individuo atravesó el umbral sonriendo conejilmente. Cuando don Trinitario tuvo el toldo recogido, sacó el manubrio del resto del cilindro y con él en la mano entró también en el local. La temperatura era allí notablemente más cálida, pero el que no salía a la calle ni lo notaba. El café se veía lleno. En las mesas alineadas debajo del espejo apaisado, un grupo de chicos y chicas comían cacahuètes y echaban las cáscaras por el suelo. Habían pedido tres gaseosas y seis vasos, y se repartían el líquido midiéndolo con los dedos en medio de grandes risas. Félix Alegre, al pasar junto a ellos con su bandeja, los miró de reojo con una larga mirada de envidia, rencorosa.

Manolo Causanilles y Nanín ocupan una mesa con dos individuos más. Uno de ellos era don Leoncio, el director del hospital. Don Leoncio, sonrosado y grandón, parecía abstraído y miraba hacia las otras mesas. Nanín llevaba alrededor de la cabeza una aureola de cabellos rizadísimos y rubios, como un resplandor. Escuchaba hablar a los hombres silenciosa, indiferente, con su mirada orgullosa y sin apoyarse en el respaldo de la silla. El señor Vicente y Ximet, al terminar su partida de oca, se trasladaron a la mesa de Manolo Causanilles, llevando sus vasos y cucharillas consigo y moviendo mucho ruido al levantarse con las sillas.

—Si Radio París no nos engaña, el asunto se va poniendo bien. Otro invierno apretándonos el cinturón y España será nuestra.

—Pues Queipo dice que no.

—¡Qué sabe Queipo!

Siguen hablando. Don Leoncio está abstraído. No le interesa la política. Le aburre hablar de los bandos, el nacionalista y el republicano, como quien habla de dos equipos de fútbol. Con el dedo recorre delicadamente todo el contorno de su oreja, se detiene en el lóbulo. Lo agarra con el pulgar y el índice y lo mueve con aire sorprendido, como si no se hubiera dado cuenta hasta ese momento de la carencia de cartílago en esa porción de oreja. Levanta los ojos para mirar los lazos papelititos de colores que cuelgan del ventilador; mira a Nanín, que está pensativa, completamente ausente de la conversación, y después se vuelve para ver el portal. En la calle es noche oscura. Piensa que a fines de setiembre los días se acortan mucho.

La lámpara de lágrimas tiene encendidas todas las bombillas. La luz que despiden es mortecina, soñolienta, de un amarillo espeso y turbio.

—Radio París dijo el jueves por la noche que este parón que han dado las tropas estaba previsto. Que los fascistas las dejan descansar adrede para que recuperen fuerzas después de estos últimos meses de refriega.

—Las dejan descansar o las están enterrando. Ten en cuenta que del dieciocho al veintitrés de julio, ellos perdieron veintitrés mil hombres. Que se dice pronto.

—Si te vas fiando de nuestros partes de guerra y haces cálculos verás que no puede quedar al otro lado ni una rata.

—¡Ca hombre, ca...! No hablo de nuestros partes de guerra. Son cifras de Radio París.

—¿Y eso de Daladier cómo se lo explican ustedes? —preguntó Ximet, rascándose con energía en medio de la cabeza.

El señor Vicente carraspeó gravemente antes de contestar:

—Hombre, cada uno defiende su pan. Es natural.

—¿Qué dice? No lo entiendo.

—Digo que Daladier tiene todas sus simpatías para la República. Pero si viene un tío y le amenaza diciendo que si no cierra la frontera lo jode, pues, chico, primero es uno. Es natural.

Don Leoncio lo mira con aire de desaprobación, de desprecio:

—Eso es pueril.

—¿Cómo pueril? ¿Qué es pueril?

—La explicación que da usted a los negocios internacionales.

El señor Vicente ha enrojecido y contesta un poco confuso:

—¿Infantil? Yo no creo que sea infantil.

—¡Bah!

Manolo Causanilles cambia de tema:

—¿No han oído lo del discurso de Yagüe?

—No. ¿Qué pasa?

—Yagüe soltó un discurso cargándose a los italianos y a los alemanes y diciendo que los republicanos somos unos tíos luchando.

—Está bien. Pero no creo que de eso saquemos nosotros el menor provecho.

—Pues a Yagüe le han metido un buen paquete y creo que lo tienen incomunicado en un calabozo.

—No será tanto, hombre.

Félix Alegre se acercó a la mesa con aire misterioso, Traía una botella de clarete que nadie había pedido.

—Pero ¿qué haces, chico?

—¿Quién ha pedido esta botella?

—¡Cuidado...! —susurró Félix Alegre en voz muy baja echando una ojeada furtiva a la mesa de al lado, y se retiró rápidamente con la bandeja vacía.

El señor Vicente, después de mirar en la dirección que había señalado Félix, se llevó el dedo a los labios indicándoles que callaran.

Ximet vigilaba a Marcelino, el individuo de sombrero encasquetado a quien había saludado don Trinitario cuando estaba recogiendo el toldo. Marcelino se limpiaba concienzudamente las uñas con un palillo escuchándolos a ellos. Callaron.

Cuatro aviadores muy jóvenes entraron en el café. Risueños y habladores, se colocaron en el diván de la pared, donde hasta hacía unos momentos estaban los muchachos que comían cacahuets. Los muelles del sofá chirriaban y una estopa escandalosa asomó por los desgarrones de la tela. Don Trinitario entró de nuevo. Tras el mostrador. Al pasar tropezó con una de las patas de la mecedora:

—¡Me cago en la leche!

Se había hecho daño. Se frotó con fuerza la espinilla y miró a Octavio, el mozo que enjuagaba vasos en el cubo, con ira.

Una luna amarilla e incompleta, partida, se había levantado en medio del cielo. La tertulia de los refugiados se había deshecho. Nanín y Manolo Causanilles hacía unos minutos que se habían ido.

El señor Vicente atraviesa en ese momento la puerta del café. No lleva calcetines. Al caminar, a cada paso que da, se le ve el tobillo, blanquísimo, entre el negro del pantalón y del zapato.

10

El aire de la habitación olía a alcohol y a cosa muerta. Tal vez fuera el agua de los jarrones la que se había muerto y corrompido. Las flores, media docena de claveles de esos que se crían en serie y carecen de perfume, tenían el tallo doblado, mustio. Los jarrones, ventrudos, con relieves de colorines y dorados, imitando motivos orientales, estaban colocados a la misma distancia del centro de la estantería y eran iguales. Las dos mujeres continuaban sentadas cada una en su silloncito, simétricos también en el rincón de la ventana. Y seguían hablando:

—... Y cuando aquel «Manitas de plata» la abrió, la encontró llena de tumores. Toda la matriz infectada. Quiso lucirse, hacer un trabajo de artesanía y eso fue lo que la mató.

—Sí. Porque dicen que quiso extirpar los tumores uno por uno, sacar lo de dentro, coserlo. La dejó como nueva. Pero por la noche se le debió de abrir alguno de los puntos y tuvo una hemorragia interna. Se quedó seca.

—¡Pobre mujer!

—Morados tenía los brazos y la cara. Yo la vi y no parecía ella. Toda negra. La enterraron con el traje de novia. Al viudo parecía que lo degollaban. ¡Daba unos gritos el hombre! Sólo hacía ocho meses que se habían casado.

—¡Qué lástima!

—Mira, sólo de pensarlo se me pone carne de gallina.

—Ya lo ves. La mató el amor del médico. Aquel «Manitas de plata» estaba enamorado de ella desde que eran niños. Ella se casó con el otro, pero cuando se sintió enferma, acudió a él. Le hizo prometer que, pasara lo que pasara, no le sacaría la matriz.

Manolo Causanilles fumaba, un cigarrillo detrás de otro. Ya tenía aquel cenicero de anuncio que estaba sobre la mesita lleno de colillas. Hacía casi una hora que esperaban. Nanín lo miró de reojo. Manolo Causanilles tenía aire de chupatintas, con aquellos ojitos pequeños e irritados que parecían más pequeños todavía detrás de las gafas. El aire de la habitación era denso y el parloteo de las mujeres que aguardaban como ellos, incesante y mareador.

Enfermedades femeninas. Miserias femeninas, injusticias unidas al sexo. Las mujeres, cuando se reúnen, no saben hablar de otra cosa. De eso y de los hijos y de la casa y de los hombres —que van y vienen, que vienen y van libres—. Ellas ni siquiera sentirían curiosidad por la guerra, la ignorarían si no fuera por los puñados de hombres que como una maldita sima se va tragando: sus hijos, sus maridos, sus novios. El mundo femenino suele estar limitado al corazón y a los humores ocasionados por una serie de órganos y de tubos con paredes de carne cuya finalidad es la procreación, la conservación de la especie. Y cuando se sienten heridas en aquel complicado aparato, caja abultada y misteriosa para guardar los fetos, acuden a los comadrones: «Manitas de plata», o éste: «Norberto Pérez de la Loba». Ocho escalones, un rellano, diez escalones más y la puerta. Una puerta de madera clara con mirilla redonda, plateada y simple, de esas con dibujos recortados que ruedan sobre sí mismas. La campanilla con una cadena colgando, plateada también, y abajo, en el portal, un rótulo cubierto por un grueso cristal:

«Norberto Pérez de la Loba. Enfermedades de la mujer. Venéreo,
Sífilis. 1^{er} piso».

Cuando entraron en la salita de espera ya estaban aquellas dos señoras. Además, había un matrimonio y una mujer sola. Pero ellos iban detrás de aquellas dos. Nanín las miró detenidamente. Una de ellas parecía ligeramente más joven e iba vestida de gris. Le lloraba un ojo y se pasaba el tiempo arrimándose a él un pañuelo blanco y

doblado. Su acompañante era muy alta, de cara redonda y facciones aplastadas. Quiso adivinar cuál de las dos era la enferma porque suponía que solamente una de ellas tendría problema, la otra debía de acompañarla. Pero a ninguna de las dos se les notaba nada especial.

Manolo Causanilles fumaba y de vez en cuando la miraba a ella con aquellos ojos suyos implorantes en los que parecía que alguien se había meado:

—¿Te cansas?

La pregunta —era la tercera vez que se la hacía— la ponía nerviosa.

—¿De qué?

Manolo Causanilles rió con una risita corta, como si ella hubiera pronunciado una frase graciosa, y encogió dos veces los hombros:

—¡Qué sé yo! De esperar.

Le acarició torpemente el brazo. No, Manolo Causanilles no era guapo. Además de aquellos ojos, tenía el labio inferior caído, displicente, amoratado, y la nariz ganchuda. Repitió:

—De esperar.

—No estoy cansada de esperar. De otras cosas estoy cansada.

La voz de Nanín era rencorosa, llena de reticencias. Había venido al médico contra su voluntad. A Manolo Causanilles se le había metido en la cabeza que tenían que tener un niño. Habían sido inútiles todas las protestas de ella: «¡Un hijo en plena guerra! ¡Qué disparate...! ¿Cómo iremos por esos mundos de Dios, si perdemos la guerra, con un crío?». Esperaremos: tiempo habrá. «Las cosas que no vienen por su natural, no hay que forzarlas. Es tentar al diablo». Pero no valieron razones, ni frases. Manolo, cansado de las demoras de ella, se había plantado en el comedor esperándola: «Arréglate, que vamos al médico». Y ella, a regañadientes, había tenido que venir.

La estantería, los jarrones, la ventana con la persiana echada, la dorada lámpara del techo, los claveles con los pétalos rosados, mustios, las sillas tapizadas con el mismo tejido que los sillones... A Nanín eso de esperar la ponía mala. Paseó la mirada por el resto de objetos de la sala. En medio, una mesita con dos patas retorcidas y largas, contenía revistas manoseadas del año de la Nana: *El Hogar y la Moda*, *Publicaciones de los leprosos de Fontilles*, *Estampa*... Las había repasado al entrar, pero no quería leerlas. No le compensaba hacerlo, tenía que forzar demasiado la vista. Tal vez debiera ponerse gafas, porque no distinguía bien ni de cerca ni de lejos. A la señora del traje gris le veía las facciones borrosas como si le hubieran estado añadiendo unas rayas resplandecientes, unos grandes trazos luminosos y rectos que desbordaban el contorno de la cara. Seguía moviendo su boca, pintada como un piñón con un carmín muy oscuro, contando historias y chafarderías de médicos filigraneros, enamorados y criminales. Nanín sintió viva antipatía hacia ella. Tenía ganas de gritarle; «¡Calle ya, señora, de amor y de cursilerías! Cambie ya de disco. ¡No dé más la lata!».

Amor. Enamorados. Nanín antes también creía en el amor, en las parejas enamoradas. Lo había visto en las películas y lo había leído en las novelas. En el cine, una chica de posición humilde va caminando tranquilamente por la calle cuando de pronto ¡zas! un cochazo frena junto a ella. Es Robert Taylor. La invita a subir a su lado, sin haberla visto antes ninguna vez, y la acompaña a su casa. El flechazo. En pocos días hacen un viaje en yate, recorren un sinfín de países y todo acaba en boda. Historias bonitas sin mucha lógica. Pero no importa la lógica porque todo el mundo parte del principio de que el amor es ciego. Cuando estalló la guerra, Nanín acababa de cumplir veinte años y creía en el amor. Se pensaba poderosa porque era joven y atractiva. Cuidaba la piel de sus manos y una vez por semana se untaba las pestañas con aceite de ricino. Había leído que así crecían. Era un método de Hollywood. Sabía que los hombres se enamoran de las chicas guapas. Ella también se fijaba en los más guapos, los de figura más atractiva, los más distinguidos.

Conoció a Federico, un comandante que sonreía igual que Clark Gable, en aquel taller de la Castellana donde cosía capotes y guerreras para el Ejército. Había comenzado el asedio a Madrid y los obuses barrían personas, las mataban. En Madrid no se podía caminar por las calles, ni permanecer en las casas, ni asomarse a los terrados. Todo llevaba a la muerte.

En aquel ambiente, lo que antes se llamaba moral había dejado de tener sentido. En los quioscos, junto a *Estampa y Crónica*, al lado de los figurines planos, de *El Hogar y la Moda* se exhibían revistas pornográficas y revistas anticlericales. Todo el mundo estaba ávido por disfrutar de lo que fuera, luchaba por conseguir comida y lo único importante era sin duda sobrevivir. Nanín, impresionada por el pánico general, influida por el ambiente y sobre todo, atraída por el comandante, que tenía un coche a sus órdenes, huyó a Valencia con él.

Vivió unos días borrachos y hermosos. Tres semanas. Feliz. Pero Federico tuvo que salir un amanecer hacia el frente. Le dejó un puñado de vales y un poco de dinero, pero desde su destino ni siquiera le escribió una carta. Nanín, después de derramar muchas lágrimas y de andar durante horas y horas por las calles de la ciudad, empezó a claudicar y a arrinconar ideas. Tiempo atrás, cuando su madre le aconsejaba; «Ahora estás en la mejor edad, pero si te dedicas a despreciar a todo bicho te quedarás para vestir santos; a otras mejores les ha ocurrido», ella se revolvía como una fiera diciendo: «¿Qué pretendes, que me venda por dos platos diarios de comida al primero que se me acerque? Yo no soy ninguna cosa, ¿me oyes? Yo quiero casarme a gusto».

En Valencia, sola, sin dinero, sin amigos, comenzó a dudar si no habría estado equivocada al confiar tanto en sus propias fuerzas, a meditar en las razones de su madre, de las demás. Podía ser cierto que ella fuera solamente un objeto, que todas las mujeres del mundo no fueran más que cosas que se toman y se dejan, se compran y se venden. Encontró al naranjero. Después... a Manolo Causanilles.

La sala de espera está en el primer piso de una casa de la Corredera. Allá abajo, a través de las persianas inexplicablemente cerradas, se adivina la calle llena de sol, con la superficie de las aceras coloreada de amarillo. Un grupo de hombres mal vestidos, grasientos y sin afeitar, de pie, con la boca abierta, contemplarán el parte de guerra, un trozo de papel enmarcado con unos listones, un pedazo de papel que suelen cambiar a diario y que cuenta batallas estrambóticas y casi siempre victoriosas. Mentiras para levantar la moral. El número de los enemigos muertos siempre es superior al de los republicanos. Seguramente en el otro bando los partes de guerra adolecerían del mismo mal.

Suena el timbre de la entrada y la misma enfermera de ojos grises y mirada huidiza que les ha abierto a ellos la puerta, los mismos pies calzados con zapatillas de suela de caucho, acompañan hasta la salita a una mujer rechoncha y a una jovencita pálida abrigada con un mantón de lana casero hecho a ganchillo. Parecen madre e hija y arman mucho ruido antes de acomodarse. Las otras dos dejan de hablar un momento para observarlas. A los pocos minutos la enfermera asoma por la puertecita de enfrente, que debe de ser la que da al despacho del médico:

—La siguiente —dice.

Las dos mujeres se levantan a un tiempo. Sin gracia, sin naturalidad, temerosas. La alta, la de la cara de luna, se alisa la falda del vestido y se sacude la voluminosa pechera.

—A ver qué dirá —dice la del abierto lagrimal.

Y se pone colorada.

«A ver qué dirá». Como si acudieran a un oráculo y el brujo fuera aquel «Norberto Pérez de la Loba». El comadrón. Decían por el pueblo que el tal Pérez de la Loba era una eminencia, que en tiempo de paz acudía gente de toda España a su consulta. Una eminencia para los partos, para las ocultas dolencias de las mujeres, para evitar los embarazos frecuentes, para combatir la esterilidad... Un sabio, decían. Pero también tenía fama en el pueblo aquella bruja, *la Media*. *La Media* era curandera y vivía en una de aquellas calles pinas que llevan al castillo. Cobraba en pan y café; pero, también, si las clientes no tenían otra cosa, admitía patatas, judías o garbanzos. No sólo curaba sino que predecía el porvenir y daba noticias de los que, estando en la zona fascista, no podían escribir. Podía decir si los que en el frente se dieron como desaparecidos estaban muertos, vivían felices o los habían metido en la cárcel. Nanín había oído a las mujeres cuando acudían a consultar a *la Media* y también decían lo mismo; «A ver qué dirá». Quizá lo único importante de la cuestión eran las palabras del mago.

La muchachita embarazada se sentó en una silla que estaba muy pegada a la de Nanín. Se apoyó en el respaldo con los ojos cerrados; tenía la cara violácea, tensa. Su madre, que había colocado junto a sus pies la cesta que llevaba, y había arreglado con esmero la planchada servilleta que la tapaba, la miró con gesto preocupado y le preguntó en voz baja:

—¿Cómo te encuentras?

La chica movió levemente los hombros, sin contestar. La mujer suspiró, miró la pared de enfrente, luego sus gastadas manos, después el cesto. En la salita, cuando todos callaban, se oía una especie de crepitación, como el ruido que produce un papel de seda al ser estrujado. Eran dos moscas que se paseaban por el cristal de la ventana. Mortecinas, descoloridas, obstinadas. Manolo Causanilles se distraía mirándolas.

—¿Te sientes mal?

La muchacha se había levantado de la silla, empujada por una agresiva náusea; con el pañuelo en la boca se encaminó al pasillo. Su madre hizo ademán de seguirla, pero después de mirar con desconfianza a Nanín y a Manolo y echar una ojeada al misterioso cesto que llevaba, se encajonó de nuevo en su butaca. Suspiró:

—No aguanta nada dentro del cuerpo. No comprendo cómo se puede tener en pie —dijo la mujer dirigiéndose a Nanín.

—¿De cuánto tiempo está? —preguntó ésta para ser amable.

—De cuatro meses.

—Pues es raro, ¿no?

—Sí. Yo en todos los embarazos sólo he vomitado durante los tres primeros meses. Y poca cosa.

—Sí, eso dicen, que se vomita poco tiempo.

—¡Ay si no fuera más que el embarazo...! ¿Y el parto, y los pezones que se abren, y las malas noches? Créame, hija mía, vale más nacer perro que mujer. Yo se lo aseguro.

Calló un momento. Se dio unas palmadas en la mano que tenía apoyada en el pecho. Respiró con fuerza:

—Y a mí, que soy vieja, ¡menuda me ha caído con esta criatura! Se casa, se llevan al marido al frente y ella embarazada. ¡Y qué embarazo...! Un día amanecerá muerta, consumida como un pajarito. ¡Esta carga encima! Como si una no hubiera pasado ya lo suyo.

La mujer narraba ahora una larga letanía de hijos, de molestias, de embarazos, de síntomas, de antojos... Nanín acabó no prestándole atención, se distrajo pensando en sus cosas.

Era muy gracioso Manolo: «Quiero tener un hijo». Así, sencillamente, «quiero». Como si un niño se encontrara de pronto tirado en medio de la calle, como un gato pequeño. Si él tuviera que llevarlo en la barriga, pasar todo el embarazo y luego parir... Y aún si viniera por su natural, pero tener que ir a buscarlo con boticas...

Con Federico y el naranjero, Nanín tomaba precauciones. A ninguno de los dos les interesaba la descendencia, y era natural. Pero desde que conoció a Manolo Causanilles y comenzó a hacer vida íntima con él, a éste se le metió en la cabeza que quería ser padre. Entonces se dieron cuenta de que algo estaba fallando. Dejaron pasar un mes, otro mes... Manolo ya hacía tiempo que le insistía para que fueran al médico y ella hasta esta mañana había podido ir resistiendo. Pero él se puso tan firme

que no hubo más remedio que obedecer o provocar un disgusto. Y a Nanín tampoco le interesaba llegar a ese extremo. De momento, dependía completamente de Manolo.

Mear. Eso es lo que hacían los niños: mear siempre. Pudrir los colchones. Llorar de noche y de día. No dejar dormir... A Nanín no le gustaban los niños. Nunca le habían gustado. Cuando era jovencita, alguna de sus amigas se paseaba por las calles o iba a comprar a la tienda de ultramarinos con el niño de cualquier vecina colgado en el cuello. Cuando paseaban los domingos por el Retiro o por cualquier otro parque, ellas se quedaban embobadas, a contemplar los monótonos juegos de las criaturas. Pero Nanín nunca se sintió atraída por los niños. Su hermana se indignaba con ella: «Dicen que todas las mujeres llevamos un niño dormido en el pecho, pero tú lo que tienes ahí dentro es un cocodrilo...». Y todo, porque ella no quería hacer la primada de quedarse de niñera mientras su hermana iba detrás del marido arriba y abajo. Además, aquel niño, su sobrino, le inspiraba una viva repugnancia. Cuando lo veía con la boca abierta tragando papilla, plátano con naranja, o lo que quisieran echarle, como una sima, oliendo a leche agria y a pipí, le daba vomitera.

Una de las moscas de la ventana cayó al suelo patas arriba. Se debatió unos instantes zumbando. Al fin quedó inmóvil. La otra siguió trepando por el visillo, cansina, lenta. La muchacha preñada volvió a la sala. Tenía la frente llena de gotitas pequeñas. Su cara era amarillenta y los agujeros de la nariz se veían muy negros. Como los de los muertos. Se sentó de nuevo en la silla y apoyó la cabeza en el respaldo, como había hecho antes, cerrando los ojos. La madre rebuscó dentro de la cesta. Sacó un pedazo de pan, una rebanada de pan blanco, esponjado, y se lo ofreció a la chica con aire temeroso:

—Toma. Come.

—Déjeme, madre. ¿Quiere? —contestó la chica con brusquedad.

Manolo Causanilles hojeaba *El Hogar y la Moda*. Parecía muy aburrido. Bostezaba y de vez en cuando estiraba las piernas, que se le habían entumecido, hacia delante, hasta casi tocar las patas historiadas de la mesa de las revistas. El cenicero, que era de latón y tenía grabadas unas letras en las que se anunciaba un anís, aparecía lleno de colillas. Nanín pensó que alguien las aprovecharía, con la escasez de tabaco que había por todas partes.

Manolo Causanilles se miró el reloj de pulsera. Eran las doce. Ya hacía tres horas que estaban esperando.

—¿Quieres que nos vayamos? Ya volveremos otro día —dijo cariñosamente la voz de Nanín.

Manolo la miró cazurro, desconfiado:

—No, ahora ya estamos aquí. Ya no pueden tardar mucho.

La muchacha parecía adormecida, y el mantón, confeccionado con lana de dos cabos, de calidad corriente, le resbalaba por uno de los lados dejando al descubierto la blusa, que tenía el escote triangular. Por el escote asomaba una cadenita de oro. La

madre arreglaba de nuevo la servilleta de la cesta. Se abrió la puerta con un chirrido breve y la enfermera pronunció la frase:

—La siguiente.

Manolo y Nanín se levantaron. A Manolo Causanilles comenzó a latirle el corazón muy de prisa. El hecho le pareció ridículo. Pensando que era ridículo se sintió enrojecer.

11

A Félix Alegre le duele la planta de los pies. Son muchas horas de estar derecho, de andar de un lado para otro acudiendo a las palmadas de los clientes. A veces, mientras está trabajando, se le ocurre que podía calcular por medio de un problema de regla de tres los kilómetros que camina todas las tardes. Está seguro de que quedaría sorprendido al averiguarlo, y a los demás, a quienes enseñara los números, les pasaría lo mismo, se extrañarían de que aquella atrocidad fuese cierta. Y sería verdad, una verdad exacta, porque los números no engañan.

Acaba de salir del café y va hacia su casa. La ciudad tiene un silencio triste, como si dentro de las casas, apagadas y cerradas con llave, no existieran nada más que cajas de cinc amontonadas con cadáveres dentro. Sólo hay una mortecina bombilla en alguna esquina. La luz despide un pequeño resplandor redondo que se queda quieto en el suelo, como si lo hubieran abandonado. Una oscuridad que huele a orines concentrados y secos, acumulados en las juntas del pavimento, lo llena todo. Es la guerra. No hay barrenderos, ni empleados municipales con mangueras para limpiar las calles. Y a las once en punto se cierran los cafés.

Félix Alegre siente una nostalgia penetrante recordando las calles del Castellón nocturno. Alguna vez las atravesaba al salir de la última sesión de cine con su mujer y su hija. Los pasos de los tres producían largos ecos sobre las losas de las aceras, como ocurre siempre en la noche cuando la gente duerme, pero el ruido entonces no sonaba a vacío. Le producía el mismo bienestar de una canción, de una musiquita muy simple, graciosa, que hablara de la pacífica realidad de cada día:, pronto llegarían a casa, a su habitación, y mientras se desnudaban su mujer le diría bromeando; «Acuéstate primero y calienta mi sitio» o «Déjame que te arrime los pies. Los tengo helados...». Se dormían sin ninguna inquietud porque los tiempos eran normales, en las panaderías vendían pan blando y ninguna sirena iba a despertarlos mientras descansaban.

Caminaban los dos, Rosa y él, arrastrando a la niña soñolienta que avanzaba tropezando con sus propios pies, mientras se oía el chuzo del sereno en una calle vecina. En aquellos tiempos las luces de las esquinas estaban iluminadas por buenas bombillas, de cien vatios quizá, y si era verano las mariposas ocre, barrigonas y velludas, movían velozmente las alas manteniéndose fijas en un punto del aire, junto

a las bombillas empañadas por el polvo y el relente de la noche. Rosa y él solían hablar de la película, contando cada una de las escenas, riéndose si había sido cómica.

No iban al cine muy a menudo. Sólo alguna vez. Rosa era muy interesada y se negaba a gastar. Sólo lo preciso. Echar dinero en cosas superfluas solía irritarla. Hasta su hermana Constantina, que a todo el mundo le encontraba defectos, solía decirlo: «Tu mujer es de oro. De una peseta hace un duro». Y era verdad.

Habían abierto una cartilla en el Banco y, cuando él llegaba con el sueldo, su mujer apartaba siempre una cantidad para guardarla allí. Una de las conversaciones favoritas entre ellos era hablar de los intereses que había dado, desde que se casaron, la cartilla de la Caja de Ahorros, el dinero que tenían ahorrado, el que tendrían dentro de un año... Construían vastos proyectos apoyados en el pequeño capital, podían hablar de ese tema horas y horas, sin parar, soñando en el futuro bienestar, gozando de una situación acomodada, sin preocupaciones. Concretamente solían hablar de la tienda de telas que iban a adquirir dentro de cinco años a lo sumo.

Era una tienda pequeñita, exigua, pero que tenía numerosa clientela y un surtido de telas muy variado, de calidad. Lo necesario, pero escogido con gusto, con inteligencia, diverso. La tienda pertenecía a un sujeto solitario y amable al que no se le conocía familia. Decían que era hospiciano y que no se había casado. Se llamaba Nelo. El señor Nelo se estaba haciendo viejo y el día menos pensado querría traspasar la tienda, entonces... Es lo que repetía Rosa una y otra vez: entonces la tienda tendría muchos pretendientes, pero sólo el que tuviera el dinero preparado se la llevaría. Tanto Félix Alegre como su mujer estaban seguros de que nadie había pensado detenidamente en la mina que podría ser la tienda de tejidos del señor Nelo.

«Tu mujer es de oro —repetía su hermana Constantina—, y eso es lo que te vale. Por ella prosperas, porque tú siempre has sido un cabeza rota». Rosa guisaba, planchaba, cosía toda la ropa que se ponían encima ella y la niña. Rosa confeccionó a ratos perdidos todo el ajuar de bebé cuando iba a nacer Leopoldo. Guisaba, planchaba, cosía. Tòfol, un amigo que tenía Félix Alegre de toda la vida, opinaba; «Tu mujer sólo tiene un defecto: que es una dominante». Hablaba así a raíz de aquel viaje que tenían que hacer juntos a Valencia y que no hicieron por causa de ella.

Todo empezó con la hucha. Félix Alegre la enganchó con cemento debajo del fregadero para que nadie tuviera la tentación de ponerla boca abajo y sacar el dinero con la ayuda de un cuchillo. En la hucha iba echando lo que decía ahorrarse privándose de fumar algunos cigarrillos y guardando las propinas que le daban los clientes cuando llevaba a domicilio las compras que habían hecho. Con el dinero que ahorraba quería ir a Valencia a presenciar el partido entre el Castellón y el Levante.

No era un partido corriente. Además de ser de Copa y de desempate, simbolizaba una especie de torneo donde se iban a poner en juego odios y rivalidades que existían entre los castellonenses y los valencianos, que, como buenos vecinos, estaban a matar. Nadie, ninguno de los aficionados que acudió al Sequiol a ver a los dos equipos jugar sobre el barrizal que cubría el campo, porque había llovido la noche

antes, podría olvidar fácilmente lo que pasó. Era indudable que el árbitro se había vendido y como consecuencia natural de la inmoralidad de aquel sujeto los futbolistas empataron a un tanto. Los castellonenses se echaron al campo para matar al árbitro, pero no lo consiguieron, ya que los guardias lo protegían y repartían golpes de porra a aquellos que se acercaban mucho. Tòfol fue uno de los que llevaron a Comisaría.

A Félix Alegre no le importaba fumar menos. Era un sacrificio que hacía gustoso para llenar pronto la hucha. Iría a Valencia con Tòfol para ver el partido. Antes de ir al fútbol tenían proyectado llegar hasta El Grao para comer en casa de la Marcelina. Tòfol estaba seguro de que el Castellón ganaría, todos los aficionados estaban convencidos del triunfo de su equipo. Decían que aquel domingo que caía a mediados de abril iban a poner un tren especial, como hacían para la festividad de San José durante las fallas.

Todo empezó con la hucha aquella. La mayoría de los días Rosa le ponía mala cara a su marido y, alguna vez, cuando lo veía de buenas, le razonaba que aquel dinero que tenía debajo del fregadero mejor estaría en la Caja, dando sus intereses, que allí, dentro de aquel cacharro, era como si estuviese muerto. Félix Alegre le confiaba estas cosas a su amigo Tòfol, el cual se indignaba: «Lo que quiere ésa es dominarte. Tenerte dentro del puño. Cosido a sus faldas. Bueno estaría que un hombre que se pasa todo el año trabajando como un negro ni siquiera pudiera darse el gusto de ver un partido de fútbol».

El día del viaje amaneció esplendido, en el cielo brillaba un sol fuerte como de verano. Félix Alegre aquella noche casi no había podido dormir pensando en el viaje. Se levantó pronto. En la casa no había nadie. Su mujer y la niña habían salido. Sobre la ceniza, encima del rescoldo, tenía un cazo de café con leche, en la mesa un tazón, el pan y la mantequilla. Se desayunó solo. La tortuga caminaba torpemente sobre los ladrillos rojos y blancos, cuadrados, de la cocina. Al llegar a la pared se obstinaba en continuar y chocaba contra ella con el caparazón, produciendo unos golpes secos y repetidos. Félix Alegre se pasó mucho rato buscando el martillo. Cuando la hucha saltó, destrozada, se quedó paralizado. No comprendía nada. Junto a los tiestos puntiagudos de la alcancía no se veía más que un billetito doblado en cuatro partes. Los cinco duros que había echado la tarde anterior al volver del trabajo. Se sentó en el suelo, anonadado, y tardó bastante rato en darse cuenta de que su mujer había sido la autora de aquello. Rosa había destruido la ilusionada hucha de Félix Alegre y había colocado en su lugar una nueva, enganchada con cemento... Félix Alegre, aquella mañana, lloró.

La planta de los pies es como una llaga. Félix Alegre tiene a veces la impresión de que lleva sobre la cabeza varios quintales de ladrillos. Por las noches, cuando se quita los calcetines, se encuentra con unos pies enrojecidos, con toda la superficie que se apoya en el suelo llena de ampollas, algunas negruzcas, hinchadas. Ha perdido la costumbre de reventarlas con una aguja quemada. Al principio lo hacía, pero en una

ocasión se le infectaron. Menos mal que el señor Vicente le regaló una pomada que le fue muy bien.

Rosa había sido todo un carácter. Una gran mujer. Ya no quedaba nada de ella. La guerra la había dejado alelada, convertida en una niña de cinco años a la que no se puede dejar sola. No pensaba más que en comer y dormir. Félix Alegre tenía miedo. No sabía lo que podía traer todavía esta guerra y a la vez temía que se acabase, porque entonces habría sonado la hora de enfrentarse con los hechos, dejando a un lado esa vida provisional que ahora se veían obligados a llevar. Manolo Causanilles le preguntó por la tarde: «¿Cómo marchan tus asuntos, Félix?». Y él le había contestado; «Si no fuera por la familia, me iría voluntario al frente para ver si me pegaban un tiro y acababa de una vez». Y era verdad.

Ha subido la cuesta de la calle Cueto. Una luna partida, amarilla, lejana, se arrastra por el cielo. Todo está callado. Ni un ladrido, ni el aislado canto de los gallos de azotea. No se oye reñir a los gatos nocturnos, eróticos y peleones. Félix Alegre pone la llave en la cerradura de su puerta. Es una llave de hierro, un poco oxidada, grande.

12

—Pero ¿qué te ha dicho exactamente? Habla despacio. Repite lo que te ha dicho.

—Me ha dicho eso; «Amparo, estoy enamorado de ti y deseo que seas mi esposa».

Serafina jugueteaba dándose golpecitos de barbilla en la palma de la mano. Había colocado sus pies en el travesaño de la silla y con las manos vueltas se sujetaba la mandíbula. Contemplaba a su hermana con aire concentrado y crítico.

El señor Vicente miraba a Amparo sin pestañear. Sus grandes ojos, oscuros y dramáticos, tenían una expresión desesperada como si su hija explicara algo trascendental e irremediable. Las bolsas de su piel, lo que le queda de su pasada obesidad, están tan lacias que parece que van a caerse en cualquier momento, atraídas de una manera fatal e irremediable por la ley de la gravedad.

Narcisa no ha probado siquiera la comida. La cuchara de metal, amarillenta y mohosa, continúa seca, sostenida por la mano temblorosa de la mujer. Los arcos violeta de debajo de sus ojos parecen más profundos, excavados y casi negros, y en los extremos de la boca ha aparecido un rictus de llanto.

—¿Y cómo ha sido?

Amparo siempre ha tenido un buen natural. Es paciente y calmosa como su madre. Repite:

—Yo salía de la sala de curas. Iba a quitarme el uniforme para venir y he entrado en la vestidora, don Leoncio ha entrado detrás y ha cerrado la puerta. Yo le he sonreído pensando que venía a darme un recado como otros días. Ya sabéis que, como vive en el hospital, a veces me encarga colonia o jabón de tocador de aquí, de

la Ciudad. Él ha dado unos pasos hacia mí, me ha cogido la mano, me ha besado los dedos y me ha dicho: «Amparo, yo estoy enamorado de ti y deseo que seas mi esposa».

Narcisa miraba asombrada a su hija. Amparo, con su cara de pajarito y sus facciones correctas, vestida de gris, con un traje muy usado todo lleno de botoncitos, desde el escote hasta el dobladillo; con su cabello rubio y fino plagado de liendres, completamente plagado de liendres, porque allí en Lorca se habían llenado todos de miseria. Ya no servía para nada untar el cuero cabelludo con petróleo ni desvivirse pasando y volviendo a pasar el peine espeso por la cabeza, ni cazar los piojos uno por uno y matarlos con las uñas. En seguida volvían a estar igual.

—¿Y tú qué le has contestado?

—Yo le he dicho que así de pronto no sabía decidirme, que le agradecía sus palabras, que era una sorpresa y que lo pensaría.

—Muy bien, hija mía, muy bien.

El señor Vicente miró con orgullo a su hija, después levantó la vista hacia la ventana, enmarcada con tela metálica. En una escarpia, clavada en la misma madera del marco, su mujer había colgado una rama de laurel. Se ha secado y tiene color de canela. El señor Vicente piensa que le gustaría alcanzarla. Desmenuzaría las hojas y éstas crujirían entre sus dedos, convirtiéndose poco a poco en porciones minúsculas. Sólo se salvaría el nervio, lo que fueron canales conductores de savia cuando las hojas estaban vivas. Se salvarían los nervios, endurecidos por la muerte, deshidratados.

—¿Y qué piensas contestarle?

—Lo que vosotros me aconsejéis.

Amparo comía muy despacio, con los ojos bajos, masticando cuidadosamente las lentejas que le había puesto su madre en el plato. Serafina le miraba los párpados, tersos, rematados por el arco de las pestañas, rojizas y largas. Su hermana le recordaba, como en otras ocasiones el grabado de un viejo libro, de una Historia Sagrada que andaba rodando por su casa allí en Castellón; «El sacrificio de Isaac», con el barbudo Abraham levantando una daga sobre un joven arrodillado y medio desnudo, Aquel Isaac le pareció siempre tan idiota como se lo parecía su hermana. No podía soportar sus aires de víctima, su continua postura de buena Juanita. La irritaba. Algunas veces la había golpeado por esta razón. Por tonta. Porque la ponía nerviosa. Rompió el silencio en tono desafiante:

—A mí me parece un viejo.

—¿Quién te parece un viejo?

—¿Quién va a ser? Ese don Leoncio. Un viejo.

Y cuando anda parece un pato.

El señor Vicente casi tiró al suelo la silla en que estaba sentado cuando se levantó de ella para darle una bofetada a su hija Serafina. Estuvo a punto de caerse mientras

corría detrás de ella por la cocina. No consiguió agarrarla y, al volver a sentarse le faltaba el aliento y estaba muy pálido, resoplaba:

—¡Desvergonzada! Eso es lo que eres: una desvergonzada. ¡Ni al Nuncio le tienes respeto desde que estamos en este pueblo!

Serafina tenía los ojos brillantes:

—¿Es que una no puede decir lo que piensa? ¿Tantos discursos defendiendo la libertad y tanta mandanga, y una tiene que seguir diciendo amén a todo, como en la edad de piedra?

La señora Narcisa intervino débilmente para apaciguar la discusión. Estaba acostumbrada a esa clase de escenas. Su marido y sus hijas solían pegarse a la hora de la comida. Bueno, los que pegaban siempre eran Serafina y el señor Vicente. Amparo y ella recibían los golpes.

—¿Queréis callaros de una vez? No sé cómo no os avergüenza pensar que nos pueden oír. ¿Qué dirán esas señoras, tan educadas, que viven arriba, oyéndonos chillar de esta manera? Mangantes se creerán que somos.

El señor Vicente estaba rabioso por no haberle podido pegar a Serafina, cansado, indignado:

—¡Desgraciada...! ¡Viejo don Leoncio...! Viejo un hombre en la flor de la vida, llevando a pulso un hospital. Que si no fuera por él aquello sería una anarquía. Organizándolo todo, revisando los más pequeños detalles y sin dormir ni de día ni de noche.

—¿En qué quedamos? Estás harto de pregonar que el tal don Leoncio es un vivo que no hace nada más que tragar a toda hora botes de leche al baño María y venderse casi todo el racionamiento que pertenece a los heridos y hoy, porque le ha declarado el amor a la hija de tu corazón, resulta que es un héroe de novela. ¿En qué quedamos?

El señor Vicente tenía los negros ojos muy abiertos, indignados. Sólo dijo en voz muy baja:

—¡Insensata! ¡Loca!

Comió dos cucharadas seguidas de judías y pareció que aquello lo renovaba. Con voz firme se dirigió a Serafina:

—¿Cuándo te hubieras atrevido a soñar tú, tú, que tendrías un cuñado médico? ¡Todo un señor médico como don Leoncio, que manda en el hospital y que hace y deshace como le da la gana!

Serafina tenía en la punta de la lengua una frase: «Lo mismo me da médico que basurero, para lo que voy a sacar». Pero se encogió de hombros y continuó rebañando el plato vacío con un pedacito de pan. Había dado por terminada la discusión.

Acabaron el plato de potaje. El plato de los privilegiados, de los que disfrutaban de racionamiento y podían comer ciento cincuenta gramos de pan diario. El señor Vicente, al llegar de «El caballo rojo» para cenar, se había encontrado con la novedad del pretendiente. Mirando muy hondo, muy hondo, dentro de sí mismo, el señor Vicente acabó descubriendo la sensación que le producía el enamoramiento de don

Leoncio por su hija Amparo. Sentía como si le hubieran ascendido. Sí, exactamente eso, como si fuera militar y de pronto le hubieran colgado dos medallas junto a las antiguas, dos medallas más nuevas y con las cintas planchadas, impecables... La gran satisfacción que hubiera sentido ante un acontecimiento así, lo experimentaba también ahora.

Narcisa no conseguía quitar los ojos de encima de su hija. Parecía que había sido ayer cuando nació. Tan pequeñita, llorona. Recordaba como si fuera ahora cuando tendía sus pañales. Era un invierno muy húmedo, lluvioso y la ropa tardaba mucho en secarse, a veces tenía que quitarles la humedad a fuerza de plancha. Cuando Amparo comenzó a caminar no dejó nada sano sobre el aparador. Les rompió hasta aquel palillero que era un muñequito de porcelana que movía la cabeza diciendo que sí, que sí. Después, fue una buena niña, un pedazo de pan. Y ahora, a punto de ser la esposa de un médico... En su memoria busca todas las señoras de los médicos que conoce y que ha visto a lo largo de su vida. Todas le parecen distinguidas, elegantes, discretísimas... Con sus criadas y su teléfono, paseando todas las tardes en el coche de su marido y acudiendo los domingos a misa de doce, de punta en blanco.

Se ha hecho un silencio. El señor Vicente tose de vez en cuando. Por la ventana entra un aire fresquito. El aire de octubre. Las paredes del sótano desprenden el frescor penetrante de la humedad. En una de ellas cuelgan, negras, rabudas y tiznadas, las sartenes. Están colocadas en fila, ordenadas según el tamaño, de menor a mayor, sobre un papel de periódico enganchado con chinchetas.

El señor Vicente piensa que si don Leoncio quiere casarse como ha expresado, la boda se hará muy pronto, porque ahora ni se necesitan amonestaciones ni papeleos. Las parejas se presentan delante del Comisario, le comunican que se quieren casar y el Comisario dice que bueno, que ellos sabrán lo que se hacen, que ya son bastante grandes. Le entra una gran alegría pensando que si llega a convertirse en el suegro de don Leoncio, tendrá todo el racionamiento que le dé la gana. No le faltará ni siquiera azúcar, y en el hospital todos le tendrán más respeto. No le endosarán, como hacen ahora, los quehaceres más ingratos, los que ninguno quiere hacer, ni las guardias de los domingos, que aunque ahora no se estile santificarlos como una fiesta, siempre fueron domingos y no habrá quien les quite su importancia.

La voz de Serafina, segura, pastosa, rompe el silencio:

—¿Y si fuera casado?

—¿Qué dices?

—Que don Leoncio puede estar casado. Tener una mujer y unos hijos en la otra zona, como tantos.

Al señor Vicente le sale una espuma amarilla por la boca cuando barbotea atropelladamente:

—¡Eres una derrotista! Disfrutas fabricando malos agujeros. Inventándote desgracias. ¡Mala hija! ¡Más que mala hija!

Caminando, sin dejar de andar, con un ciego deseo de aturdirse y de que pasara de algún modo el tiempo para poder subir de nuevo al coche y desaparecer de Valencia, Manolo Causanilles fue a parar a una plaza ancha y desconocida. Dos raíles de tranvía la limitaban. En medio una palmera se mecía lenta, desproporcionada, altísima, con las hojas unidas a un tallo, formando las palmas. Las palmas de más arriba eran muy verdes, las otras estaban sucias de polvo, un ramo de dátiles amarillo, áspero, que parecía artificial, colgaba a un lado inalcanzable. La copa de la palmera se movía como una pequeña cabeza empenachada y oscilante.

—¿El camarada Gutiérrez?

—No está.

—Pero... ¿volverá?

—No. Ha muerto.

Había llegado a la ciudad por la mañana con el viejo «Ford» negro de chasis alto y acharolado, requisado nadie sabía a quién y que servía como medio de locomoción a los jefes de Intendencia de Lorca. Lo guiaba Martínez, un chófer panzudo, charlatán y cabeza dura que era natural de Motilla del Palancar.

Ya hacía tiempo que el Gobierno se había establecido en Valencia. Desde el primero y duro ataque a Madrid por los nacionalistas. Con él se había trasladado también allí la centralización de los servicios de retaguardia. Algunos criticaban la huida del Gobierno y la calificaban de cobarde, pero Manolo Causanilles consideraba, sin juzgar, que para él resultaba mucho más cómodo resolver personalmente los problemas de su departamento, desplazándose un día desde Lorca, a tener que pasarse el tiempo redactando oficios, con la pesimista y absoluta certeza de que nadie se iba a tomar la molestia de leerlos y menos de contestarlos. En Valencia le resultaba más fácil que en Madrid; hablaba con unos, discutía con otros, se informaba de la marcha de la guerra y conseguía muchas cosas que sobre el papel se habrían perdido u olvidado. Rompía, según creía él, con la fuerza de ese pulpo inane, complicado y casi siempre inútil que es la centralización.

Al llegar a las oficinas de Intendencia, lo primero que hacía era hablar con Gutiérrez. Él le facilitaba todos los trámites, le arreglaba el papeleo y la documentación. En pocas horas todo quedaba resuelto. Gutiérrez era un individuo amable de cara roja, llena de granos. Tenía una boca ancha y delgada atravesándole el rostro, sonriendo siempre como una ranura. Manolo Causanilles, cuando terminaba su trabajo, se sentaba al lado de la mesa de Gutiérrez, esperando. A la una salían juntos, tomaban algo en un bar, charlaban.

—¿El camarada Gutiérrez?

Todos los ojos se volvieron hacia él. En un momento se convirtió en el centro de atención de los que estaban en la oficina. Una chica con los labios grasientos, recién pintados de un color calabaza claro, expresó un escandalizado gesto de sorpresa. El

de los manguitos manejaba cartillas de racionamiento como si manejara cartas. Fue el que contestó cuando Manolo volvió a preguntar:

—¿El camarada Gutiérrez?

—No está.

—Pero, ¿volverá?

—No. Ha muerto.

En la oficina todo el mundo había regresado a su indiferencia. La mecanógrafa de los labios pintados entregaba un manojito de carpetas a un individuo de guardapolvo gris.

—¿Muerto? Pero... ¿Cómo muerto?

—Fusilado.

Un rayo de sol entraba por la ventana y se quedaba reposando alargado sobre un folio blanco, desbordando desde el papel hasta la madera de la mesa. A Manolo Causanilles le pareció que los objetos de la sala empezaban a dar vueltas. Danzaban los ficheros, las máquinas de escribir, los papeles amontonados sobre las mesas, en las estanterías, caídos por el suelo —los oficios, las solicitudes, los números y las letras...—. Cuando salió de su aturdimiento hizo más preguntas. Entonces le explicaron que a Gutiérrez lo habían fusilado la semana pasada. Se había comprobado que era un espía, un agente importante de la quinta columna.

La madre de Manolo Causanilles plantaba todos los años unos tubérculos, parecidos a los boniatos, de piel blanquecina y lisa. Los metía en la tierra blanda del huerto, detrás de la casa. Eran los crisantemos, las dalias. La víspera de Todos los Santos colocaba una silla en la calle, junto a la puerta, y sobre la silla ponía un ramo de flores. La gente golpeaba los cristales para encargarse de ramos de diferentes tamaños y precios, coronas para los muertos.

Manolo recuerda la habitual y sosegada imagen de la muerte que cada año se repetía: las familias de los muertos avanzaban por la avenida que lleva al cementerio, cargados con ramos. Eran los vivos. Los muertos permanecían al otro lado, detrás de las tapias, debajo de la tierra, corruptos o deshechos. Ahora Gutiérrez, con toda su simpatía, con su cultura, con aquella boca extraña y grande cruzándole la cara, estaba con los que esperan o ya no existen, formando legión entre las sombras.

La noticia le trastornó. El porqué de aquel trastorno no se lo explicaba de una manera clara. No sabía cómo habría recibido la noticia si en vez de encontrarse en Valencia, lejos de su medio, sin tener nada que hacer hasta la noche, desconocido y solo, se hubiera encontrado en su casa con Nanín, seguro de sí mismo, dentro de su costumbre de cada día. A la salida habló con el viejo portero. Era un antiguo amigo de Gutiérrez, un guardia de seguridad jubilado que Gutiérrez había colocado en la portería. Recordó que yendo con él se había parado alguna vez a regalarle algún puro o a charlar simplemente.

—Ya lo ve. No somos nadie.

—Antes todos parecían amigos suyos. Ahora dicen que era un mamón, un espía de los fascistas. Y no quieren ni oírlo nombrar.

—Esta vida es un asco, una porquería. Uno no puede estar seguro de nada. Los fascistas, Los republicanos. ¿Qué más da? ¿No son todos hijos de madre?

—Escúcheme usted; yo tengo dos hijos. Uno está en Burgos porque le cogió allí el Movimiento, otro ahí en el Ebro. Ya ve. El peor día me los ponen enfrente. A que se maten. Ya ve. ¿Es justicia?

—Yo pondría la mano en el fuego, óigamelo decir, y juraría que al señor Gutiérrez le denunciaron sus propios compañeros. Esos de ahí arriba.

Y continuó en voz baja:

—Porque de esos enchufados no te puedes fiar. Son todos soplones y lameculos. Un tío que tiene cojones no se queda aquí, hombre, sentado en una silla. Un tío que tiene lo que ha de tener se va a pegar tiros. ¡A ver...!

Manolo Causanilles ha atravesado la ciudad, cruzándose con una multitud mal vestida, demacrada, ajena a él. Cada uno con su mundo íntimo, propio, escondido. Manolo los ha mirado subir a los tranvías, entrar en las casas, cruzar las calles, distraído, obsesionado por muchas preguntas sin respuesta, informes casi todas dentro de su cabeza. Se ha sentido vacío, cansado e inútil, con una tristeza angustiosa parecida a aquellas otras, inexplicables y duraderas, que le atacaban durante su adolescencia.

Mezclándose con la población civil estaban los milicianos con sus pañuelos rojos anudados al cuello. Combatientes de permiso, heridos convalecientes, cojos, mancos... De tarde en tarde, un jefe engallado presumiendo con su capa azul forrada con seda roja, llevando en la manga de la guerrera, paralelas y de color oro viejo, los galones, las sardinetas.

Ha atravesado la ciudad hasta venir a parar a esta plaza ancha y desconocida. La limitan dos raíles de tranvía. Una línea que termina aquí y que debe de comunicar con el centro de la ciudad. En medio, una palmera se mece lenta, con el tronco alto y desproporcionado, altísimo, y la copa pequeña, como una cabecita empenachada y oscilante.

Se sienta en uno de los bancos de mosaico que hay formando círculo en medio de la plaza. Se nota cansado, con las piernas pesadas, doloridas. No tiene costumbre de caminar y hoy ha andado mucho. El banco está adornado de baldosas azules, negras y amarillas, que componen una estampa más o menos bucólica: un pastor haciendo sonar una flauta. En fila, detrás de él, un perro y media docena de ovejas. Todo en silueta sobre una colina. Muchas baldosas están rotas, incompletas, y otras han saltado, dejando al descubierto el cemento del banco.

Frente a él, en otro asiento, una mujer joven, de pueblo, separa los gajos de una mandarina y los pone dentro de la boca de un niño pequeño de vientre hinchado. La mujer tiene unas facciones correctas y una mirada un poco salvaje. Lleva en la cabeza un pañuelo de seda amarillo. Debe de estar casada con un combatiente. Habrá venido

desde alguno de los pequeños pueblos de la provincia para encontrarse con su marido. A veces, cuando cambian de frente, los soldados descansan un día en la capital. Si tienen ocasión, avisan a sus mujeres para pasarlo juntos. Bueno, también podría ser la esposa de un preso o una viuda de guerra. Pero no. Tiene el aspecto sosegado y feliz de quien espera algo acostumbrado, de lo cual ha sido separada durante un tiempo.

La tierra de los parterres está apelmazada, dura, blancuzca. Parece no haber sido removida en muchos meses. No hay plantas. Sólo sobrevive un limonero empobrecido y una pequeña y raquítica morera cuyas ramas se levantan desnudas, formando ángulos. Un pino está arrancado, tirado en el suelo, con las raíces al aire.

El Carnaval de la guerra. Todo era como un carnaval sangriento. Y en las ciudades la sensación de farsa llegaba a resultar opresiva. Como si todos se hubieran caracterizado para representarla: piernas enyesadas, brazos en cabestrillo, muletas, llagas... Negrín había pedido por radio, el día dos de octubre, un entendimiento entre los dos bandos. Bien estaba ya con tanta muerte. Era mejor una paz inmediata, cediendo cada parte un poco de sus razones y de su verdad. No se puede hacer patria en un cementerio. Pero el entendimiento entre los nacionalistas y los republicanos no se había realizado. Nadie sabía por qué.

Algo fallaba. Era posible que los nacionalistas no cedieran porque se veían seguros y probables triunfadores. Rusia había suprimido la ayuda al Gobierno republicano, según rumores porque temía enemistarse con Alemania. Retiró también las brigadas, el montón de soldados que había prestado meses atrás. En aquellos momentos los comisarios tenían una sola consigna: resistir, resistir. Y resistir consistía sencillamente en ir muriendo. Hasta que no quedara nadie.

A la joven del banco vecino se le cae uno de los gajos de mandarina. Se agacha para recogerlo. Cuando lo tiene en la mano lo mira con detenimiento y sopla con fuerza para quitarle la tierra que se le ha adherido. Como si el sencillo ademán, el de soplar en la fruta desatara de pronto unos poderes mágicos o fuera una señal convenida. En el preciso instante, empiezan a oírse las sirenas. Un aullido mecánico, prolongado, ensordecedor.

De pronto da la impresión que las personas brotan del suelo. Gritan, corren, gesticulan. La plaza está situada en un barrio extremo, modesto. Tiene a su alrededor casas pequeñas, de dos pisos, a lo sumo tres. Por las puertas asoman familias enteras que se lanzan atropelladamente a correr, todos en la misma dirección. La joven y el niño han desaparecido. Los ha absorbido aquella multitud que huye.

Un niña rubia de cara espabilada, con un lazo tieso y sobado adornándole la cabeza, se escapa de la mano de un viejecito que la llevaba. El viejecito la persigue. Las zapatillas de paño con que va calzado se le salen de los pies y ha de pararse dos veces para colocárselas. Cuando consigue atrapar a la niña, ésta ha atravesado ya los raíles del tranvía. Se la lleva a rastras, tembloroso, riñéndola, con la respiración

cortada. La niña se resiste a caminar, se encoge, patalea, tira de la mano del abuelo para escapar de nuevo.

Comienza a oírse con claridad el sonido discontinuo de los aviones. Da la impresión de que los motores se van encallando y alguien los empuja. Como si volaran a empellones. Parece que van bajos. Lejano y débil, se oye también el tableteo de los antiaéreos. Muy lejos, unas explosiones. En el cielo azul, deslumbrante, flota una nube pequeña, blanca, que va avanzando hacia el Sur.

La gente ya no está. Se los ha tragado algún refugio a la vuelta de la esquina. Están bajo tierra, en el sótano de un edificio o en la bodega de un bar. Manolo Causanilles se ha quedado completamente solo en la plaza de la que no conoce el nombre ni le interesa averiguarlo. Ha mirado la procesión de la gente huyendo del peligro como quien contempla un filme sentado en cualquier butaca de un cine de barrio, sin participar absolutamente, como un frío espectador.

Detrás del banco donde está sentado, un árbol tiene las raíces tendidas al aire. La tierra, húmeda aún, morena, sigue adherida a finas ramificaciones capilares y a las gruesas, bulbosas y principales. Mirando sus ramas, su tronco, da la impresión de que el pino continúa viviendo, de que la savia sigue corriendo por sus vasos. Savia ascendente hacia arriba, savia descendente hacia abajo, como en el complicado sistema circulatorio de un mamífero superior de sangre roja, andarín. Parece que está vivo y, sin embargo, lo más probable es que esté muerto ya. Lo han arrancado de su medio y pronto perderá su brillo, después se secará, más tarde la madera de su tronco, si no la aprovecha nadie, comenzará a pudrirse, a deshacerse, y al final desaparecerá. Como Gutiérrez, como tantos.

De su casa, alargada e incómoda, llena de corrientes de aire en el invierno, de resol y moscas en los meses de calor, sólo había una cosa que le gustara. Absolutamente. Era algo realmente bonito y bien cuidado: el huerto. Su madre, que carecía de gusto para amueblar y adornar la casa, se revelaba extrañamente artista ordenando los diferentes pedazos dedicados al cultivo de las flores y de las hortalizas. Cultivaba tomates y judías, pimientos. Pero, sobre todo, flores. Algunas por capricho; otras, las dalias y los crisantemos, los vendía ella misma la víspera de Todos los Santos. Para los muertos.

Eran tiempos de paz y los muertos estaban domesticados, ordenados en grandes avenidas de sepulturas, de nichos, a lo largo de los cementerios. La familia les llevaba flores, lamparillas de aceite, pensamientos de tela morada, comprados en alguna funeraria. Ahora casi nadie sabía dónde estaban enterrados sus muertos. Se encontraban esparcidos por todas partes; por las cunetas, por en medio de las montañas, detrás de las tapias de los cementerios, en el fondo del mar...

Los muertos. La muerte. La noche de las Ánimas su madre llenaba la casa de mariposas flotantes. Eran corchos redondos con un agujero en medio para la mecha, que iría chupando el aceite, crepitando cuando se fuera acabando. Su madre escogía las torcidas más largas para que duraran toda la noche. Creía que eran la única

oportunidad de camino para las ánimas que iban a vagabundear hasta el día siguiente buscándolo.

—¿Cuántas mariposas pones, madre?

—Tantas como muertos tenemos. Y una más.

—¿Para qué las pones?

—Para que nuestros muertos encuentren el camino de la gloria.

—¿Y la que sobra?

—Para el ánima de la que no se acuerde nadie.

Su madre sentía una gran ternura por las ánimas de los muertos. Y además se beneficiaba, a su manera, de ellos. Solía decir que tenía más ganancia en el mes de noviembre, con sus ramos de crisantemos, que trabajando todo el año en el negocio de trapería.

En casa de Manolo Causanilles todos trabajaban. Su padre recorría la ciudad de punta a punta montado en un carro. Compraba papeles y trapos a las amas de casa, los vendía de nuevo en un almacén. Pero la ganancia real del negocio dependía de la clasificación del género que hacían su madre y su abuela cuando él descargaba en el portal lo que había comprado; el trapo blanco y limpio era lo más caro; el papel usado, lo menos apreciado. La cocina siempre estaba invadida de pedazos de trapo, de papeles... Algunas veces, en los sacos aparecía alguna revista, un libro. Maravillas le parecían a Manolo Causanilles, cuando era niño los hallazgos. Así comenzó a aficionarse a la lectura, a tener conciencia de unas esferas de vida intelectual insospechadas para todos los de su casa. Así decidió lo que quería hacer; estudiar. Durante la mañana descargaba corderos, abiertos en canal, en las carnicerías. Se pagó el recibo de la academia, donde iba por las tardes, desde el primer día.

Con la guerra creyó que había llegado su hora. Siempre estuvo convencido de que era una injusticia ser hijo de unos padres pobres y analfabetos, tener que ganarse el pan desde la infancia y no poder elegir, sin sacrificio, caminos anchos y desusados para los suyos, desde innumerables generaciones, incomprensibles para ellos. Acababa su carrera de abogado cuando estalló la guerra. Pensó que había llegado el momento de luchar a favor de sus ideas y que de la victoria de los suyos nacerían definitivamente la igualdad y la justicia social... Todos podrían elegir libremente su senda.

El banco donde está sentado Manolo Causanilles está frío, con ese frío de las piedras que penetra, que hiela. Lo siente en la piel y más adentro, como muchos filos de metal. Sus sentidos están extraordinariamente despiertos. Advierte los matices de las hojas que llenan el suelo, una escala de amarillos hasta el verde. Se nota el estómago y su olfato capta todos los olores de una manera perfectísima. Ha comido de cualquier manera en uno de esos hoteles que la guerra convirtió en comedor colectivo. Estaba impresionado por la muerte de Gutiérrez y casi no ha probado la mezquina comida que sirvieron. Ahora está hambriento.

Una explosión fuerte, ensordecedora, le deja paralizado, asombrado. Su instinto reacciona en seguida y se tira al suelo, la cara contra las húmedas hojas del suelo. Está temblando. Los oídos comienzan a zumbarle y los dientes al castañetear le producen una impresión de ruido fenomenal, como si no fueran sus dientes, sino una apisonadora. Tiene miedo. Y la tierra huele a hojas húmedas y a hongos escondidos y sabe a arena. Muy cerca, quizá al otro lado de la plaza, se oye un grito humano prolongado, histérico.

El bum bum vacilante de los aviones se oye encima. En el cielo, muy azul y muy despejado, se ven cuatro bombarderos resplandecientes. Manolo Causanilles nota que tiene las sienes llenas de sudor. Hasta la boca le llega una corriente de bilis rápida e incontenible, como si fuera a vomitar. Aterrorizado, se imagina que los aviadores lo están mirando, ridículo, echado sobre el suelo de una plaza extraña. Lo verán y bajarán en picado para ametrallarlo, con la única finalidad de divertirse, de verlo convertido en un guiñapo sanguinolento y asqueroso, en un muerto. Procura no moverse, pasar inadvertido. Se mantiene inmóvil, con la cara pegada a la tierra, y cierra los ojos.

Los aviones se alejan. Un gran griterío llega hasta la plaza. Gritos y ayes que a lo mejor hace mucho rato que se oyen, pero de los que Manolo Causanilles no se ha dado cuenta hasta ahora. Aún no ha sonado la sirena del fin de la alarma, pero ya hay mucha gente que corre en distintas direcciones. Una mujer tiene las ropas desgarradas y un brazo ensangrentado. La lleva cogida por los hombros un individuo alto, canoso. «Apártense», va diciendo el hombre, impaciente, nervioso, a todos los que se paran a mirarlos. La mujer va llorando asustada.

Las gafas de Manolo han ido a parar al otro lado, junto al árbol arrancado. Menos mal que no se le han roto. La tierra ha quedado adherida al traje. La sacude. Se da cuenta de que su ropa ha quedado arrugada, húmeda. La gente que pasa, lleva una gran excitación. Algunos entran corriendo en sus casas y vuelven a salir en seguida.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta Manolo a una mujer.

—Ha caído una bomba en el refugio. Hay muchos muertos.

La mujer corre con un envoltorio de ropa blanca, como una sábana sin doblar, hecha un lío. Manolo camina de prisa detrás de ella.

El refugio está en la calle de al lado. Es una calle estrecha, asfaltada, con rejas de hierro en las ventanas de las casas. En un portal inmenso, lóbrego, se ve un banco de carpintero colocado de través. En la esquina, sobre el muro, se lee: «Refugio antiaéreo. Entrada libre». Hay una flecha al lado del letrero que señala al centro de la calle.

El refugio, construido en el patio de un colegio, es una montaña rusa de tierra roja. Se ha hundido por en medio. Ha aparecido un foso muy hondo, increíble. Dicen que han quedado enterradas muchas personas. Hombres y mujeres quitan piedras y puñados de tierra, exasperados, de prisa. Hay una mujer gruesa con un delantal de lunares que grita echando la cara hacia atrás. Le sujetan los brazos dos guardias de

asalto que parecen asustados. Una vieja de cabello gris, con un abrigo de entretiempo, le explicaba a Manolo:

—Tiene tres hijos dentro del refugio y no han salido.

Manolo Causanilles se abre paso entre los mirones y los que ayudan y se asoman al agujero. En el fondo se oyen gritos y lamentos apagados. Pero todos los ruidos se los come el barullo de afuera. En un tronco han amarrado una cuerda. Un hombre se la ata a la cintura. El tronco es sujetado por dos individuos y el hombre se descuelga lentamente hasta llegar al hoyo. Allí, dos muchachos en mangas de camisa escarbaban con palas.

Por fin han sacado a un niño que va vestido con un delantalito de rayas blancas y azules. Lo sube por la cuesta derrumbada uno de los hombres. Los brazos y las piernas de la criatura cuelgan a los lados, como si fueran de trapo. Está muerto. Tiene los ojos abiertos y vidriosos, con un gesto fijo de terror, y la boca, abierta también, está llena de tierra.

El refugio tenía dos entradas. Era uno de esos agujeros que se construyen los vecinos, cavando los hombres, quitando capazos de tierra las mujeres. Por la otra puerta, que no ha sido tocada por la bomba, sacan heridos agarrándolos entre cuatro por los pies y por los brazos, o los llevan sobre sillas que traen atropelladamente de las casas. Un hombre es arrastrado con mucha dificultad por otros dos. Tiene la cara sin facciones, convertida en un coágulo de sangre.

Una sensación de impotencia aguda e insoportable se va apoderando de Manolo Causanilles. Dicen que la guerra, la victoria, va a conseguir la justicia social, la igualdad para todos los hombres. Eso dicen los libros y los carteles y las palabras de los jefes que gritan roncamente desde las tribunas. Efectivamente, piensa Manolo, si las cosas continúan así, una igualdad descarnada se habrá apoderado de todos los hombres. La igualdad de la muerte.

Asco, Terror. Impotencia. Siente ganas de gritar histéricamente, ordenar que se pare esa absurda máquina destructora, que acabe en seguida la guerra. Si lo hiciera se reirían, lo tomarían por loco. Tal vez lo llevaran a un manicomio. Y todo seguiría igual.

Está cansado. Tiene ganas de volver a su casa, comer, acostarse con Nanín, apoyar los pies en la tabla de la mesa camilla y sentir el calor del orujo, agradable.

Echar a andar. A las siete ha quedado con Leonardo en la puerta del «Café Colón». Son las seis. En la esquina hay una casa destruida. Sólo ha quedado en pie una pared. Varias personas remueven por entre los cascotes y escombros, afanosamente. Una muchacha que lleva un abrigo rosa, llora con la cara tapada con las dos manos. En la pared sana, allá arriba, cerca del tejado, colgando con su jaula, revolotea enloquecido un canario.

«Adivinando una presencia detrás de la puerta, retuvo el aliento. El bolsillo derecho de la chaqueta se levantó lentamente, se inmovilizó, marcó un bulto puntiagudo que apuntaba al aire. El pomo de la puerta dio media vuelta. Y entró Jimmy con un hilo de sonrisa en los labios. Miró a su alrededor extrañado, al encontrar la habitación vacía. La sonrisa se fundió. Dio un paso hacia delante, cerró la puerta, bajó la mirada. Un sobresalto lo sacudió al ver los ojos entornados de Morgan clavados en él...».

Pedro Bibiloni leía. Desde hacía varias semanas le habían trasladado la cama al lado de una ventana. Además, había aprendido a incorporarse sólo con ayuda de sus brazos. Se pasaba leyendo largas horas, mientras duraba el día, pues después, con la luz eléctrica, era imposible. Las bombillas estaban demasiado altas y la luz era muy débil, no había posibilidad de distinguir las letras.

Levantó los ojos del libro. Al otro lado de la sala, Amparo, vestida de enfermera, conversaba con un herido. Sostenía en su mano izquierda un irrigador. La goma, rojiza, larga, se le escurrió y estuvo bailando unos instantes en el aire. Ella la recogió con aquella seriedad que imprimía a todos sus movimientos. La arrolló sobre sí misma y le hizo un pequeño nudo a la mitad, poco más o menos, de su longitud. La parte terminal del delgado cilindro de goma lo introdujo dentro del cacharro de porcelana. Pedro Bibiloni inició un ademán para llamarla, pero se contuvo. Un griterío, un incesante charlar de los heridos llenaba la sala. Su voz se hubiera ahogado entre el ruido de las otras voces. Esperaría a que ella viniera. Siempre lo hacía.

Su vecino de cama, un individuo de enormes cejas y barba cerrada, contemplaba con fijeza un paquete de tabaco. De una mano lo trasladó a la otra. Lo dejó un momento sobre la mesita de noche pero lo volvió a coger inmediatamente lanzando una mirada furtiva a su alrededor. Al final, levantó la almohada y lo puso debajo de ella. Instaló encima su cabeza y entornó los ojos. Aliviado.

Está lloviendo. Detrás de la ventana se ven las nubes espesas y rojizas, como si contuvieran tierra o agua sucia. En el tendido eléctrico de enfrente un grupo de gotas de agua se balancean, engordan, se vuelven redondas, luego se ovalan y al final se desprenden para reventar en el suelo, en el pavimento mojado de la calle.

—Hasta aquella noche en que el capitán nos dijo que necesitaba veinte voluntarios...

—Los fascistas pusieron latas al lado de la alambrada y entonces no podíamos acercarnos a escucharlos. A la menor ¡bang...! A veces les disparaban a las ratas.

—Aquéllos lo pasaron chino.

—Los dos pies congelados.

—Las ratas se nos comían el correaje y las botas.

—Las piernas les tocaban en el culo. Se dejaron todo el armamento hasta una ametralladora y un telescopio.

—Aquel Juan Soriano llevaba un conejo de mascota y se lo robaron para hacer un arroz.

—A buscar una tía, ¡coño...!

La sala estaba completamente llena de heridos. Normalmente solían salir, pasear por el pueblo, ir al cine, pero ese día a la hora del paseo se había desatado un fuerte chaparrón y todos se quedaron hablando continuamente, gastándose bromas, gritando. Junto a los fogones de lo que fue cocina, en la parte oeste del edificio se había formado un corro que rodeaba al tipo aquel que llevaba la coraza de yeso aprisionándole todo el cuerpo. Los que formaban el corro eran de los que estaban a punto de ser dados de alta.

—Ahora el tomate está en el Ebro.

Casi todos los heridos del hospital provenían del frente del Ebro. Desde que empezó el otoño la lucha se había estacionado en los campos de Gandesa y Tarragona. Los montes de Pandols, Pinell y la Picota eran testigos de una lucha obstinada en la cual los republicanos llevaban las de perder. Después de las batallas los heridos que se podían recoger eran llevados en camilla hasta una ambulancia que solía estar a dos kilómetros del frente.

El alejamiento era motivado por el temor a la aviación enemiga, que hacía blanco en las ambulancias que se acercaban al frente por si eran portadoras de armamento. Desde la camioneta pintada de colores hasta el hospital en que tenían que permanecer y curarse, existía un largo camino plagado de esperas. La mayoría de los heridos viajaban dentro de un estuche de yeso sobre el cual el primer cirujano que los había mirado escribió la clase de herida o la fractura que tenían. La urgencia y el gran número de heridos graves que esperaban no daban tiempo para más. A algunos se les declaraba la gangrena, otros morían. En general aguantaban más los que tenían heridas las extremidades. Los que recibían heridas en el abdomen se salvaban difícilmente. La causa era el mal estado de las carreteras, el traqueteo de los vehículos solía provocar con frecuencia una peritonitis mortal.

Pedro observa a Amparo, que ha atravesado la sala para colocar dentro de un armario el irrigador que llevaba. Amparo cierra el armario con llave. Pedro ve cómo saca de uno de sus bolsillos un termómetro y el bloc de las temperaturas. Empieza su tarea por la cama que tiene el número uno, que está situada al lado sur de la sala. El de la cama número uno es nuevo.

—¿Es grande el pueblo, señorita?

—Es bastante grande.

—¿Es bonito?

—Hay muchas cosas antiguas y un castillo. Sobre una colina, un puente y un río. A mí me gusta.

—¿Es rico?

—Ahora no. Se pasa mucha hambre y la gente padece tracoma, sarna y todo el mundo tiene piojos.

Amparo sonrío. Con el cabello suelto y su sonrisa, se acentúa el aire de pánfila que tiene. El hombre la mira con la boca entreabierta, chasquea la lengua y sonrío

también. Tiene los ojos redondos y muy azules, la barba le crece sólo a rodales, furiosa, con largos pelos aislados. Dice como en un estribillo:

—Es la guerra.

Y pone cara de sinvergüenza, los ojos muy brillantes. Lleva en la cabeza un abultado vendaje. Dicen que tiene metralla alojada en el cerebro. Sólo por medio de una operación muy expuesta y delicada podrían sacársela, pero existen muy pocas probabilidades de salvarle la vida. Amparo le mira las manos, cuyos dedos empiezan a estar afectados por un principio de parálisis que según dicen, se irá extendiendo por todo el cuerpo. Suspira. Le retira el termómetro.

En su bloc, pequeño y cuadrulado, Amparo tiene ordenados todos los enfermos por el número de cama que ocupan. Una cuadrícula más pequeña a la derecha de la hoja permite hacer la gráfica de siete días. En las hojas gastadas algunos números tienen encima una aspa negra. Son los muertos.

Los muertos. Cancelados con una aspa, con una equis muy cuidadosa, bien dibujada. Los heridos muertos. Se les fueron quedando los ojos vidriosos y dejaron el mundo con una mirada de sorpresa, sin acabarlo de creer. Casi todos murieron rodeados por un biombo. Era un trasto viejo y polvoriento hecho con unos listones donde han clavado una frívola tela de percal sembrada de flores grandes y de pájaros. Un biombo que tienen escondido en la vestidora. Cuando alguien agoniza las enfermeras dicen en voz baja: «El biombo». Y alguien va a buscarlo. Apenas tiene peso. Amparo cada vez que lo ve recuerda desesperadamente a Néstor, su absurda e injusta muerte. Daría cualquier cosa para saber sus últimas palabras, sus pensamientos...

Era alto, delicado, rubio... Amparo lo veía jugar a la pelota en la puerta del Instituto con los otros chicos. La pelota botaba y a veces se iba muy lejos y se hacía diminuta, se alejaba como si no tuviera nada que ver con aquellos muchachos que hacía unos momentos habían centrado toda su atención en ella. Néstor saltaba, reculaba, corría llevaba un suéter azul marino. Acababa quitándose el suéter y jugando en mangas de camisa. Tenía la cara roja, sobre las sienes y por la frente un sudor de gotas redondas Amparo se imaginaba el caliente olor de la sudor del muchacho al mismo tiempo que contemplaba el movimiento ágil de los pies y de los brazos. Un sol melindroso teñía durante algunos instantes la plaza y las acacias, todavía ligeras de hojas, y ponía sombras pequeñas de tronco y penacho claro al pie de los árboles...

—¿Son guapas las chicas del pueblo?

La voz del herido la sacó de su ensimismamiento:

—Muy guapas.

—¿Como usted?

—¡Oh, mucho más!

Se quedó mirando el vendaje, los ojos azules y la blanca piel de las mejillas y de la nariz. Era una piel salpicada de pecas, con algunas arrugas reticulares, leves y finas

en los párpados inferiores y en las comisuras. Mientras tanto, recordaba a Néstor: los ojos de Néstor, la piel de Néstor...

Y pensaba que se había muerto.

Tapó al hombre cuidadosamente. Anotó su temperatura en el bloc. Dijo:

—Ahora no hable más. Calle.

—No se vaya, mujer. Quédese aquí conmigo. Cuénteme cosas. Uno es aquí un solitario, un forastero...

—Duerma.

—No tengo sueño.

Aquella tarde, lluviosa como ésta, gris, con un azotar de gotas de agua sobre la tierra y el agua entrando a chorro dentro de la cisterna, fueron al *maset* de los padres de Néstor. Era donde él pasaba los veranos con su familia. La casa vacía reflejaba su temporal abandono, un rosal trepaba por la escalera y la puerta del garaje gemía al golpear contra el vano. Néstor pronunció unas palabras con voz ronca; «Papá siempre se olvida de cerrar esa puerta».

El resto del *maset* estaba silencioso. Desde la habitación de él se oían los coches de la carretera, la lluvia... Néstor salía aquella misma noche para el frente.

Desde el frente le escribió largas cartas. Letras apretadas con detalles de su vida en campaña, sobre cada uno de sus días. Hablándole de amor. Papel de estraza, papel de hilo, márgenes de periódico... Todos los papeles que podía conseguir servían para irle diciendo lo que pensaba. En algunos, la tinta, siempre de un caprichoso y violento rojo de sangre de toro, se extendía y no había forma de descifrar las palabras que él había escrito. Continuamente recibía cartas, casi todos los días. Pero un poco antes de la entrada de los nacionalistas en Castellón los sobres escritos con tinta roja tardaban en llegar. Un día Amparo recibió una carta con letra desconocida. Le comunicaba que Néstor había muerto de tifus en un hospital de la provincia de Cuenca.

Uno que salía al día siguiente para el frente con cicatrices frescas en la cara se iba despidiendo de los antiguos compañeros. Hablaba un poco con ellos y después le daba un desmanotado apretón de manos. Ahora estaba parado enfrente de Pedro Bibiloni:

—Al menos tú sabes que conservas la piel, que los que volvemos al frente lo más probable es que la diñemos por allí —le decía.

—Sí, claro, siempre es un alivio pensar en el pellejo de los demás —contestaba Pedro con su sonrisa delgada, irónica y triste.

—No creas que me voy contento. No me gustan los tiros, ni la vida de las trincheras... Pasar frío, sueño y taparse cuando llueve con una manta mojada... Sólo de pensar en las ratas se me ponen los pelos de punta.

—Cualquiera que te oiga creerá que no eres un valiente.

—No sé si soy valiente o no. En mi batallón había muchos bravos, unos porque sentían la idea, otros porque eran unos inconscientes, pero el más valiente de todos

era un tío sordo como una tapia. Cuando tocaba combate, como no oía nada se lanzaba como un poseso hacia la otra trinchera.

Y arrastraba gente, no te creas. No sé si le habrán dado una cruz o si habrá muerto...

Tiene una pequeña voz, baja y un poco aflautada. Mira a Pedro apenado, no se sabe muy bien si por él o por sí mismo. Le pregunta:

—Y cuando se acabe la guerra ¿qué vas a hacer?

—En mi pueblo hay un callejón cerca del mercado, el del Ecce Homo; allí se ponen los mendigos a pedir. Mendigaré o venderé numeritos de rifas, tomando el sol. Rifaré corderos vivos o serpientes de mazapán. Si te acercas a comprarme un número, te daré el que toca, el de la suerte. —Ríe.

—Quisiera que la guerra se acabara mañana.

—Yo también.

—Bueno, muchacho. Hasta la vista.

—Suerte, hombre.

Aquél va a recoger sus cosas al otro lado de la sala. Pedro lo sigue un momento con la mirada y abre de nuevo su novela. Pero no ve las letras. El pensamiento le vuela.

Hay varias maneras de desplazarse sin piernas:

1.^a Apoyar los brazos en unas muletas. Las muletas son unos caballetes de madera con un apoyo a manera de barra de reclinatorio con almohadillas, donde se apoyan los sobacos.

2.^a Un cajón de madera, corriente, con unas ruedecitas. El lisiado camina con las manos, cuanto más práctica tenga, mayor rapidez conseguirá.

3.^a Hay otros carritos más modernos, parecidos a los coches, y que se mueven a manivela. Este modelo lo emplean muchos vendedores de lotería.

4.^a Pero lo más moderno y más reconfortante son las piernas artificiales. Están hechas de aluminio, con alguna mezcla metálica que las hace resistentes. Son ligeras, y tienen casi las mismas articulaciones que las piernas de verdad...

Pedro se queda pensando en el tratado que acaba de construir. Algo así como un prospecto para repartirlo impreso entre los amputados. Duda de que pueda hacerles gracia. También duda de que los reconforte. Recuerda la voz del médico Rivero explicándole cómo se cortan las piernas:

—El hueso se deja más corto que la piel. Para ello se arremanga la piel tanto como se puede. Ésta, más tarde, ha de servir de almohada para apoyar el pedazo de fémur que, por muy bien que se corte, siempre ha resultado con alguna astilla...

Del grupo de hombres que hay junto a los fogones y que ahora juegan a las cartas, sale una gran risotada. Lo de siempre. Algún chiste verde, una ocurrencia. Las burdas anécdotas inventadas o vividas en los frentes de batalla, en los barrios chinos, en las calles y en los cafés. Amparo llegó a su lado:

—¿Qué? ¿Cómo va eso?

Los muñones iban cicatrizando poco a poco. Los dolores eran ahora soportables. Algunas veces tenía la impresión de que le dolían los dedos de los pies, y el dolor entonces era muy agudo, pero una inyección de morfina lo calmaba, lo dejaba atontado un par de días. Pero era preferible el embrutecimiento, la cabeza embotada, la anulación a la lucidez de algunos momentos.

—Ya lo ves. Aquí estoy, Quietecito.

Amparo hizo bajar el mercurio del termómetro con dos golpes secos:

—¿Qué lees?

—¡Bah, una novela policíaca que me han prestado! Son muy entretenidas.

Amparo miró la portada. Se titulaba *La brigada del barrio negro*.

—Debe de ser interesante. Yo en Castellón leía muchas. Las compraba en un quiosco de la Puerta del Sol, debajo del reloj de la torre, aquel que llevaba una chica rubia de dientes grandes llamada Mari.

—Sí. Ya recuerdo.

—Había unas fascinantes. Se llamaban «La serie de la sombra» o algo así. Recuerdo una que me apasionó, se titulaba *La sombra acecha*.

Amparo ríe. Tiene el párpado derecho un poco inflamado, como si estuviera a punto de salirle un orzuelo.

—Yo entonces no leía ninguna novela. Era un empollón, ¿sabes?

—Yo no. Faltaba a clase con cualquier excusa. A veces para aburrirme idiotamente por los pasillos, hasta que salían los otros.

—¿Sabes lo que se llama un chico modelo? Eso era yo. Nunca falté a clase. Jamás entré en el Instituto sin saberme todas las asignaturas. Aunque hubiera velado toda la noche.

—Yo creo que si tuviera que empezar de nuevo haría lo mismo que tú; estudiar. El tiempo perdido luego pesa.

—¿Y qué es el tiempo perdido? ¿Crees que llegamos a saberlo? Lo que yo tenía que haber hecho en vez de estudiar habría sido adiestrarme en saltar trincheras. No habría caído entre dos fuegos como caí, y ahora tendría mis dos piernas.

—No pienses en eso, hombre. Peor sería haber muerto. Puedes hacer muchas cosas agradables en tu vida. —Y mira a Pedro pensando en Néstor.

Era el último invierno que pasaron juntos. Ella y Néstor caminaban despacio por una callecita. El peso de uno sobre el otro, las piernas al mismo compás, mejilla contra mejilla. Las calles estaban muy oscuras, iluminadas sólo por unas bombillas opacas pintadas de azul. Todo estaba desierto. Hacía frío. Cuando llegaban a la esquina de la calle, daban la vuelta y volvían al principio. No hablaban. Les bastaba sentir su propio calor, su respiración, su proximidad. De las puertas cerradas se escapaban voces, ruidos, conversaciones, chocar de objetos. Cada casa tenía una cocina y cada cocina una ventana por la que escapaba el olor de las cenas, el tufo del aceite de guerra. Un aceite maloliente, como de vegetales macerados y podridos, puestos a remojo y olvidados después.

—Nadie sabe cuándo pierde y cuándo gana su tiempo —repite Pedro como obsesionado.

La voz gruesa y vibrante del señor Vicente atronó la sala. Entró con don Leoncio, a quien él, con infantil orgullo, llamaba «mi futuro yerno». A Pedro le pareció que Amparo hacía un gesto de contrariedad. Ya hacía días que observaba que cuando entraba el médico en la sala ella procuraba escabullirse y salir.

Las nubes habían bajado. Todo el aire de la calle estaba invadido por ellas. Los tejados con ropa tendida y el palomar comenzaron viéndose turbios como a través de un cristal empañado. Acabaron borrándose. Ahora ni siquiera se veía el tendido eléctrico que caía enfrente de la ventana a dos metros de ella. Todo se había convertido en una nube color tierra, blancuzca.

Amparo, después de anotar en su bloc la temperatura de Pedro, le dijo sonriendo, con un aire que parecía de complicidad, en voz baja:

—Bueno. Hasta mañana.

Pedro la siguió con la vista. Amparo salió por la puerta que había junto a los fogones, los antiguos fogones de cocina. Aquella puerta daba a un pasillo. El pasillo llevaba a otras salas. Salas con hombres heridos. Más tarde por la misma puerta vio entrar a Marcelina, aquella enfermera de Lorca, con el cuaderno de Amparo. Vio cómo se lo entregaba al señor Vicente.

El señor Vicente y dos enfermeras abrían ventanas. Un aire húmedo y frío llenó la sala. Caía una lluvia fina, persistente. Pedro se dejó caer dentro de las sábanas, se arropó hasta el cuello y cerró los ojos.

3. INVIERNO

15

Más falsa que Judas. Aquella Nanín era más falsa que Judas. A Isabel, ante esta evidencia, comenzó a rondarla una tristeza obsesionante, aguda. Adivinaba que era la clase de tristeza que suele atacar a los desengañados y que, a veces, los lleva hasta el suicidio. Por eso, para acabarla de raíz, hizo un esfuerzo para pensar en algo más consolador. Y se acordó de los sacos.

Ahora, en su casa, lo pasaban en grande. Habían conseguido dos sacos de patatas y uno de boniatos. Por otro conducto a su padre le habían regalado cinco litros de aceite. Las patatas llegaron el lunes. Las trajo el mismo Policarpo, con su carro, y las descargó en la puerta. Eduvigis, la vecina, barría la acera. El asombro y la curiosidad se reflejaban en su cara como una mezcla acartonada, desfigurándola. Félix Alegre ayudó a Policarpo a subir los sacos a la habitación. Los colocaron junto al armario de luna.

Fue el lunes, y por la tarde, apenas Félix Alegre salió para ir al trabajo, Isabel se apresuró a encender el fuego y a poner encima un puchero de agua. Hasta que anocheció estuvieron ella y su madre comiendo patatas hervidas espolvoreadas con sal. Isabel no recuerda haber sido tan feliz en la vida. Arriba, en el dormitorio grande, allí en su casa, continuaban de pie, ásperos y nuevos, los sacos, todos atados menos uno.

No podía comprender por qué le había disgustado a Nanín que fueran a visitarla. Desabrida, con la misma cara larga con que había transformado el gesto radiante que llevaba al abrir la puerta, las invitó a sentarse con una frase formularia, y a los dos minutos las había dejado solas. Dijo que tenía que ir a arreglarse porque esperaba visitas.

Bajo las faldas de la camilla ardía el orujo del brasero. Rosa, muy arrimada al fuego, con las piernas abiertas, permanecía inmóvil, sonriente, complacida. De la habitación de Nanín llegaba música. Un disco rodaba en el gramófono. La voz de Carlos Gardel escapaba de la rueda negra de surcos concéntricos y apretados y se extendía por la sala.

*Era para mí la vida entera
como un sol de primavera
mi esperanza y mi pasión...*

De pared a pared, se paseaba Isabel. Como una leona, como había oído decir que se paseaban las leonas enjauladas. En el recibidor había algunos objetos nuevos, desconocidos para ella: un espejo antiguo de marco dorado y una caracola. La

caracola era grande y estaba sobre la consola. Por la parte interior tenía un paisaje: el mar, un faro, una barca, todo de colores, pintado a mano. Con mucho cuidado Isabel se le acercó al oído; oyó claramente el sonido de las olas; eran unas olas tristes, desesperadas, prisioneras. Era la música de un mar nocturno al borde de un acantilado. Era un rumor profundamente triste que en algunos instantes daba miedo.

Una luz rojiza, terrosa, entraba por la ventana que daba al callejón. Isabel levantó el visillo para ver la calle. Por el verano, a esas horas, las mujeres cosían en la puerta cogiendo el primer fresco mientras el sol iba desapareciendo detrás de las montañas. Una de ellas marcaba en medio de la calle un perfecto dibujo de forma rectangular con una regadera, y el agua arrancaba de la tierra un vaho caliente. Las mujeres cosían y charlaban agrupadas y a veces del corro salía una risa aguda o una voz se elevaba sobre las demás. Ahora la calle estaba desierta. Hacía frío. El muro de la casa de enfrente estaba deslucido, desconchado por la intemperie, y se abombaba por la mitad. Una canal de desagüe bajaba desde el tejado y se curvaba cerca del suelo. Arriba del todo, al lado de las tejas, se veían unas ventanas pequeñas, con barrotes de hierro, cerradas como las de una cárcel.

*Y ahora cuesta abajo en mi rodada
las ilusiones pasadas
yo no las puedo arrancar...*

Isabel ya se iba acostumbrando a los desengaños. Se estaba convenciendo de que en este mundo todo eran desengaños. Su mismo cuerpo la traicionaba, estaba fallando descaradamente. La otra mañana, al mirarse en el espejo, se encontró con la desagradable novedad de que el cuello le había crecido por la noche. Tuvo que exhibir todo el día un cuello desmesurado, larguísimo. Otro día eran las manos o los pies los que se estiraban. Así, sin armonía, caprichosamente. Se quedaba sorprendida de que la gente no volviera la cabeza al verla. Se le llenaban los ojos de lágrimas cuando se contemplaba de reojo en las vidrieras, camino del Instituto. Un canguro parecía con aquellas piernas.

En este mundo todo eran desengaños. El Instituto de Lorca fue otro chasco. El curso había comenzado tarde, casi a fines de noviembre. Isabel, cuando supo que su padre la había matriculado para que estudiara el segundo curso, se alegró. Pensó que iba a comenzar para ella una nueva vida y que todo el aburrimiento y el vacío que la acosaban desde que vivían en aquel pueblo iba a desaparecer. Recordaba el Instituto de Castellón, lo idealizaba. Lo veía como un gran edificio, bellísimo, con sus escalones de mármol a la entrada y una verja de hierro pintada de negro que acababa con una especie de puntas de lanza que podían clavársele a cualquiera que intentara escalarlas de noche, cuando los bedeles cerraban. Idealizaba también a sus profesores. Los veía en el recuerdo, reunidos, bien vestidos y solemnes, uno junto a otro, en un largo diván forrado de rojo terciopelo, como los de las catedrales. Allí, a

los acordes de la Banda Municipal, repartían matrículas de honor y el director pronunciaba un discurso el cual terminaba diciendo que daba por empezado el curso académico. En las paredes del salón de actos, simbolizadas por matronas ligeramente obesas, estaban representadas todas las ramas del saber y acompañadas de arpas, microscopios, cartabones, bolas del mundo... Todas ellas asistían a la distribución de premios. Indiferentes.

Pero el Instituto de Lorca no tenía nada que ver con el de Castellón. Era un caserón desaliñado y húmedo. En medio del patio el agua surgía monótona de una fuente de piedra mohosa. La pileta sobre la que caía estaba atrancada. El agua del grifo, siempre abierto, pasado de rosca, se desbordaba y salía encharcando el patio. Formaban una corriente que comenzaba siendo muy clara y terminaba, fangosa y llena de papeles y desperdicios, en la calle, donde continuaba cuesta abajo hasta la primera alcantarilla.

Dentro del Instituto todo tenía un aire improvisado y hosco. El aire silbaba por las rendijas y se colaba dentro de las aulas. Hacía frío. Sólo quedaban tres profesores. Los lorquinos del curso contaban historias sobre los que no estaban: habían huido hacia la otra zona, les habían encajado un tiro entre los dos ojos o estaban en alguno de los frentes, largas las barbas, con botas de montar hasta la rodilla y con gorros de mezquina tela de algodón, adornados con una estrella roja.

Los chicos se pasaban toda la mañana en el patio, viendo correr el agua de la fuente, helándose. Persiguiéndose por los pasillos, que estaban cubiertos de un polvo arenoso y crujiente que los obligaba a patinar y a veces los hacía caer. Se pasaban la mañana sentados en un corro, hablando, contando mentiras.

Mentiras. Era posible que la vida fuera también una gran mentira, como decía su tía Constantina. Aún no hacía dos meses que Nanín le demostraba una gran amistad. Por las tardes, cuando iba a verla, le daba para merendar una taza de chocolate con pan tostado y le llenaba los bolsillos de naranjas. Se quedaba derecha en la puerta hasta que ella desaparecía por la escalera, preguntándole mientras bajaba si volvería al día siguiente. Solía contarle argumentos de películas y una tarde le enseñó todos los trajes que tenía. El armario de Nanín estaba lleno de vestidos, algunos largos hasta los pies, lujosos. Isabel comentó: «Lástima que con la guerra no te los puedas poner». Y Nanín contestó, ilusionada: «Un día organizaremos una fiesta. Tú traerás chicos y chicas. Beberemos champaña y bailaremos».

Más falsa que Judas era. Ya no se acordaba de sus promesas ni de las tardes que había perdido Isabel escuchándola, porque siempre le gustaba estar contando fantasías, sin dejar que los demás metieran baza. Ahora andaba presumiendo de amistades entre el señorío, y en el pueblo la llamaban la Tenienta. Ya no quería tratarse con los refugiados, le parecían poca cosa. Y hacía un mes que tenía criada. Una malagueña llamada Rosario. Nanín la obligaba a ponerse un delantal de encaje sobre los vestidos para salir a hacer recados.

*Sueño con el pasado que añoro,
el tiempo viejo que es oro
y que nunca volverá.*

El gramófono se quedó callado. Rosa se había dormido. Su cabeza, de cabellos largos, mal cortados y grasientos, reposaba sobre los brazos, encima del redondo tablero de la mesa. Un hilillo de baba nacía de sus labios y se extendía hasta una de sus manos, últimamente Rosa había enflaquecido. Poco a poco había perdido su aire sano de animal feliz. Félix Alegre, en los últimos tiempos, la observaba preocupado. Una mañana la llevó a la visita gratuita del hospital. El médico le dijo que su mujer no tenía nada grave, es decir, ninguna enfermedad de esas que provocan los microbios. Que lo que pasaba era que se encontraba desnutrida. Había que alimentarla y llevarla a pasear al aire libre para que hiciera ejercicio.

Fue después de la visita al hospital cuando Félix Alegre se decidió a cambiarle a Policarpo los pendientes largos y los dos anillos por comida. A Policarpo le conocían desde que llegaron a Lorca. Siempre le compraron a él la comida de estraperlo. Vivía en la huerta y su casa estaba rodeada de una tierra rojiza y dilatada, donde Policarpo criaba de todo; hortalizas, habas, gallinas. Los pendientes eran muy antiguos, pertenecían a la familia de Rosa y su madre se los dio para la boda; «Toma, hija mía, es todo lo que te puedo dar. Ni sábanas, ni ropa blanca, ni vestidos. Pero son unos buenos pendientes... De oro. Y el oro, hija mía, siempre es dinero». Eran pendientes pasados de moda, macizos, acabados con un colgante redondo que tenía un brillantito en el centro. De las dos alianzas dijo Policarpo que eran de oro bajo. Policarpo se había agenciado un pedazo de jaspe negro. Rayaba en él con las alhajas y a continuación echaba un chorrito de agua regia; «Este método es infalible», decía mientras tanto. «Con esto no te meten gato por liebre...». Félix Alegre, cuando le entregó las alianzas y los pendientes, lloraba: «Ahora sí que somos unos miserables», decía.

Se iba a hacer de noche y Rosa continuaba dormida. Isabel se había cansado de pasear de pared a pared, de mirar por la ventana. Un gran aburrimiento la llenaba y había perdido ya la curiosidad por saber a quién estaría esperando Nanín. Se volvió a oír el gramófono con una canción nueva:

*Un compadrito fue el que a una china
fingiéndola querer daba su vida
ella pebeta fue y resbaló
quedando aprisiona por el amor...*

A Isabel le pareció que la sala se estaba haciendo estrecha, oscura, baja. La sensación de encierro se le hacía insoportable. Ya estaba decidida a despertar a su madre para irse cuando llamaron a la puerta. Salió a abrir la criada malagueña canturreando. En el vano de la puerta aparecieron dos señoras conocidas: la dueña de

«Tejidos Pedrín» y la hija solterona del fotógrafo Torreglosa. Las dos iban sin medias, como todo el mundo, pero la de Torreglosa llevaba un abrigo azul eléctrico muy nuevo y unos guantes de manopla hasta más arriba del codo. La criada las hizo pasar al comedor.

Comenzó a llover. Por la ventana se veía la fachada de enfrente llenándose de rayas más oscuras que la pared, rectas y oblicuas, como si alguien las hubiera trazado con una regla. Las rayas se fueron ensanchando y todo el muro quedó mojado, Por la canal comenzó a brotar un brazo de agua fangosa que poco a poco se hizo más claro y más gordo.

Rosa se había despertado. Bostezaba. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Isabel le colocó la toca de lana por encima de la cabeza y la hizo levantarse. Aquéllas, en el comedor, hablaban como cotorras. Nanín debía de estar sentada cara a las otras, como la diosa de una tribu de negros, con las piernas que no le llegaban al suelo y la seda de la blusa tirándole por delante, encima de los pechos. Debía mirar a las visitantes encogiendo los ojos como solía hacer, la cegata. Se oyó el parloteo rápido de una de las lorquinas, las palabras las apagó el tilín de una taza. Debían de tomar té. O chocolate.

Isabel abrió la puerta con cuidado, sin ruido.

Guió suavemente a Rosa hacia la escalera. Se volvió para mirar la sala. Encima de la consola, la caracola le pareció deslumbrante. Con los bordes rizados, hermosa. Por un momento sintió la tentación de llevársela. Se contuvo porque imaginó que Nanín adivinaría en seguida que la había robado ella.

Bajaron la escalera tanteando porque no había luz. El viento empujaba el agua de la lluvia contra el portal y mojaba el rellano y el primer escalón. Hacía frío. A Isabel se le ensanchó el pecho con el agradable olor a tierra mojada. A ozono, que decían los libros.

16

Los cabellos de Néstor eran rubios, lisos, abundantes. Al pasar la mano sobre ellos, se notaba una especie de humedad grasa. Aquella tarde le caían sobre los ojos, revueltos. Una penumbra grisácea se extendía por la habitación y afuera, en el jardín, se oían chocar las gotas de lluvia sobre la tierra. Desde la azotea el agua era conducida por un tubo de latón hasta la cisterna. Al caer sobre el otro líquido almacenado producía ecos prolongados y musicales. La ropa de Néstor estaba abandonada y extendida por el suelo y en uno de los pilares de la cama blanqueaba su camisa. Néstor a su lado, tapado, asomándole los hombros, angulosos y morenos, se inclinó para decirle con voz preocupada: «¿Has pensado que puedes tener un hijo?».

Del río viene una brisa fría, penetrante. El Guadalentín va lleno. A veces en una de las crecidas, frenéticas e inesperadas, arranca las casas de la ribera, se lleva los sembrados de detrás del muro y a la gente dormida que no ha tenido tiempo de

escapar. Amparo camina por la acera derecha del puente, absorta. Dos muchachas andan a su lado. Van comentando algo que las divierte y hablan su léxico lorquino de haches aspiradas y diminutivos cadenciosos acabados en ico y en ica. De pronto se paran riendo y una de ellas se dobla en ángulo recto, encanada por la fuerza de la risa, con las manos en el estómago. Amparo sigue caminando con paso vivo y las deja atrás.

A las seis y media acaba su turno en el hospital. El aire frío de la calle parece barrerle la cabeza por dentro, despejándola y dándole bienestar. El cielo está negro, todo lleno de estrellas muy fijas, relucientes. El viento, un noroeste que debe venir de los lejanos montes ibéricos, se le mete dentro de los zapatos y sube por las desnudas pantorrillas hasta los muslos, donde parece instalarse produciéndole escalofríos, helándola. Menos mal que con la capa el cuerpo lo lleva abrigado.

Si se camina con la cara hacia el cielo, mirando las estrellas, da la impresión de que se flota en el espacio. De que se ha conseguido la libertad. Ni siquiera la atadura de la gravitación, ni la atracción de los astros. Amparo va oyendo el retumbar de sus pasos por el puente y piensa eso. Se siente bien caminando sola, después de las horas de trabajo en las salas atestadas de heridos, libre, sin el acoso de aquel Leoncio grandón y manos largas que desde hace un tiempo es su novio.

Hace una semana que Leoncio está en Cartagena. No le ha escrito. Debe de seguir enfadado o tal vez no tenga nada que contar. Amparo piensa que si ella tuviera que dirigirse a él, tampoco sabría qué decirle. Cada uno de los dos ha mantenido intacto el mundo interior y propio, con una extraña desconfianza. Amparo no le ha dicho nada que no pudiera confiar a un desconocido. Las conversaciones de la pareja languidecen amodorradas, trasladándose del tema del trabajo en el hospital a los chismes sobre la gente que tratan. Al principio de sus relaciones conversaban también sobre la boda, hacían planes: los hijos que tendrían y la casa y los muebles que les gustaría comprar. Pero ahora el interés de Leoncio por el casamiento parece haberse enfriado. Habla de casarse muy de tarde en tarde y con una clara reserva. El entusiasmo de los primeros tiempos ha desaparecido. Ahora va mucho a Cartagena, donde a veces pasa quince días. En una ocasión le confió que tenía el propósito de conseguir un puesto en uno de los hospitales de aquella ciudad; «Si pasa lo peor — explicó —, se puede coger un barco que vaya al extranjero. En cambio, en este poblacho se queda uno copado».

Amparo se había negado a volver a la habitación de él. A principios de otoño la llevó dos tardes al departamento que tiene junto al cielo raso del hospital. Es una habitación de techo bajo que Leoncio ha decorado con pieles de cordero, divanes y cojines. Dentro no se sentía frío y la vista era espléndida. La invitó a merendar. Él allí tenía de todo; café, azúcar, pan blanco... La última tarde consiguió hundirla en una sexualidad de la que ella participó, pero que después juzgó grosera. Una especie de caricatura de lo que era el amor. La experiencia fue como una humillación. Después, clavada como una espina, llevaba la seguridad de que había profanado algo hermoso

y secreto. Su amor con Néstor. No importaba que él se hubiera muerto. Ella seguía llevando su anillo y era aún su mujer. Se autoflagelaba con los remordimientos que su falta le había originado, y algunas noches no podía dormir.

Leoncio tiene algunas veces una arrogancia odiosa. Poco antes de salir para Cartagena insistió inflamadamente en volver con ella a la habitación de las vigas. Amparo se negó. «Te aseguro que no pasará nada. Te lo juro. ¿Acaso no me porté la otra vez como un caballero?».

«Un caballero cerdo», pensaba Amparo. Lo miraba y lo veía como a un cerdo. Igual de sonrosado, igual de gordo, con la misma mentalidad: comer, dormir, fornicar. Amparo se había enterado de que se llevaba a la buhardilla a casi todas las enfermeras del hospital. Tal vez ella le pareció más difícil, más inaccesible, y se le ocurrió la idea del matrimonio, ilusionarla con un futuro enlace y hacer que así se confiara a él. Puede que no fuera eso y que a lo mejor Leoncio hubiera pensado alguna vez en casarse con ella... Bueno, lo mismo daba. No tenía mucha importancia. Lo miraba desapasionada, lo veía babeante, lujurioso. Ante su firme negativa el hombre estalló en cólera: «Eres una fría, una calculadora», le dijo. «Tú quieres conseguir que me case contigo. Guardar tu virginidad por si te fallo. Pero por mi parte puedes conservarla. Guárdatela».

El puente es grande, tiene cuatro ramales. Tendido sobre el río separa la Ciudad del Barrio. Está solitario, oscuro. Cuando termina el puente y comienza la ciudad, las calles son más anchas, más concurridas, menos oscuras. De un portal sale un niño descalzo. Lleva colgado del brazo un cesto con verdura:

—¿Quiere acelgas, señorita? Están recién cogidas. Son gloria.

—No, guapo. Hoy no.

Son acelgas robadas al anochecer. Grupos de niños asaltan las huertas y venden luego por las calles lo que han podido pillar, para comprarse con el dinero que sacan, almendras o pan que devoran a escondidas. El niño tiene las pupilas muy brillantes. Unos ojos que siempre parecen acechar alguna cosa. Amparo ha observado esos mismos ojos de alimaña en algunas personas de este pueblo. Son ojos llenos de vida, de acoso, de hambre, como los de las fieras del monte. El niño, cuando Amparo ha pasado, vuelve a refugiarse en el oscuro portal.

Pasa por la plazuela que se llama de la Independencia. En medio tiene una fuente. Está rodeada por unos cipreses anárquicos que antes de la guerra exhibirían su cima recortada con festones y rectas logrados por un jardinero que debía de podarlas periódicamente. Ahora han recuperado su salvaje dignidad. Amparo atraviesa la plaza y entra en el callejón donde vive. La calle de Saavedra es corta y empinada. Junto a la acera se ha acumulado una agua quieta y hedionda.

El tragaluz del sótano está a ras del suelo. Una tela metálica enmarcada protege la cocina de la invasión de las moscas; detrás de la tela metálica, al llegar el invierno, pusieron un cristal. Amparo tiene que inclinarse para mirar adentro: su madre remienda algo pequeño y blanco, esforzando sus indefensos ojos debajo de la

bombilla, a la que hace unos días alargaron el hilo. Se ha abrigado las piernas con una manta, la misma manta que emplea para planchar y que añade a las cobijas de la cama cuando se acuesta. Unas marcas tostadas, quemadas, con la forma de la plancha, la han señalado. Amparo da unos golpecitos en la tela metálica y su madre levanta la cabeza:

—Soy yo —dice.

—Va, ya va —contesta Narcisa.

Amparo piensa que aquella ventana es como un escaparate. Y allí, en la cocina, hacen la vida, ella y su familia, expuestos a las miradas de todos los que tengan curiosidad por asomarse. Hace tiempo que hablan de colgar una cortina. Pero no disponen de ropa. La poca que tienen la emplean para abrigarse. Y aún no basta.

Narcisa, cuando acude a abrir, habla a gritos. Suele hacerlo siempre. Cierran la puerta y ella continúa hablando.

—¿Y tu padre?

—Allí quedó, trabajando.

El señor Vicente tiene guardia. No lo relevarán hasta las seis de la mañana.

—¡Ay, no sabes cuánto me preocupa que vengas sola por ese puente tan oscuro!

—¡Bah! Es una tontería. Yo no tengo miedo.

—Tú no tienes miedo, pero el día menos pensado te saldrá un sinvergüenza. Con esto de la guerra los hombres andan desenfrenados.

—No te preocupes. Siempre pasa gente. Si fueran las doce de la noche... Pero ¡a estas horas...!

Narcisa sigue hablando. Por hablar. Pasando de un tema a otro.

—¿Has visto qué porquería de calle?

—Sí. ¿Qué ha pasado?

—Ya te puedes imaginar. Lo de siempre. Un pozo negro, el de las modistas. Siempre derraman las botas al vaciarlas. ¡Como tienen que sacar los pozos cuatro desgraciados, criaturas y viejos, es natural! Los toneles tienen más fuerza que ellos y se les vuelcan.

A Narcisa le gusta hablar. Es su vicio. En Castellón, cuando terminaba de fregar los platos, cogía la costura y se iba a casa de su suegra. La madre de su marido, al enviudar, organizó en su casa una tertulia. Era una señora sociable, dominante y obesa. Predicaba el amor al trabajo y prevenía que en su casa no quería manos ociosas: «La pereza es la madre de la pobreza», decía. «Del trabajo viene el provecho...». Las mujeres de la tertulia cosían, bordaban o tejían, su respiración y el brasero al rojo caldeaban el aire de la sala y enturbiaban los cristales. Las baldosas del suelo, blancas y negras como un juego de ajedrez, continuaban brillantes y heladas. Algunas tardes se preparaban meriendas, pagando cada una lo suyo, y los domingos jugaban al burro o a la brisca.

—Cuatro inútiles quedan. A los mejores se los llevan al frente a hacer de carne de cañón.

Ahora Narcisa se pasa el día sola. Sin tener con quién hablar... Su marido y Amparo trabajan en el hospital; su hija Serafina, el tiempo que no está en el Instituto va a la FUE, que está en un caserón de la Corredera, impresionante, incautado, donde los estudiantes pasan el tiempo, celebran charlas y ensayan comedias. A la hora de comer cada uno de ellos devora la comida de su plato y se marcha a su trabajo o a su recreo.

Y la noche es para dormir, dicen. Narcisa ha llegado a temer que su boca quede cerrada para siempre. Como esas cisternas que se ciegan porque ya no sirven. Se le quedará todo junto: lengua, campanilla y paladar. Como un pegote de cemento.

—Si Dios no nos asiste, nadie sabe lo que va a pasar. El día menos pensado el mundo dará un trueno y volaremos todos por los aires.

Amparo se quita la capa y la extiende sobre el catre que sirve de cama para ella y Serafina. Se sienta junto a su madre, tapando sus piernas con la manta, igual que ella. Ahora, durante una hora o dos, hasta que llegue Serafina para cenar, tejerá su jersey. Un jersey con rayas que hace aprovechando ovillos de lana que pertenecieron a otras prendas. Con la manta y la proximidad de su madre siente una agradable sensación de calor. Nota que de una de las agujas se han escapado los puntos:

—Siempre pasa igual. Me da rabia.

—¿Qué pasa?

—Lo de siempre. Que metéis la mano en mi bolsa de labor y lo enredáis todo. Ahora me habéis sacado los puntos de la aguja.

—Habrás sido Serafina. Ahora recuerdo que a mediodía buscaba hilo para coserse el dobladillo.

—¡Qué graciosa!

Amparo consigue arreglar los puntos y meterlos de nuevo dentro de la aguja de acero. Su madre la mira trabajar con las dos manos plegadas, los labios metidos hacia dentro como si rumiara algo, como si estuviera pensando cosas muy importantes. Por fin dice con voz misteriosa, con aire de quien continúa un tema habitual de conversación:

—Hoy se les ha perdido la gata.

Ha señalado con un gesto de inteligencia el techo, el piso de las propietarias. Habla susurrando, como si al otro lado del tabique sospechara la existencia de un espía agazapado, malintencionado y soplón. Las manos de Amparo evolucionan rápidas en su labor. La lana del ovillo sale rizada. Al tejerla se tensará y, cuando la pieza esté acabada, parecerá hecha de lana nueva. Amparo piensa estrenar el jersey para la primavera, cuando se quite la capa.

—La han encontrado de noche. Se había metido en el horno, debajo de unos haces de leña.

—Habrás entrado a refugiarse. Asustada. Como nunca sale...

—Se les ha escapado porque debe de querer macho. Estos días pegaba unos maullidos que ponían la piel de gallina.

Amparo pensaba con un fondo de ironía que la gata de las hermanas del cura estaba encelada como las enfermeras que acompañaban a Leoncio a la habitación de las vigas. Como ella misma, que le prometió a Néstor fidelidad cuando cambiaron los anillos, fidelidad eterna, y que ahora se dejaba conducir por Leoncio con el propósito de engancharlo como marido. Para tener un hombre. Y aunque ella misma concede que al fin y al cabo es una cosa natural el obrar como todo el mundo, sus propios pensamientos la ofenden.

—Han estado todo el día como locas. Lloraban y todo.

El fogón. Una hornilla tiznada, sucia. Allí guisan quemando papeles con los que han fabricado apretadas bolitas, quemando astillas y, algún afortunado día, pedazos de carbón de cock recogidos en la vía por toda la familia, siguiendo la huella de los trenes en una larga caminata. El respiradero cuadrado de la hornilla está lleno de ceniza, el montoncito forma una pirámide. Debajo de los fogones está el cubo de la basura. El latón de que está hecho se ha resquebrajado de vejez, de uso, y está rizado por los bordes, retorcido. La pobre luz de la bombilla les da a todos estos objetos unos tonos sepias, apagados. Los rincones de la cocina quedan imprecisos, casi inexistentes, como en los sueños confusos que luego no se recuerdan. A Narcisa le brillan los ojos con un resplandor de triunfo:

—Han llamado aquí para preguntar.

—¿Las dos?

—No, la más delgada. La pequeña.

Las propietarias viven en el primer piso. Narcisa sube los escalones todos los meses para pagar el alquiler. El día tres de cada mes. Sin falta. Lleva el desnudo dinero en la mano: quince duros. La puerta del piso de las propietarias está pintada de color de chocolate, un tono grasiento y gordo. A la altura de la mirilla la pintura se ha petrificado en unas gotas más claras, resinosas, y más abajo hay una pelada señal, sin pintar. Como si allí hubiera habido algo clavado. Seguramente el corazón de Jesús. La efigie de latón de un Cristo con el corazón ardiendo. Aún se ven los agujeros hechos por los tornillos que sujetaban la ovalada medalla, unos tomillos de torniquete delgado, corto: «Bendeciré la casa donde la imagen de mi corazón sea expuesta y honrada».

El día tres de cada mes, cuando Narcisa golpea la madera de la puerta con los nudillos, porque el timbre no funciona, se oye la voz de una de las dos hermanas, que temblotea preguntando quién llama. A continuación Narcisa oye latir los minutos en el silencio de la escalera. Prepara amables palabras que pronunciar y hasta se imagina a sí misma recorriendo la bendecida casa y mirando condolida el retrato del hermano cura al que los de la FAI, según dicen, dieron el paseo. Será un retrato antiguo, en el cual aquél está vestido de seminarista, con cara de torta y una banda azul sobre el pecho. La imaginación de Narcisa vuela, pero a los pocos minutos, y todos los meses pasa lo mismo, sale la más alta de las dos hermanas con el gesto severo y el recibo del alquiler en la mano, firmado y rubricado. Con su sello móvil partido por la mitad,

como manda la ley. Y casi le da con las puertas en las narices. Sin decir nada. Ni adiós.

—Me ha preguntado si yo había visto la gatita. «Tenemos miedo por si alguien se la come. Con estas escaseces».

—Ya.

—Tiene una voz muy distinguida y parece muy educada.

—Sí, pero a ti te niega el pan y la sal.

—Me los niega porque debe de pensar que nosotros somos unos ateos y unos comunistas, unos sinvergüenzas como algunos refugiados que andan por el pueblo.

—¿Y a ti qué más te da, mujer? Deja de preocuparte por lo que puedan pensar de ti los vecinos. ¿No ves que no tiene importancia?

—Eso es muy fácil de decir. Pero a mí me duele que la gente piense según que cosas.

Sólo querría hablar con ellas un cuarto de hora. Es su gran anhelo. Todos los meses, mientras sube la escalera, agarrada al pasamanos pegajoso, lo desea con toda su alma. Hablar con ellas, explicarles cosas de su vida, quién es su familia. Decirles que en Castellón hay centenares de personas que pueden responder de ella, testigos de lo que ella les pueda explicar. Hay algunas, como la señora Pepeta la lechera, que aún la recuerda de niña, está harta de oírsele decir: «¡Ay, parece el otro día que te veía pasar con el uniforme del colegio!». Y Narcisa también se acordaba de aquellos lejanos días vagamente, pero se acordaba. En la festividad de San Lucas Evangelista les llevaba a las monjas de la Consolación un palomito vivo con una cinta azul en el cuello... Sólo querría hablar con las dos hermanas un cuarto de hora. Les diría que ella no era la incrédula que ellas pensaban. Que creía en Dios, en el Infierno y en la Virgen. Podía incluso explicarles los milagros que sabía, los milagros de la Virgen de Lidón.

La Virgen de Lidón es la patrona de Castellón. Un labrador que araba por aquellas tierras, la encontró junto a la raíz de un almez. Lo cuentan los gozos. La verdadera Virgen es pequeña como un garbanzo. Para hacerla más visible la colocaron dentro de una imagen nueva, vestida con túnica de brocado, tiesa y rica, en forma de campana. En la ermita, detrás del altar están los exvotos; piernas de yeso, trajes de cristianar, bragueros de herniados. Cada uno de ellos testimonia un milagro. Detrás del templo existe una acequia, unas huertas, naranjos, higueras. Los últimos días de julio, poco después del levantamiento militar, los milicianos saquearon la ermita y tiraron todos los exvotos a la acequia. Algunos se alejaban con la corriente. Otros se hundieron en el fango, en el fondo del agua trasparente, en lo más hondo de la acequia, lleno de piedrecitas.

—Bueno, Pero no querrás decir ahora que tú fuiste alguna vez muy piadosa. Casi ningún domingo ibas a misa.

—Bien. Porque primero es la obligación que la devoción. Eso no quiere decir que no creyera en Dios. Lo que pasa es que no iba a dejarme las cosas sin hacer para

meterme en la iglesia a pegarme porrazos en el pecho.

—Y rezar, lo que se dice rezar, no te he visto nunca.

—¿Tú qué sabes? ¿Iba a rezar a gritos acaso? La que no has sido nunca rezadora ni devota eres tú, y tu hermana igual. Habéis salido a tu padre, que toda la vida ha sido un anticlerical perdido.

—Bien, pero nosotros no intentamos decir lo contrario como tú.

Narcisa calló. Ofendida. Dentro de su memoria comenzó a buscar hechos que rebatieran lo que afirmaba su hija.

Los jueves santos terminaba molida, por la noche las articulaciones de las piernas se negaban a obedecerla. Recorría todos los Monumentos de la ciudad. Uno por uno todos los Monumentos al Santísimo Sacramento, desde Santa María a las Hermanitas. En los conventos de clausura las monjas cantaban temblorosas canciones de ahogados gorgoritos. El incienso y las flores del altar formaban cortinas de perfume que llegaban a marear. A Quimeta, la dueña de la droguería, un año la tuvieron que sacar desmayada.

Hechos piadosos. Podía decir tantos como pelos tenía en la cabeza, Un año, por el Corpus, salió descalza, detrás de la procesión, con los demás penitentes. Un velo negro y espeso la cubría hasta los tobillos. En una mano sostenía un cirio, de la otra llevaba a Amparo, que entonces tenía cuatro años. Su hija había padecido una escarlatina muy fuerte. Cuando Narcisa la vio tan grave, le prometió a la Virgen que si se salvaba irían las dos en procesión detrás del Santísimo. La niña iba vestida de blanco, llena de lazos, como una muñeca.

Mira a su hija. Parece mentira que se haya hecho una mujer. Allí está a su lado. Más alta que ella. Tiene el entrecejo fruncido, pensando. Nadie sabe qué. La vuelve a recordar, pequeña, durante el Mes de María, en el colegio, haciendo volar sus manitas y recitando:

*Todos te regalan flores,
¿Yo qué te regalaré?
por ser la más pequeñita,
la corona te pondré.*

17

—Mi abuela decía que algo malo iba a pasar, pues aquel año ocurría una cosa extraordinaria. Fuera a donde fueras, encontrabas serpientes.

Y mi abuela no se equivocaba nunca: en el mes de julio estalló la guerra.

—¿Y usted cree que las serpientes lo anunciaban?

—Mi abuela lo decía.

—¿Y se encontraban muchas?

—Fueras adonde fueras. Yo pisé una amarilla un domingo por la mañana, cuando iba al caño a buscar agua, y una vecina nuestra, al ir a meterse en la cama la noche de San Belarmino, se encontró con una, dormida, hecha una rueda, entre las sábanas. Hasta en el mercado se veían bichas. El hombre que vendía los paquetes de té guardaba una dentro de su canasta de mimbre, gorda como mi brazo. Imponía.

—¿Y para qué quería la serpiente el hombre aquel?

—¡Yo qué sé! Supongo que para llamar la atención. Era un hombre gordo que llevaba sobre el traje un guardapolvo gris y se había dejado crecer las melenas hasta los hombros, como una mujer. Tenía una voz muy recia y daba gusto oír cómo se explicaba. Para llamar a los clientes tocaba una campanilla de plata. Vendía un té que lo curaba todo.

—¿Todo? ¿Qué curaba?

—Todo. Las enfermedades, el dolor de cabeza, las tercianas, la ictericia, el mal de muelas... Mi madre compró dos docenas de paquetes y los metió en un cajón de la cómoda. Cuando estábamos malos, ya no llamábamos al médico. Nos hervíamos una taza de té, y listos.

—¿Y se curaban?

—Mano de santo.

Rosario siguió fregando el suelo. Las baldosas, al mojarlas, formaban unas franjas húmedas, rectilíneas y anchas, de un color más vivo que el resto del piso. Parecía que las estaban pintando con una brocha gorda: capa de aceite de linaza, capa de pintura roja, barniz... Pero al secarse volvían a quedar igual. Uniformes, mate.

Como un baile. Los mismos movimientos, las mismas vueltas. Todos los días igual. El trabajo era como un baile, como cuando ella aprendía malagueñas de chica, allá en la plaza del Pulidero. Cuando tenía fregado el trozo suficiente para colocar las sillas, las ponía allí y así desembarazaba el suelo para seguir limpiándolo sin obstáculos. Tres de pie, tres encima, puestas de través, como hacen los camareros cuando barren los cafés. Después de fregar dos líneas de baldosas, arrastraba el cubo para limpiar otras dos.

A Rosario, al ponerse de pie, le cayó un mechón de pelos sobre los ojos. Lo apartó con la mano mojada al mismo tiempo que sorbía los mocos de su nariz:

—Pero cuando estalló la guerra y comenzó a escasear el tabaco, mi hermano se fumó los paquetes. Una noche fuimos a echar mano, y el cajón estaba vacío.

—¿Y eran buenas para fumar las hierbas aquellas?

—¡Yo qué sé! Él dijo que sí. Que eran muy buenas.

El agua del cubo adquiría poco a poco un color de café con leche, más oscuro cada vez. En el fondo reposaba la bayeta arrollada. La criada volvió a agacharse sobre el saco doblado que le servía para apoyar las rodillas. Metió la mano en el agua y, antes de pasar el trapo por el suelo, lo retorció para escurrirlo.

De la calle llegaba el ruido de un martilleo. Alguien clavaba tablas. Los martillazos se alternaban con los silencios: cuatro, pausa, cinco, pausa, dos...

Nanín vigilaba la limpieza hablando con Rosario. Todavía estaba sin arreglar. El quimono de franela le llegaba a los pies. Era cruzado y lo llevaba amarrado a la cintura con una lazada. Hacía unos segundos que miraba, guiñando los ojos, las torneadas barritas de una silla. Se aproximó y pasó el dedo por el travesaño. Una pelusa gris y plana se le adhirió, leve como una pizca de guata:

—Rosario, usted no sabe quitar el polvo. Mire qué cantidad.

—¡Ay, señorita! No me hable de polvo. Es como una maldición. Se abren un minuto las ventanas y entra a borbotones. ¿No ve usted que ni barren las calles ni las riegan desde hace un siglo?

—No, no. Eso es aparte. Lo que ocurre es que usted no se fija. Pasa el paño distraída, pensando en otra cosa. Para trabajar bien hay que poner los cinco sentidos.

Como una bandera, como un pañuelo manchado, como la sábana de la deshonra, agitaba delante de los ojos de Rosario aquel trapo de felpa orillado, que no era más que un trozo de un viejo albornoz que había usado Manolo Causanilles y del que ahora habían hecho trapos para el polvo y para secar cubiertos.

—Y los pongo, señorita. Se lo juro. Pero esto de la suciedad desde la guerra es algo que no tiene medida. Todo el mundo se ha vuelto marrano y haragán. Nadie limpia. Y, claro, a los que queremos tener higiene, ya ve lo que nos pasa. Hemos de quitar la porquería de todos. Porque si no se viera, no se creería: se mete por las rendijas, por las ventanas y le cae a uno en la boca cuando se le ocurre abrirla. Yo no sé cómo no hay más enfermedades.

—No. A usted, si la dejan hablar, no la ahorcan.

La Diana cazadora. Las tacitas de los chinos, la caracola pintada. Inspeccionó que no tuvieran polvo. Le gustaban los muebles y los objetos bien limpios, sin una mota de suciedad. Los objetos. Era una grata colección de cosas que le pertenecían, que la acompañaban, y le gustaba cuidarlas escrupulosamente. Una persona es rica cuando tiene muchos objetos. Y la riqueza trae el poder. Su madre solía decir; «Tú paga en la tienda y te dirán doña».

En el taller del modista Demetrio Gil tuvo una compañera que mitineaba que todos tenían que ser iguales. Que no era justo que mientras unos tiraban el dinero otros rabiaran de hambre. Y que por esa razón había que repartir la riqueza. A un lado, el dinero que existía en España; al otro lado, un signo de dividir, y como resultado tantos montoncitos de billetes como habitantes, que todos somos de carne y hueso. Era una muchacha de dientes de caballo y ademanes hombrunos que siempre iba vestida con un traje sastre y que al estallar la revolución se puso ropa de miliciano con una pistola en el cinto. Fue la que después la llevó a trabajar en la colectividad. Allí, en el inmenso taller con suelo de madera, continuaron hablándole de forma parecida.

Entonces a Nanín, en invierno, se le reventaban los sabañones de las manos y al terminar el trabajo cargaba con fardos de prendas para rematar en casa porque a su madre nunca le bastaba el dinero. Las señoras que se encargaban vestidos en casa de

Demetrio usaban perfumes que se envasaban en frascos diminutos y valían más de lo que ella ganaba en un mes.

Nanín entonces creía fervorosamente en lo de la repartición del dinero. A tanto por cabeza. Pero ahora le sublevaba la idea de distribuir entre los demás lo que ella había adquirido. Que ahorraran. Que trabajaran. Que cuidaran de sus asuntos. Ya no creía en la igualdad de las personas y tenía casi la evidencia de que cada hombre y cada mujer remonta la escala social según sus facultades; su inteligencia, su capacidad de trabajo, su belleza...

—Rosario, ¡ese mármol!

La piedra de la consola, si se miraba de espaldas a la luz, no se veía. Sólo poniéndose enfrente de la puerta de la cocina y contra la ventana se podía dominar toda la superficie polvorienta. Ahora mismo Rosario, si hubiese estado sola, hubiera escrito allí un nombre: Pepe. Pepe era su marido y estaba en el frente. Ayer recibió una carta suya. Le preguntaba por las niñas y al acabar, un poco antes de la firma, le escribía que tenía muchos deseos de darle un abrazo: «Qué borriquería poner eso en una carta que puede leer todo el mundo», había comentado Rosario con su señorita.

—Este mármol mañana lo limpiaremos con agua y vinagre. Verá qué bien se queda.

—Si quiere, le doy ahora mismo.

—No, hoy no. Es tarde.

El reloj de pared encerrado dentro de su caja, barnizada del mismo color que los muebles del comedor, había juntado sus manecillas en las doce. En la calle, a la entrada del callejón se oyó el picaporte de una puerta; tres golpes y repique. Rebotó una pelota debajo de la ventana y una chillona voz de niño gritaba:

—¡No vale! ¡No vale!

Se oyó golpear otra puerta. El cartero cantó un nombre:

—¡Ángeles Valenzuela!

Rosario, que estaba de rodillas, se levantó de un salto y estuvo a punto de derramar el agua del cubo. Sacó medio cuerpo fuera de la ventana mirando hacia donde habían sonado los golpes y la voz. Mirando hacia el principio de la calle con la cara tensa. Se volvió un momento hacia Nanín explicando:

—Es el cartero.

Nanín llevaba la cabeza llena de rizadores. Cuando se los quitara y se peinara, sus cabellos se llenarían de bucles pequeños y esponjados. Se quedó mirando la ventana y la espalda de su criada, el cuello estrecho y blanco cuya piel parecía levemente tiznada, como la de esas personas que se pasan el día pesando carbón en las carbonerías. Rosario había engordado. Cuando la aceptó como criada, era un puro esqueleto. Manolo Causanilles tenía la aprensión de que estuviera tuberculosa y la obligó a acudir a la revisión médica. Pero lo que tenía era hambre. Los primeros días no lograba saciarse. Desaparecía de la despensa el pan, los botes de leche, el embutido. A las dos semanas su abdomen adquirió un hinchazón que la desfiguraba,

como si estuviera preñada. Pero poco a poco aquello fue desapareciendo y Rosasio ahora esperaba la hora de la comida con una serenidad casi normal.

El cartero, un penacho de cabellos blancos sobre la cabeza y unos pies planos que le hacían bambolearse, pasaba en este momento por debajo de la ventana. Rosario le gritó:

—¿Trae algo para mí?

Barajó un manojo de cartas que llevaba en la mano. Las cartas de la calle Durruti. Además llevaba la cartera repleta. Montones de papel, escritos en los frentes de batalla casi todos. Los remites decían el número del batallón, el de la compañía y el nombre del frente. Podía dar la impresión de que la geografía del universo había cambiado de la noche a la mañana y los pueblos y las ciudades no existieran ya. Sólo montones de tierra, fosos, con sacos encima, zanjas que se llenan de barro cuando llueve, y alineados en ellas hombres sin afeitar, disparando, hacia uno de los puntos cardinales como poseídos por una manía demencial.

—No. Hoy, no.

—Vaya. ¡Qué mala pata!

—¿No tuviste ayer?

—Sí. Pero hoy esperaba de una de las niñas.

—Mañana será otro día, mujer.

—Eso.

—¡Salud!

—¡Salud, camarada!

Rosario tiene dos hijas en una guardería de Valencia. A principios del mes de diciembre recibió una fotografía borrosa en la que estaban formando grupo con otros niños. Se les veía cara de pito y llevaban un vestidito blanco y el cabello cortado a lo chico. La mayor había cumplido cinco años y la otra tres. Se había traído a Lorca la más pequeña. Durante el día se la cuidaba la mujer del aguador. Por la noche, cuando ella terminaba de trabajar, la atiborraba de sopas de leche hasta que la veía caer dormida. Cuando Rosario se acostaba a su lado, la encontraba calentita, inmóvil, con la cara arrebolada, y una burbuja de baba entre los labios.

—En la última carta me decía la directora que las habían vacunado contra el tifus. Tengo miedo que no les haya caído bien la vacuna y no se atrevan a decírmelo.

El espejo. Las dos mecedoras de rejilla. Otras sillas... Rosario comenzó a quitar el polvo del recibidor.

—Hay noches que no duermo pensando en ellas.

Los objetos. La fría serenidad de los objetos. Nanín se encontraba segura poseyendo objetos. Cuando era niña los robaba a sus compañeras de escuela: hebillas para el cabello en forma de flor, papel de estaño liso y brillante, labores a medio hacer... Los primeros días que trabajó en el taller de Demetrio Gil, se apropió de dos metros de *lamé*. Su madre le obligó a devolverlo. Cuando se hizo mayor, no robó nada más. Temía que la descubrieran. Pero las tentaciones por apropiarse de algo

determinado a veces la obsesionaban. Le gustaban los objetos, le apasionaba poseerlos.

—Hay noches que no duermo pensando en ellas.

—Ya lo creo, ya.

—No se me quita de la cabeza el patio grande, como el de un presidio, donde las dejé.

El patio era muy grande y estaba completamente lleno de niños. Niños que jugaban entre ellos, que gritaban o que permanecían quietos en algún rincón mirando a los demás. La señorita que los cuidaba era muy joven y parecía buena. Pero alguno de aquellos niños tenía cara de viejo. Como esos viejos malignos que algunas veces van a parar al asilo, como aquel de la calle Angosta al que encontraron haciéndole cosquillas en los pies a su nieto más pequeño, a punto ya de asfixiarlo. Los niños de la guardería llevaban las cabezas peladas, grises y llenas de bultos. Rosario salió de allí con el corazón encogido porque le pareció que aquellas criaturas tenían mirada de verdugo. Estaba casi segura de que iban a martirizarle a sus hijas.

Los espejos con el frío se empañan. Rosario echó el aliento para limpiar el cristal. Se miró un instante en la superficie. Al lado de la boca se le habían marcado unas finas arrugas. Su madre decía que la mujer joven que tiene arrugas junto a la comisura, malo, que no es feliz. Suspiró:

—¡Si al menos pudiera verlas alguna vez!

Nanín recitó con voz intrascendente:

—Es una tonta preocupándose. Allí, además de cuidarlas, se las educarán. Cuando las recoja las encontrará hechas unas señoritas.

—¡Ay, señora! No sabe usted lo que se sufre por los hijos. ¡Dichoso el que no los conoce!

—Nadie sabe.

Nanín pensó en la medicina. La caja abierta sobre la mesita de noche. Era de corcho y estaba dividida en compartimientos altos y alargados, con las paredes también de corcho. En ellos, perfectamente envasados, estaban aquella especie de huevos gelatinosos y oscuros que le había ordenado el médico.

El médico, aquel Norberto Pérez de la Loba. Al verlo por primera vez, Nanín quedó decepcionada. Era pequeño, esmirriado. Iba vestido con una bata larga y blanca, hasta los pies, con la falda notablemente, ridículamente hueca. Sonreía siempre, remilgado y adulón.

El primer día, después de la consulta, Nanín y Manolo Causanilles bajaron la escalera del médico en silencio y se encontraron en la calle, radiante. Nanín llevaba la cara crispada, el aire del que acababa de ser humillado, despojado.

—¿Has visto qué precio? Ya te lo decía yo.

—Sí, pero si nos ponemos bien...

—¡Pero si yo estoy bien! A ver qué necesidad tengo de estar pariendo cada nueve meses como una coneja... ¡Maldita la falta que me hacen a mí los remiendos de ese

tío!

—¡Calla! ¡No grites...! La gente nos está mirando.

—¡Y a mí qué me importa!

Norberto Pérez de la Loba era muy escrupuloso. La exploración que le hizo a Nanín fue concienzuda. Mientras la efectuaba —pinzas brillantes, cromadas, largas tenazas, aparatos extraños ensanchándose—, Nanín miraba al techo con cara displicente, con las piernas abiertas, escuchando los discursos plagados de citas y palabras técnicas, pensando, sospechando que a todos los desgraciados que iban allí debía de decirles las mismas palabras. El mismo rollo que se sabe de memoria. Norberto Pérez de la Loba afirmaba que la esterilidad igual podía tener causa femenina que masculina. Y no como se había creído hasta ahora que sólo se tenía a las mujeres por infecundas. La primera medida que tomó fue hacer un análisis del semen de Manolo. Como el análisis fue positivo y se demostró que los espermatozoos del hombre tenían vida, el médico se dedicó exclusivamente a Nanín: pastillas, inyecciones, irrigaciones...

Habían hecho una docena de visitas a la consulta de la Corredera. Nanín había tomado una decisión. Tomaba alguna pastilla delante de Manolo, las demás las tiraba al wáter. No es que tuviera mucha fe en las medicinas. Pero por si acaso.

A veces, Manolo la contemplaba como si ella tuviese ya una gran barriga y dentro un hijo de él. Un niño pelón y de ojos pequeños. Ella sentía la rabia hirviéndole por dentro. Si al menos fueran casados. Pero ni eso. Se habían presentado delante de un comisario vasco gruñón y lacónico y ésa había sido toda la ceremonia. En los sueños de Nanín existían largas colas de seda blanca y acordes de órgano que venían desde el coro. Ella pensaba que lo que valía era ir delante de un cura. Unas bendiciones dichas en latín. Pero así...

Había caído Barcelona. Parecía que nunca iba a caer y sin embargo ahora los catalanes huían a la desbandada camino de la frontera. La radio nacional, que escuchaba muchas noches, decía que la guerra estaba irremisiblemente perdida para los republicanos. Y ahora quería Manolo que ella tuviese un hijo... Muy oportuno. Para ir a la cola de la cárcel a llevar la muda con un mocoso al cuello... Eso, si no fusilaban a Manolo Causanilles, o si no se iba al extranjero y la dejaba a ella aquí. Que no sería el primer caso.

La caja permanecía abierta sobre la mesita de noche. Era de corcho y estaba dividida en compartimientos altos y alargados. En cada uno de ellos, perfectamente envasados, estaban los óvulos aquellos. La última medicina que le había ordenado Pérez de la Loba. Y que había calificado de infalible. Manolo, antes de irse hacia Intendencia, le había dicho; «No olvides que el otro te toca a las doce». Eran las doce y cuarto.

Cuando andaba por el pasillo hacia su habitación, Nanín seguía oyendo la voz de Rosario que explicaba no sé qué de cuando vivía en Málaga. Cuando Rosario llegó pidiendo trabajo y explicó que tenía una nena de ocho meses, ella le prohibió que la

trajera. Le aconsejó que buscara una vieja para cuidarla. Había muchas dispuestas a hacerlo por cuatro reales.

La víspera cuando volvieron del médico, Manolo había abierto la caja con cuidado, apartando el papel despacio, como cuando se quita la gasa de una herida. Parecía transfigurado. Después leyó el prospecto gravemente, con devoción; «Cada diez horas has de ponerte uno», dijo.

Pasó una bicicleta por la calle. Se oyó el reptar de las ruedas y el sonido de un timbre que se encallaba. Después, de nuevo el silencio. Se oía muy bien el ritmo del despertador. A Nanín le pareció que decía; Diez horas, diez horas. El despertador era grande y cromado. Junto a la campanilla comenzaba a oxidarse. Al lado del despertador estaba la caja de la medicina.

«Consérvese en lugar fresco y seco», decía la etiqueta. Miró el reloj. Eran las doce y veinticinco. Pensó en Manolo Causanilles, en su voz: «¿Te acordarás?». Cogió el óvulo. Era tibio, como algo vivo. En la mano sentía temblar la gelatina. Partió un trozo de papel de seda que tenía en el cajón de la mesita y lo envolvió con él. Caminó ligera hasta el cuarto de baño.

Abrió la puerta. A un lado estaba la bañera, anticuada, comida por dentro por el sulfumán. A la derecha, el lavabo. Enfrente, el wáter. Abrió la tapa y echó el óvulo dentro. Después tiró de la cadena. El agua salió por delante de la taza. Clara, transparente. El óvulo desapareció. El depósito volvió a llenarse con ruido de sifón.

18

Inesperadamente, toda la oscuridad de la noche se deshizo y comenzó a distinguirse la carretera, el campo, las montañas. Amanecía. La escasa hierba que crecía en el torcido surco de la cuneta se veía blanquecina como si la hubieran espolvoreado con harina, llena de escarcha. Por encima de las cumbres peladas aparecieron unas nubes rosadas, alargadas, desiguales, mezcladas con otras difuminadas en tonos grises delicadísimos. Hacía frío. Un viento cortante, seco, pegaba contra los hombres amontonados, encogidos, que intentaban resguardarse unos con otros. Félix Alegre sólo llevaba destapados los ojos. Redondos, inquietos, amarillos. Se había puesto encima todo lo que tenía y, además, llevaba la cabeza y la cara envueltas con una bufanda y un tapabocas. Aun así, el aire conseguía filtrarse y le producía la sensación de que le habían herido la piel con una «gillette», produciéndole una serie de cortecitos pequeños e imperceptibles que el aire irritaba.

El camión iba lleno. Era un viejo cacharro maltratado, con las ruedas remendadas y la carrocería pintada de colorines, entre los que predominaban el verde y el marrón. Era el camuflaje. El nuevo y artificial mimetismo de la guerra. En el guardabarros, con tinta chorreante y chapucera, alguien había escrito: UHP.

Habían sido llamados a filas siete reemplazos. Comprendían a los hombres de cincuenta y cinco años y a los muchachos de dieciséis. La orden había llegado a las

ciudades de la retaguardia mezclada con las clandestinas voces que aseguraban que la guerra estaba absolutamente perdida para los republicanos. Las radios extranjeras seguían contando la gran huida de los catalanes hacia la frontera francesa, del conflicto creado por el gran número de refugiados en Le Boulou. Los refugiados — dijo una noche Radio Londres—, guardados por senegaleses y rodeados de alambradas de púas, se habían cavado madrigueras en la tierra para resguardarse del frío y carecían de alimentación adecuada y de socorro médico. Una vez perdida Barcelona, Cataluña, una mezquina y flácida bolsa de terreno era todo lo que le quedaba a la República dentro del mapa hispánico. Exceptuando Valencia, donde seguía constituido el Gobierno, lo que estaba en poder de los republicanos era lo más pobre de la nación.

Los hombres van amontonados. Apretados contra los costados de Félix Alegre, un muchacho muy joven y un hombre cuadrado, calvo, con aspecto de tendero. El muchacho va medio incorporado y observa con mirada curiosa el paisaje que se desvela. A Félix Alegre le recuerda la de los mocosos voluntarios del principio de la guerra que escapaban de sus casas para encaramarse en los vagones, delirantes y repletos, que salían de todas las vías del país. Gritaban himnos recién aprendidos, himnos que no lograban interrumpir ni siquiera los ensordecedores e ininteligibles vivas de una multitud congestionada que permanecía de pie en el andén, apretándose, agitando pañuelos y estandartes debajo del sol, esplendoroso y ardiente.

Antes de subir en el camión, les han entregado un saco y un fusil enmohecido. Ni cascos, ni botas, ni cantimploras. Todos los que están en el camión han tenido que traer sus propias mantas. Alguien ha preguntado al que repartía los sacos: «¿Y dónde nos enseñarán la instrucción?». «¡Je, je, la instrucción! Para matar cabrones no se necesita ninguna instrucción. Vais directamente al frente. Allí os dirán cómo tenéis que poner las balas en los fusiles y cómo se aprieta el gatillo. Ya basta. La instrucción, ¡qué risa...! Media vuelta a la derecha, ¡ar! Media vuelta a la izquierda, ¡ar! ¡Descansen armas...! Eso es para los litris, camarada». Era noche cerrada cuando el motor del camión ha comenzado a roncar antes de ponerse en marcha. Ha enfilado la carretera y todos los hombres, en silencio, apoyados unos contra otros, no han tenido otra preocupación aparente que resguardarse del frío.

El mes de enero fue largo, helado. El día de Navidad se rompió el frente del Ebro. Desde entonces los nacionalistas, eufóricos, feroces, no han hecho más que avanzar, correr hacia delante, saltar montañas, cruzar ríos, como si tuvieran el diablo metido entre el pellejo. Y la radio republicana, al mismo tiempo, como el obsesionado redoble de un tambor, sigue repitiendo el «¡No pasarán!». Por la galena de don Trinitario había oído Félix Alegre los consejos de los generales nacionalistas a los soldados cuando tomaron Barcelona. Decían que se entregaran todos, que era inútil resistir porque la guerra la tenían perdida y que era criminal derramar más sangre. Negrín, por otra parte, había establecido las condiciones para dar por terminada la guerra; «garantía de la independencia española, derecho del pueblo para escoger su

propio Gobierno y renuncia a las represalias». Sus palabras parecían hundidas en una charca, y la guerra continuaba.

El padre de Félix Alegre, el hornero de la calle del Agua, siempre había sido republicano, él también. Creía justa la libertad, la igualdad de clases y el derecho a voto para escoger al que tenía que mandar. Cuando su hermana Constantina saltaba con aquello de: «Desengáñate, toda la vida han existido los pobres y los ricos y mientras el mundo sea mundo ricos y pobres habrá» o «El hijo del rey siempre será rey. ¡Cómo se va a poner un pelanas a mandar de la noche a la mañana! Hay que nacer con una corona en la cabeza», él se indignaba. Discutían. Se acaloraban. Félix Alegre acababa dando un portazo y dejando a Constantina con la palabra en la boca, rojo de ira.

Después del dieciocho de julio del treinta y seis, la ciudad de Castellón se llenó de carteles de propaganda en favor del obrero y en las plazas los altavoces repetían canciones, los himnos revolucionarios. A Félix Alegre se le ponía un nudo de emoción en el pecho cuando escuchaba:

*¡Trabajador, no más sufrir
la explotación ha de concluir!
¡Levántate pueblo leal
al grito de revolución social!*

Le parecía que la guerra, además de ser una defensa contra los enemigos de la República, había originado un despertar de las clases humildes hacia una dignidad, una enérgica oposición hada los muchos abusos existentes anteriormente. Siguió siendo republicano porque le parecía que todos aquellos partidos de la zona roja, con sus iniciales incomprensibles al principio (POUM, UHP, FAI, CNT) defendían al trabajador y estaban a su lado. Él no pertenecía a ninguno de aquellos partidos, era simplemente y esencialmente republicano, como antes. Siguió apasionadamente amorrado en el mapa, los avances de cada uno de los bandos, fascistas y rojos, igual que antes de la guerra seguían las columnas de números marcados con tiza indicando la marcha de los equipos de fútbol. Los siguió mirando en un viejo mapa que tenía, todo marcado y repartido por los dobleces, los dos primeros años de guerra. Pero ahora el proceso de la contienda se le presentaba como algo confuso que no lograba entender. Había perdido todo entusiasmo por la guerra. Sólo quería que todo aquel lío acabara de una vez. Volver a Castellón, a su trabajo. Comenzar a vivir en paz. Estar tranquilo.

Hasta el último momento había intentado escapar de esta intempestiva llamada al frente. Movilizó a Manolo Causanilles y corrió de un lado para otro buscando influencia para quedarse en Lorca. Al último que visitó fue a aquel coronel de gafas oscuras y colilla amarilla y persistente en la comisura. Le endosó el sonsonete que repetía a todos y que ya se sabía de memoria: «La mujer enferma, el hijo muerto, otra

hija... La huida de Castellón, su afiliación izquierdista, filiación que había amado, que llevaba en el tuétano y la imposibilidad de irse a pegar tiros dejando indefensa y sola, sin un céntimo, sin un gramo de comida a la familia...». El coronel aquel le había escuchado, sin dejar de chupar su mojada colilla, impasible. Después había medido con los ojos el pequeño y delicado cuerpo de Félix Alegre, su corta estatura de sietemesino y le dijo una frase solamente. «Camarada, eres un cobarde». Un soldado que, servicial, se apresuraba de un lado para otro con carpetas azules y repletas, le había abierto la puerta y Félix Alegre, mientras ésta se cerraba, había oído todo tembloroso cómo el coronel decía algo sobre los desaprensivos que hacen perder tiempo y a los que tendrían que liquidar delante de un piquete.

No se había preguntado nunca si era un valiente o un cobarde. La radio y los altavoces hablaban de héroes y decían bonitas frases sobre la muerte. Él sabía lo que era un héroe. Los había visto en el cine, en las películas. Grandes y apuestos escalaban solos, incluso heridos, una alta montaña, un parapeto encima del cual estaba el enemigo. El héroe sujetaba un cuchillo entre los dientes o agarraba una mortífera granada dentro del puño cerrado. Hacía volar sin ninguna ayuda un importante fortín, el del enemigo. Al final de la película lo condecoraban, le colgaban una medalla en el pecho delante de una perfecta formación de soldados, limpios y respetuosos, correctos y hermosos. Y antes de que aparecieran en la pantalla las tres letras que indicaban el fin de la película una joven rubia y guapa lo besaba largamente.

No sabía si era cobarde o no. Pero tenía miedo de morir. En vida podría ir a trabajar a la tienda de Las Cuatro Esquinas, hablar con su amigo Tòfol, pasear con su mujer, reñir a su hija, ir los domingos al fútbol, tomar el sol. Pero si él moría, poco importaba que el mundo reventara.

Cuando su padre, en una apacible tarde de otoño, se colgó de un naranjo, dejó el cajón de su mesilla de noche cerrado con llave. Cuando lo hubieron enterrado, su madre y su hermana forzaron el cajón. Dentro encontraron dos paquetes de tabaco sin comenzar y unos calcetines sucios. El padre no volvió del otro mundo para abroncar a su mujer y a su hija. Y, seguramente, estaba sumergido en la más absoluta de las indiferencias. Los muertos no vuelven. Se quedan nadie sabe dónde y los cuerpos se pudren. Para la fiesta de Todos los Santos Félix Alegre y su mujer fueron a llevar un ramo de flores a Bartolomé Alegre. De su sepultura salían hormigas.

El sol asoma por el pico de una montaña. Es muy rojo. Una gran bola encendida, radiante. Subirá como un globo, poco a poco, hasta colocarse en medio del cielo. El camión bota de bache en bache porque la carretera está descuidada, sin nadie que le haya echado un remiendo desde hace por lo menos tres años. A los hombres que no van tumbados dentro del camión, les oscilan las cabezas. Parece que de un momento a otro una cabeza, todas las cabezas, se troncharán y caerán en el camino. Félix Alegre se entretiene pensando que si esto ocurriese tal vez se parara el camión y los hombres que por suerte no se hubieran decapitado volverían a Lorca, a su punto de

origen. Los periódicos y los partes de guerra publicarían sueltos diciendo: «Debido al mal estado de las carreteras, se suspende el envío de tropas a los campos de batalla».

Un medio para que lo llevaran a un hospital y pasarse allí descansando el tiempo que faltaba hasta que se firmase la paz, era pegarse un tiro en una mano. Con una herida de poca importancia podía pasar un par de meses en algún hospital de la retaguardia y, mientras tanto, dar tiempo al tiempo. Decían que era un truco infalible. Pero también era peligroso. A uno de Villanueva de Alcolea, que era corredor de fincas y que se apuntó en una mano el segundo año de la guerra, lo fusilaron.

Félix Alegre mira estúpidamente el «Máuser» antiguo y oxidado que le han entregado hace sólo unas horas. No sabe cómo hacerlo funcionar. Hasta ahora no ha visto más escopetas que las del pim-pam-pum en la feria. La carretera tiene plátanos a los lados, unos plátanos desnudos que van desfilando a los lados del camión con sus troncos nudosos y grises, ásperos. Le llega un suave silbido y levanta la cabeza intentando saber la causa que lo produce. El camión se para. Es una rueda que se ha desinflado. El teniente que va junto al chófer, en la cabina, da orden de que bajen todos.

Cuando salta a tierra, Félix Alegre se frota las manos, entumecidas. Se nota las piernas agarrotadas de frío. Algunos saltan para entrar en calor y uno gordo con voz de flauta grita no sé qué señalando el monte. El teniente, un individuo joven y delgado, con una nuez movable y rosada en el cuello, ordena que enciendan fuego.

Unos amontonan piedras y Félix Alegre es de los que van a buscar ramas. A los lados de la carretera hay una tierra ocre y yerma. Ni un árbol ni una hierba. Sólo alguna planta. Tomillo y cardos. Una pequeña colina se eleva allí delante. Félix Alegre camina hacia arriba esperando encontrar algún sarmiento.

Desde la colina Félix Alegre ve a los otros, que han conseguido encender una pequeña hoguera. Cuando avanzaban a toda prisa en el camión, Félix Alegre ha pensado en lo que hubiera ocurrido si él saltaba del vehículo en marcha y se perdía como una flecha por entre la montaña. Él mismo se contestaba que lo único que podía ocurrir era que le metieran un tiro. Ahora le vuelve la idea. Escapar. Mira al otro lado de la altura. Es roca dura, todo está pelado. Unos cuervos vuelan chillando.

A estas horas su mujer todavía dormirá. Su hija también. Estarán acostadas en un mismo catre, allí, en la cocina del señor Vicente, que las ha recogido por caridad. Nadie sabe la violencia que le costó implorar que se quedaran con ellas. Pero tuvo que hacerlo. No tenía ni una peseta para pagar el alquiler de la casa de la calle de Cueto. Todo el dinero, las joyas, las ropas se habían ido convirtiendo en comida. Ya no le quedaba nada. Sólo frases lastimeras, como a los mendigos de las esquinas.

Unos hombres han levantado el camión con un gato, han hecho girar la rueda, negra, gorda, con la superllena de relieves, de goma. Ahora la colocan. La carretera tiene el asfalto gastado. La tierra se agrieta junto al precipicio de la derecha y cae en él poco a poco, grano a grano.

Si él escapara, a lo mejor tenía suerte. Podía encontrar una alquería de unos viejecitos cuyo hijo hubiera muerto en el frente. Lo alimentarían, lo esconderían. Había oído muchas veces fábulas así. Pero también había oído contar historias de evadidos a los que se comen los lobos o a los que el hambre y el frío matan. Después, unos exploradores encuentran los esqueletos.

El individuo gordo de la voz chillona ha subido detrás de él. Bufo de fatiga. Le dice:

—Voy a coger unas ramas de tomillo. Para fumar. ¡A falta de pan!

Félix Alegre lo mira sospechoso. No, aquél no va a coger tomillo. Lo que hace es vigilarlo a él. No sabe cómo no lo ha sospechado antes. Aquel coronel de las gafas oscuras y de la colilla, aquél que le llamó cobarde, habrá puesto en aviso a toda la compañía. Es bien natural. Aquellos dos que lo miran desde el lado de aquella piedra grande, deben ser los encargados de clavarle un tiro si el gordo da la señal.

Félix Alegre no puede dominar un temblor de miedo. Se le nubla un momento la vista y parece que un gran calor se apodera de su cuerpo y de su cara. Nota un extraño tic en el ojo izquierdo que no había tenido antes. Se le cierra y se le abre solo. Ha visto algunas personas con tics en los ojos o en la boca. La gente se burla de ellos, imitándolos.

Con un brazado de ramas con el que se ha arañado las manos, Félix Alegre camina hacia sus compañeros. Rodean el fuego y hablan. Se acerca a ellos y deja las ramas en el suelo, al lado de otras. No nota nada anormal. Dos de ellos le hacen sitio:

—Aquellos mamones con los legionarios y los requetés tienen un momio.

—Y dicen que el otro día bombardearon Madrid con panecillos y chocolate.

—Sí. Y la radio avisaba a la población civil por si estaban envenenados.

—A éstos lo mismo les da tirar bombas que comida.

Dos hombres reparten chuscos y han abierto una gran lata de sardinas en aceite. A cada soldado le corresponden dos sardinas y un chusco. A Félix Alegre se le pone el corazón contento.

19

«El agua cuando hierve se evapora, vuela, da la impresión de que desaparece, pero lo que pasa es que se convierte en lo que se llama vapor de agua. Pero cuando se encuentra una superficie fría entonces se condensa y se vuelve agua de nuevo. Es la técnica del serpentín. ¿Entiendes? La técnica de las neveras con serpentín de plomo», decía Pepe. Le gustaba instruirla mientras paseaban cogidos del brazo por la Alameda. A lo largo del paseo se alineaban las sillas plegables. Las alquilaban mirones con caliqueños mordidos entre los labios. En los bancos se sentaban las parejas, señoras con labores entre las manos y niñeras que vigilaban criaturas que corrían y jugaban, sujetando afanosamente pelotas de colorines y que en invierno apenas podían doblar los brazos porque sus madres solían embutirlos de ropa.

A media mañana ya tenía la casa limpia. Rosario, entonces, se metía en la cocina para preparar la comida. Nanín había ordenado que se hicieran macarrones. El puchero de agua hervía en el fuego. El líquido, al hervir, se había extendido por la cocina como una neblina. Todos los azulejos estaban llenos de reguerillos incoloros. Era que al contacto con la superficie del azulejo, frío, el agua de la atmósfera se condensaba, como le decía Pepe. Poco a poco, a fuerza de pensar en ellas, llegaba a entender todas sus explicaciones. A Pepe le gustaba instruirla. Él siempre leía libros y el último invierno empezó a aprender esperanto.

Pepe, cuando eran novios, la llevaba en el cuadro de la bicicleta. Rosario, a las seis en punto, salía por la ancha puerta de «La Azucarera, S. A.». La sirena todavía impedía oír las palabras, y las obreras se hablaban por señas o a grito pelado. Ella y las otras, en la primavera, acababan el trabajo y salían a la calle cuando estaba aún inundada de un sol poderoso y deslumbrante. Rosario se había lavado la cara y se había puesto en las ondas brillantina de clavel. Los pendientes, unos aros de celuloide color de cereza, oscilaban cuando ella movía la cabeza. Su vestido estaba impecable, planchado, porque para manipular en la máquina se ponía otro remendado y éste lo había colgado en una percha, junto al almacén, en el cuartito donde se guardaban los papeles para embalar.

«Eres una rosa, un capullo, una preciosidad...». Pepe le iba hablando al oído mientras la llevaba en el cuadro de la bicicleta. Algunas tardes, en vez de dirigirse al centro de Málaga, se deslizaban entre las dos ruedas por la carretera de Torremolinos, entre una hermosa avenida de chalés con buganvillas trepadoras y llamativas en las fachadas, con jardines dentro de verjas de hierro, llenos de flores húmedas, silenciosos. El mar era una lámina fría y gris, metálica. A lo lejos existía un puente terroso de tres arcos, por debajo de los cuales deambulaban mangantes a la búsqueda de trapos y papeles viejos.

Rosario y Pepe jugaban a contar los postes. Los postes de la electricidad tenían pintada una faja blanca, igual que los plateros, para que por la noche no se estrellaran contra ellos los conductores. Algunos postes llevaban enganchado un aviso de latón nuevo con una calavera; «No tocar. Peligro de muerte». Eran los cables de alta tensión. Pepe la besaba sin dejar de pedalear. Un beso por cada aviso que encontraban. A veces, de risa que le daba a ella, no podían besarse.

La despensa está en un cuartito pequeño, al lado de la cocina. Rosario entra a buscar los macarrones. Los tarros están en el segundo estante; «Alubias», «Arroz», «Fideos», «Macarrones...». Coge aquellos cilindros duros y amarillos, estrechos. Un manojo que cuando hierva aumentará de tamaño, se ablandará y su pasta temblará en la fuente como si tuviera vida. Rosario calcula los que se necesitan y los pone en un plato. En el fogón de la cocina los rompe, la superficie del cilindro queda astillada, desigual, y los trozos tampoco quedan iguales. Eso no tiene mucha importancia. Después de cocida la pasta ni se nota. Rosario destapa la olla para echarlos. Una vaharada de vapor agradablemente cálido le da en la cara.

Mientras hierven los macarrones, podrá limpiar los cacharros del desayuno: dos tazones, platos, un tarro pegajoso y vacío que ha contenido una mermelada verde. De ciruela le parece que es aquella mermelada. Después limpiará los fogones y en seguida preparará la cebolla y el tomate para el sofrito de los macarrones... Trabajo. La madre de Rosario decía que el trabajo era como un baile: «Aprendes los movimientos y ya está. Luego, los brazos, las piernas se mueven solos, como si no te pertenecieran, y la cabeza, que es la reina, está libre para pensar en lo que le dé la gana». Un baile. Puede que sí. Pero tampoco se tiene gana de pasarse bailando el santo día. Rosario algunas veces anhela quedarse quieta, acurrucada al sol, mirando a su hija, la pobrecita, a la que sólo ve dormida. Sueña con sentarse a hablar con la vieja, la mujer del aguador, y pasarse horas y horas con las manos inmóviles, abandonadas sobre la falda, con los dedos relajados, sueltos.

Su madre, risueña, sin chichas, con su cara huesuda y bondadosa, sonriendo, sin dejar de sonreír, como una cosa tonta, trabajando hasta dejarse los riñones en la faena, en las casas de los demás, para que al marido no le faltara el carajillo de la mañana, la copita de anís de mediodía, para que su hombre pudiera levantarse a la una: «El pobre no tiene más falta que ésa, que le gusta dormir. Peor son los otros; puteros, jugadores, borrachos...».

Rosario y su hermano también tuvieron que apenar con el trabajo muy pronto. Leonardo, de peón de albañil; ella hizo de todo: niñera, cuerpo de casa, envasadora de «La Azucarera, S. A.». «El trabajo es como un baile, hijos míos. Cuando el cuerpo se acostumbra, ni cuesta, ni se siente».

«La Azucarera, S. A.», caía lejos de casa. Pepe acudía a la salida como los novios de las otras trabajadoras. Cuando paraba la sirena que señalaba el fin de la jornada, el aire quedaba como amodorrado y se oían mejor los pájaros, el rebullir de las hojas de los árboles con el aire, las voces libres de las chicas. Pepe le decía: «Cuando nos casemos, serás una señora. No trabajarás. Las vecinas, cuando te vean salir a la calle, cuchichearán con envidia; “Ahí va doña Rosario. Vaya una señorona.”» Ella se reía al oírsele decir. Pepe es muy alto y tiene la piel verdosa, como los gitanos. Trabajaba de electricista, de aprendiz. Entonces tenía quince años, como ella. Le contó que el dueño del taller le había dicho a su padre: «El chico para esto de la corriente es un talento. Será oficial muy pronto».

Rosario y Pepe se casaron cuando Angustias, la niña mayor, ya hablaba. Durante la ceremonia, la madre de Pepe, una mujer obesa y picada de viruelas, paseaba a la niña en brazos enseñándole los altares uno por uno. En la desierta iglesia resonaba la chillona vocecita: «Abuela, abuela, ¿qué hace allí mi madre al lado de mi padre? ¿Por qué están de rodillas?». Hasta el cura se tuvo que reír.

Amueblaron con trabajo una casa muy chica que habían alquilado, con su huertecito y el agua a dos pasos. Fue el año de las bichas. Por todas partes aparecían serpientes. Su abuela se santiguaba diciendo; «¡Jesús, María! ¡La que nos va a caer

encima!». Rosario y Pepe tenían dos niñas ya cuando estalló la guerra. A los pocos meses se llevaron a Pepe al frente.

Aquel invierno ya hacía un año que duraba la guerra, y Rosario, en uno de los cortos permisos de Pepe, había vuelto a quedar embarazada. Aquel invierno fue una larga primavera. Los rosales siguieron echando rosas y a finales de diciembre florecían los almendros. Aquel invierno entraron los nacionalistas por Ventas de Zafarraya. Desde el pueblo se oía sordamente el bombardeo de los barcos. Dijeron que eran varios y que estaban cerca de la costa. Por el cielo zumbaban aviones. Los muros caían tapando las calles. Había muchos muertos con boquetes sangrientos en la piel, con las bocas inmóviles, abiertas, en un largo grito de terror que no se oía ya. Un miedo oscuro, irracional, le nubló la cabeza a Rosario. Cogió a las dos niñas, que no querían andar porque tenían sueño, y siguió con ellas la apretada caravana de los que huían de la muerte, camino de la costa.

No tenían frío. Un tibio sol brillaba llenando la carretera de luz y no había ni una nube en el cielo. El mar levantaba unas crestas blancas y rizadas encima de las olas. Ella llevaba las dos nenas pequeñas, cada una de una mano, y su barriga de siete meses alzándole la falda por delante, tensa, tenaz. Tenían calor porque no dejaban de andar, y cuando aparecían los aviones corrían con el corazón en la boca. Rosario había preparado dos hatillos que llevaba colgados a la espalda: toda la comida que tenía en la casa y un poco de ropa para las niñas.

Los atacaban tanques y aviones, y la carretera era como un sueño de horror y de codicia. Muertos y paquetes desparramados. Heridos que gemían, mujeres enloquecidas y solas debajo de los árboles. Líos de ropa, paquetes abandonados: ropa, comida. Los tiraban los que iban delante cuando corrían huyendo de la metralla y las bombas, habían pertenecido a los muertos. Rosario recogió pan, chocolate, ropa de niño, dos sábanas bordadas. Cargada con todo aquello, con las niñas agarradas de sus faldas, soñaba que toda aquella pesadilla iba a acabar en seguida y ella podría disfrutar de la paz, del descanso, tal vez de la fortuna. Cuando oía las bombas lo soltaba todo, y se echaba en la cuneta con las dos niñas bajo su cuerpo.

Siguió, siguió, carretera adelante, no sabía cómo. A ratos cargada con las dos criaturas, que ya no podían andar. Una especie de fiebre la impulsaba —un pie, otro pie, ¡hala, hala, hala...!—. Un camión con soldados y oficiales que huían también —¿cómo la verían? Con tanta gente, como un hormiguero que iba la carretera—, se pararon y la hicieron subir en el camión. Cuando llegaron a Valencia, un hombre viejo que llevaba insignias de oficial le dio un cajón lleno de botes de leche: «Aunque no tengas pan, tú abres los botes de leche y te alimentas. Tú y las niñas. Que con leche nadie se muere».

—Rosario, cuando tenga un ratito, vaya a limpiar el cuarto de baño.

Nanín asomaba por la puerta y llevaba un albornoz blanco. Acababa de bañarse y olía a jabón y a colonia, a pasta dentífrica. Con la cara lavada tenía las facciones borrosas. Pero luego se sentaría en su tocador y se pintaría las pestañas con un cepillo

pequeño que mojaría antes en una pastilla de rímel, se pintaría los labios y las mejillas, se pondría polvos perfumados de color ocre. A la hora de la comida parecería otra.

—En seguidita, señora.

4. PRIMAVERA

20

De pronto, Amparo, que ha terminado de fregar los tazones del desayuno y que se dispone a secar las cucharas, mira a su padre y junta las manos admirativamente:

—¡Oh!

El señor Vicente, que tiene la mesa revuelta con papeles y lápices de colores y dibuja en uno de ellos con una regla, vuelve su cara, peluda, interrogante, malhumorada:

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué?

Su hija Amparo sigue con las manos juntas, al lado de la boca, y aclara:

—La manga. ¡Mirad la manga!

Las dos chiquillas, Serafina y la hija de Félix Alegre, se acercan corriendo para mirar.

El rayo de sol que entra por la ventana del sótano ha puesto en la manga de la chaqueta del señor Vicente una banda luminosa y amarilla, una especie de condecoración.

—Parece de oro —dice Isabel Alegre.

El señor Vicente se mira la manga sorprendido y un poco orgulloso. Se sacude la ropa bruscamente como si aquello fuera polvo que pudiera desprenderse.

—De oro. ¡Bah...! —exclama despectivo y contento.

Narcisa, que aventaba en la hornilla con un pedazo de cartón, ha dejado el fuego y ha acudido también. Con los ojos llorosos por el humo del carbón, ha dicho preocupada:

—Estas cosas me dan miedo. Son como señales.

—No seas simple, mamá. ¡Señales...! ¿Por qué señales? —corta Serafina.

—Señales. Todo son señales. Lo que pasa es que no sabemos interpretarlas. ¿Era lógico que el día de San José cayera aquella nevada? No es normal, no. Algo quería decir aquello.

—¡Bah! Eso fue una ráfaga de aire polar que se metió en España. Está bien claro.

Narcisa explica con voz misteriosa:

—Rosario, la criada de Manolo Causanilles, dice que eso quiere decir que va a venir la paz, que ella fue a casa de *la Media* y que...

—Esas andaluzas son más supersticiosas...

—¡La paz! Ojalá, ¡caray...! Tengo unas ganas de perder de vista este poblacho...

—No me hables.

—Yo...

—Yo...

El señor Vicente ha seguido mirando su banda de oro, sin atreverse a mover el brazo. Es hermosa. Pero el sol sigue su trayectoria fatal. La luz desde su manga ha ido a parar al vaso pequeño donde se mueren unas violetas de flor diminuta que Amparo trajo ayer. Después, ha desaparecido.

Su familia ha perdido súbitamente el interés por él y por su manga. Ahora hablan mal de Lorca y cuentan fantasías sobre Castellón. Allí, según ellas, todo era mejor: las calles más anchas, el arroz más bueno, la gente más guapa. Hacen planes y cada una intenta explicar lo que hará cuando vuelva. Y mientras tanto, Narcisa sigue soplando en la hornilla, Amparo seca unas cucharas, Serafina y la galga aquella, la hija del señor Vicente, recogen los somiers de la cocina. Rosa es la única que no habla. Sentada en una silla baja, con un ganchillo y un ovillo de lana entre las manos, entretenida, silenciosa, como una roca, hace cadeneta.

El sol ha desaparecido de la cocina. Los días buenos suele entrar cosa de veinte minutos. En los sótanos ya se sabe. Pero ahora debe iluminar las calles, el campo, las montañas... El señor Vicente piensa que el sol es amarillo, que es alegre, que es tibio, y de pronto tiene ganas de verlo, de sentirlo. De salir al aire, a pasear por el campo:

—Creo que iré a destaparle los oídos a Telesforo. Me avisó su hijo anteayer.

A Telesforo se le forman tapones de cera en los oídos. Eran unos tremendos tapones, duros, apretados, de cera oscura, anaranjada. De vez en cuando, el señor Vicente acudía a su casa, allá en el campo, con una gigantesca jeringuilla. La mujer hervía agua en un cazo y con el agua y un poco de oxigenada, el señor Vicente soltaba el tapón que salía espectacular explosivo y caía dentro de la palangana, que gravemente sostenían los niños. Una vez, con la cera, a Telesforo le salió un grano de trigo que había germinado, tenía su pequeño tallo y su raíz. Telesforo siempre quedaba muy agradecido al señor Vicente, pues con aquellos tapones estaba completamente sordo: «¡Qué dicha poder oír, otra vez!». «¡Nadie sabe lo que vale la salud hasta que la pierde!». Solía decir. Y le regalaba al señor Vicente patatas, habas tiernas, huevos. Aquella vez del grano del trigo le dio un conejo.

El humo, un humo recto y resinoso de la hornilla se le mete en los ojos a Narcisa y la hace llorar.

—Creo que voy a ir hasta casa de Telesforo —repite el señor Vicente, pues con el ruido de la conversación que se llevan entre todas no le han prestado atención.

Narcisa ha dirigido a su marido una mirada de oveja que ha desviado al momento hacia el tablero de la mesa, donde seguían extendidos los papeles. Son satinados, brillantes y nuevos y los trajo la semana pasada del Hospital. Alguien los habría olvidado por allí. Le había dicho: «Te voy a hacer un calendario para que sepas el día en que te encuentras». Apenas levantado, se había puesto a la faena: dibujaba líneas paralelas y, a continuación, otras líneas paralelas, perpendiculares a las otras. Entre ellas se formaban cuadrados. De vez en cuando borraba con la goma.

—Haz lo que quieras. Buscaré un talego por si te dan algo.

Narcisa ha puesto un puchero en el fuego, que ya está encendido, y se mete en la habitación. Dentro del cuarto todo está amontonado y Narcisa tiene que buscar mucho rato para encontrar cualquier cosa. Pero todo lo tienen que guardar allí porque en la cocina las prendas toman color de humo y se vuelven pardas.

Mientras su mujer intenta encontrar un talego, abriendo el armario, levantando el colchón y cambiando cosas de sitio, el señor Vicente se impacienta. A través de la tela metálica de la ventana se ve el sol de la calle y el señor Vicente piensa que esos soles de marzo son inconstantes y volantinos. Que lo más seguro es que cuando salga su mujer de la habitación ya esté el cielo tan nublado y el tiempo tan frío que lo razonable sea quedarse en casa. Comienza a invadirlo una cólera sorda cuando sale Narcisa con su talego en la mano. Tiene la tela a rayas, huele a alcanfor y en el dobladillo lleva una veta blanca y nueva. Está doblado en cuatro dobleces.

—Bueno, hasta después.

—¡No vengas muy tarde!

Es domingo. El cielo es una lámina intacta, azul, metálica, luminosa. El sol llena el centro de la calzada. El señor Vicente echa calle arriba. Su pesada figura proyecta una sombra maciza bajo sus plantas. El señor Vicente mira con cierta envidia las puertas y los balcones cerrados. Sospecha que la gente de dentro aún duerme. Él también se hubiera quedado toda la mañana en la cama. Cuando su mujer se vestía, a él le ha invadido una cosquilleante pereza: «Ahora me quedaría aquí quieto. Un buen rato», le ha dicho a Narcisa. Ella lo había animado: «Bien tonto serás si no lo haces. ¡Un día que puedes!». Y al poco rato se ha presentado con un tazón de malta caliente. En el armario de luna guardan el único bote de leche que les queda y Narcisa, sonriendo, le ha echado dentro del tazón dos cucharadas espesas, blancas, grávidas, que se han ido al fondo. Una nube de felicidad, una verdadera nube, envolvía al señor Vicente mientras trazaba círculos con la cuchara para disolver la leche. Y los círculos parecían despertar una magia oculta, un juego químico dentro de las sustancias y convertían el color dorado de la malta en otro color blanquecino y denso. Ha sido entonces, cuando comenzaba a sentir la voluptuosidad de los ricos y de los haraganes, cuando han sonado los primeros golpes en la puerta. Era su hija Serafina, que quería pasar para coger un vestido del armario. Luego ha llamado Amparo, que después de buscar unos minutos en la penumbra del cuarto, ha tirado de una toalla que estaba debajo de un montón de ropa, sobre una silla, y se la ha llevado. Por último Rosa, la mujer de Félix Alegre, se ha plantado sobre la puerta y la pared mirándolo con fijeza, como a veces hacen las lechuzas. El señor Vicente ya había terminado su desayuno y estaba tapado hasta la barbilla. Ha intentado desviar sus ojos, distraerse, olvidarla. Pero la mirada de Rosa emanaba una especie de fascinación, de imán, y el señor Vicente no podía separarse de ella. Hasta que ha empezado a soltar tacos en alta voz: «Me cago en la puta madre...». Y ha acudido Narcisa para llevarse a la tonta.

No ha tenido más remedio que levantarse. Estaba frenético, fuera de sí. Se daba cuenta de que su mal humor duraría todo el día, y se repetía dolido que entre todos le

habían amargado la mañana. Luego se ha sentado para dibujar el maldito calendario. Se lo prometió a su mujer a finales de diciembre y se veía obligado a hacerlo. Él acostumbraba a cumplir sus promesas. Treinta días trae noviembre, con abril, junio y setiembre. Se trataba de dibujar los cuadraditos consabidos, poner números, el nombre de los meses, de los días. La idea de construirlo le había ilusionado pero ahora, después de dibujado enero, le aburría.

Antes de la guerra, en las tiendas regalaban calendarios. Unos cartones de colorines con hermosas muchachas que sostenían copas entre las manos, o ramos de flores, o raquetas de tenis, y que enseñaban los dientes, felices, sonriendo. En el comedor de su casa tenían uno que representaba un paisaje nevado. Encima del paisaje una capa brillante, una especie de baño azucarado o lijoso, de vidrio machacado o algo así. Sobresaliendo del cartón una especie de bolsillo con unas letras: «Casa Galindo. Ultramarinos finos». En aquel bolsillo era donde Narcisa acostumbraba a guardar los recibos de la electricidad y los del alquiler de la casa. Pero ahora nadie regalaba calendarios, ni los vendían, ni los confeccionaban. Y a veces Narcisa ni siquiera sabía el día en que se encontraba. Por eso el señor Vicente le había dicho: «Te voy a hacer un calendario, para que sepas la fecha en que estás».

No, no y no. No se puede concentrar un hombre sin un mínimo de silencio. Todos metidos en la cocina, como un puño de pequeña. Las chicas peleándose, riendo, imitando a Charlot. Su mujer hablando a gritos con la tonta. Y el sol fuera, dándole la íntima impresión de que se está desperdiciando, solitario en las calles, sin que nadie lo aproveche. Además, no le queda más remedio que destaparle los oídos a Telesforo. Tiempo tendrá de dibujar el calendario. Tampoco es tan importante.

En la plazuela, cerca del puente, está el caño, uno de los caños del pueblo. Hay una cola de mujeres con sus cántaros. Casi todas tienen un aspecto miserable, van desastradas, despeinadas... El otro día, una manifestación de mujeres como éstas fueron hasta la puerta del Ayuntamiento. Tiraron piedras a los cristales del balcón gritando: «¡Queremos jabón! ¡Queremos jabón...!».

Entre ellas, hay una mujer rubia y enlutada, alta, hermosa, que impresiona al señor Vicente. Le parece bella y se vuelve dos o tres veces para mirarla. Distraído, se tira del manojito de pelos que le asoma por los agujeros de la nariz. El dolor hace que se le llenen los ojos de lágrimas.

Enfila hacia el campo, atravesando el puente, con su cartera de hule debajo del brazo. Es una cartera que cuando vinieron de Castellón estaba nueva; pero que ahora, pronto hará un año que están en Lorca, se ve gastada. El hule se levanta a rodales, formando antes de desprenderse una especie de ampollas. Es su cartera de practicante. Dentro guarda las jeringuillas, el algodón en rama, las agujas para las inyecciones, el frasco del alcohol... y el talego que le dio Narcisa. El señor Vicente tiene un aire lacio y desvalido. Se siente deprimido, una gran sensación de fracaso lo llena. Es como si lo hubieran estafado. Como si acabaran de hacerlo víctima de un timo: el de la estampita, el del «toco-mocho», el de las misas... De un timo, como a cualquier ingenuo.

Los zapatos ensanchados por el uso, con el cuero delgado, roto en muchos sitios y cosido allí en la cocina de su casa con una aguja saquera e hilo negro, se le salen de los pies y resuenan en las losetas del puente como zuecos. Él dice en voz alta:

—La vida es una estafa.

Hace más de un mes que Félix Alegre marchó hacia el frente. Una mañana, al salir del hospital, se lo encontró en la puerta, esperándolo. Parece que lo está viendo aún, encogido de frío, debajo de la mimosa aquella, a la izquierda de la verja, con las orejas que se le transparentaban a la clara luz de la mañana:

—Estoy perdido. No tengo escapatoria.

El señor Vicente se alarmó:

—¿Qué te pasa, hombre?

—Me llevan al frente.

El señor Vicente lo miraba sin hablar, formando en su cabeza las usuales frases de consuelo: «La guerra se acabará en seguida». «Ni siquiera llegarás a pisar las trincheras», etc. A Félix Alegre se le agitaban las manos y en la boca se le había formado una curva temblorosa. Balbuceó:

—El mes pasado ya no pagué la casa. Mi mujer...

Y se echó a llorar.

Ríos de sangre caliente. Muchos ríos. Todas las venas convertidas en ríos y en afluentes rapidísimos. Él las sentía y sentía el corazón apretado. En aquel momento le hubiera dado a Félix Alegre todo lo que tenía para no verlo llorar, porque ver sus lágrimas le hacía daño. Se oyó decir:

—No te tienes que poner así, hombre. Dios proveerá, o Negrín o la puta del carajo. A tu mujer y a tu hija las traes a mi casa. Donde comen tres, comen cinco.

Y ahora tenía seis bocas que alimentar. Y, mientras tanto, Félix Alegre escribía desde el frente que lo habían hecho cabo furriel, que comía todo lo que quería, que no daba golpe y que había engordado. El señor Vicente se pasaba el día enloquecido buscando comida. Los racionamientos del hospital habían disminuido, los extras que solía darle el novio de su hija Amparo, don Leoncio, se habían esfumado también, pues aquella hija suya nadie podía adivinar las aspiraciones que tenía. Últimamente se había dedicado a hacerle dengues al director, como si ella fuera una princesa. En fin... Por otra parte él no se quería meter. ¡Allá ellos! Don Leoncio casi no aparecía por el hospital, se pasaba los días en Cartagena. La última vez que él se acercó para pedirle alguna lata de carne congelada aquél se lo quitó de encima diciendo: «La semana que viene, recuérdemelo». Y la semana siguiente ni apareció por las salas.

Y menudas alhajas le ha dejado Félix Alegre. A la niña no la pueden enviar por el pan que dan una vez a la semana en el pueblo porque por el camino se come la mitad, Y la tonta sólo es tonta para lo que quiere. En los ojos le ha aparecido un brillo de malicia y posee una astucia simplísima, pero obsesionada, como los gatos de piso que salen ladrones. Rosa también es ladrona. Narcisa no puede descuidarse un momento

porque la mujer de Félix Alegre es capaz de tragarse la comida hirviendo y sin acabar de cocer que se hace en la hornilla.

El señor Vicente ha entrado en el terreno de la huerta. Unas huellas de carro, chafadas y largas, hondas, múltiples y a veces cruzadas o superpuestas marcan ahora el camino de tierra, con terrones rojizos y duros, con baches que guardan agua encharcada de la última lluvia y una hierba jugosa, recta o un poco inclinada, puntiaguda, que crece a la sombra de los muros hechos con piedras superpuestas y arcilla, dentro de los cuales se refugian las ratas, las comadreas y los lagartos. Los muros separan las propiedades, los pequeños campos que en este tiempo muestran todo el poderío del verde; los habares, las hileras de coles, la trepadora gracia de los guisantes agarrándose a las cañas con sus apéndices curvados, ondulados...

Una estafa. Un timo. Todas sus posibilidades de felicidad, de éxito, se las ha engullido un agujero. El señor Vicente contempla su existencia, todas las etapas de su vida alineadas, puestas en fila y se le presentan como una serie de fracasos continuados. Hubiera podido llegar a ser un gran cantante, un cirujano famoso, tenía cualidades probadas para serlo, y allí estaba hecho un vulgar practicante, un roñoso barbero, manteniendo a pulso seis bocas en plena guerra, sintiendo a todas horas el estómago helado, con hambre.

Un elegante uniforme de oficial ruso, un gorro de piel en la cabeza, un largo y envainado sable colgado del cinto... Y todas las luces de las candilejas iluminándolo, la atención de cada uno de los socios que se sentaban en las butacas del «Fomento Agrícola» pendiente de su voz:

¡Atrás...!

Es un cobarde. No tiene excusa.

Quien ofende a la mujeeeeeer... rusa.

Era delirante aquella salida suya en *Katiuska*. Todo el público estaba de acuerdo. Sin duda hubiera podido llegar a ser un buen cantante, pero ¿cuántas horas dedicó a ello? Muy pocas. Llegaba a los ensayos corriendo, al cerrar la barbería, el último de todos, Y los sábados no podía asistir porque tenía clientes hasta las nueve de la noche. Don Remigio Nebot se lo repetía cada vez. Cuando los tramoyistas bajaban el telón, todavía con aquella luz rosada filtrándose del papel tela que tapaba el escenario, con los aplausos del público sonando en la sala que se iba vaciando. Don Remigio Nebot, bajito, con toda la calva salpicada de pecas oscuras, levantaba la cara hacia él y se lo decía: «El día que entre en el “Fomento” un empresario importante ha terminado usted de afeitarse y de andar de la Ceca a la Meca pinchando el culo de la gente. En todas las primeras páginas de los diarios va usted a salir».

Pero nada. Todas las bazas que tenía para apoderarse del mundo se las había tragado el agujero. La gran trampa. Cuando su padre vivía, también guardaba grandes sueños destinados a él. Todos se los llevó el viento de la mala suerte. Y cuantos más

años amontonara sobre las espaldas, peor. El otro día probó a hacer un agudo cantando, mientras se afeitaba, y Serafina se rió de él porque soltó un gallo. Se quedó muy deprimido. Su mujer le consolaba; «¿No ves que no nos alimentamos como Dios manda? Ya verás cuando lleguemos a Castellón y yo te pueda dar huevos batidos con jerez cómo serás el de antes».

Una gran trampa era la vida. Cuando el señor Vicente era niño, su padre tenía grandes proyectos para él; «Éste será médico», les decía a los de su peña los domingos por la mañana, señalándolo a él. Le gustaba llevarse a su único hijo, que era el señor Vicente, a tomar el sol, a escuchar a la Banda Municipal. El señor Vicente por aquel entonces ya tenía cierta tendencia a la obesidad y los días de fiesta lo vestían de marinero, con una gorra de plato azul marino y adornos dorados. Sobre la visera llevaba un letrero: «L'etoile de París». El padre del señor Vicente y los de su peña bebían vermut, un líquido que tenía el sabor picante y olía a loción capilar. Su padre pedía para él un plato de patatas fritas, que eran como láminas delgadísimas y un poco retorcidas, de un violento color amarillo. Las profecías de su padre, «éste será médico», chocaban contra la madera del mostrador, donde un barman indiferente y paticorto secaba vasos. Afuera, mezclado con el rumor de la gente que se paseaba, se oía *La boda de Luis Alonso*, interpretada por la Banda Municipal encima del templete. El templete todo rodeado de barandillas por las que se enganchaban las trepadoras rosas, abiertas y de color corrupto.

Pero su padre murió joven. De una embolia, dijeron. Su madre, gorda y empolvada, inútil, al día siguiente del entierro le dijo: «Hijo mío, no hay más remedio que apechugar con la vida. Es muy sensible que tu padre se haya llevado la llave de la despensa y tú no puedas continuar tus estudios. No tienes más remedio que aprender un oficio y hacerte un hombre».

A las nueve de la mañana acudía a la barbería de su tío a remojar barbas. Por las tardes estudiaba en su cuarto para hacerse practicante. A los dos años de llevar aquella actividad, ya entregaba en su casa un jornal decente. Su madre, viendo su apasionado deseo de superarse, de estudiar, le hizo una promesa; «Te guardaré la mitad de lo que me das y dentro de unos años podrás estudiar para médico».

A las dos semanas de pronunciar su madre aquellas palabras, él conoció a Narcisa. Era una chica delgada, frágil, de mirada dulce. Entonteció por ella. Y no es que no hubiera conocido mujeres. Los sábados solía ir a casa de *la Maña* una casa de fulanas que estaba en la Ronda de Mijares. En los barracones de la feria entraba al «Sólo para hombres», donde por un puñado de calderilla unas se desnudaban. Eran aquellos tiempos del charlestón, cuando *la Chata* bailaba en la puerta del Pabellón Argentino aquel que decía:

*Ay, mamá Inés. Ay, mamá Inés
Todos los negros tomamos café...*

Pero Narcisa constituía una nueva trampa: «Una mujer para mí solo. Que me cuide, que me mime. Formar una familia...». Su madre bien le predicó: «Te has librado de la mili por hijo de viuda y ahora te buscas la ruina, por tonto. ¿No me tienes a mí que te cuido la ropa y te hago la comida? ¿Para qué quieres meterte en el gasto de una casa y de una mujer? Cuando el cuerpo te pida una, te la pagas. Buenas ganas tienes de caer de narices en un berenjenal. Si te casas, ya no harás nada».

Pero él estaba engrescado con Narcisa. Un día la besó. Otro, bailando en un maset, por Pascua de Resurrección, le estuvo acariciando la suave espalda, tibia, apretada. Notaba las estrechas tiras, los corchetes, los tirantes de su sostén. Una tarde a ella no la dejaron salir de casa. Él se pasó la noche en vela. Pasando y volviendo a pasar por debajo de su balcón. Unos tiestos con albahaca perfumaban el trozo de calle, y en una cuadra, en la esquina, pateaban dos percherones... Al día siguiente, cuando se encontraron, le soltó a boca de jarro; «Narcisa, no puedo vivir sin ti. Les dices a tus padres que el mes que viene nos casamos».

La madre del señor Vicente tuvo que sacar todos los ahorros para comprar un comedor y un dormitorio. De lo más sencillo que se hacía, y aún se empeñó. Se casaron. Los primeros tiempos él iba a afeitarse a domicilio y los sábados ayudaba a su tío en la barbería. Al cabo de dos años su tío, que se sentía viejo, le traspasó el negocio en muy buenas condiciones. Volvieron a entraparse. Él cada noche le decía a su mujer; «Cuando hayamos pagado todo lo que debemos pondré un oficial que me ayude. Por las mañanas, cuando el trabajo claree, estudiaré mis cursos de médico. Don Manuel me dará clases de prácticas y todos los años iré a Valencia a examinarme...».

Pero después nacieron las niñas. Más gastos. Cada vez se necesitaba más dinero. Él trabajaba todo el día y Narcisa era ahorradora, activa. Pero Amparo y Serafina necesitaban zapatos, vestidos, y algunas veces estaban enfermas. Hubo que llevarlas al colegio, después tomaron la comunión.

Y el tiempo pasaba. Alguna noche el señor Vicente se tomaba una taza de café y quedaba a estudiar sus libros de anatomía. Estaban nuevos y los había forrado con papel de periódico. Pero cada vez las veladas se fueron espaciando y alguna noche se había quedado dormido, la boca contra los libros. Los años pasaban. Las ilusiones cada día quedaban más borrosas, más irrealizables: «Si algún día me tocara la lotería —decía el señor Vicente—, me matricularía en la Facultad de Medicina, aunque tuviera sesenta años...». Y, luego estalló la guerra.

Sobre la rama de un cerezo piula un pájaro. Es un piar espabilado, como de llamada. Al cerezo se le están llenando las ramas de flores. Primero salen los capullos, un abultamiento verdoso, apretado con un punto blanco, el pétalo que asoma. Después son las flores, abiertas, blanquísimas, en medio de las cuales, en los pistilos, se cría la miel, pegajosa, perfumada. Acuden los insectos: abejas y coleópteros. El cerebro está dentro de la huerta de Telesforo, detrás de la pared de piedra. El señor Vicente se adentra en el camino que lleva a la casa. Las huellas del

carro son imperceptibles casi y la tierra se ve muy apisonada, seca. A mano derecha, detrás de un caqui, hay un montón de estiércol alto como un hombre, con unas hoces clavadas. Un campo de habas, de un verde luminoso, se extiende hasta el pozo de brocal redondo, con un abrevadero de piedra a los lados. Las habas están granadas ya, tiernas. El señor Vicente recuerda los buenos tiempos, cuando su mujer le freía las habas con ajos tempranos y le hacía con ellas una tortilla. Ahora, si algún día consiguen un puñado, las hierven con piel y todo y se las comen con un chorrito de vinagre por encima, porque no hay aceite.

A lo lejos se ven las montañas, un poco emborronadas por la luz, el cielo de un azul apretado, absolutamente azul, inmóvil, vasto y limpio. Más allá de la higuera, inerte todavía, y de las palas erguidas y pinchosas, se mueve Telesforo con el arado y una mula. Dos de los niños van detrás de él arrancando hierbas.

De la casa sale un humo grisáceo, claro. Unas gallinas que escarbaban en el estiércol, huyen cacareando al oír al señor Vicente. Una vuela y se posa sobre la valla de la pocilga. Es blanca y tiene una cresta muy roja, que le cae sobre un ojo. Por el suelo, y sobre la pared de la casa, hay unas moscas relucientes, rollizas. La mujer de Telesforo sale a su encuentro desconfiada, con una curiosidad alarmada en los ojos. Al reconocerlo, se tranquiliza:

—¡Ah...! Don Vicente. ¡Cuánto bueno...!

—¿Qué? ¿Cómo va la vida?

—Ya ve usted. Peleando como todo el mundo. Dentro de la casa llora un bebé. Aparece un niño pequeño mordiendo una rebanada de pan, untado con algo que parece mermelada. Apoyada contra uno de los árboles que sostienen un alambre para tender la ropa, hay una bicicleta con las ruedas embarradas de un barro seco y blanquecino. La mujer de Telesforo, que se llama María, va vestida con una bata vieja y larga de un rosa desvaído. En el vientre lleva una pieza de tela escocesa, viva, nueva:

—Anda, avisa a tu padre que le espera don Vicente.

El niño sorbe todo lo que puede los mocos que lleva colgando y echa a correr hacia donde está su padre. Con la boca llena de pan, grita:

—¡Padre! ¡Padre...! ¡El practicante...!

Entran en la casa. En el rincón más oscuro hay una cuna de mimbre cubierta con una tarlatana de un verde violento. El hule de la mesa cuelga a los lados formando picos, y por encima está lleno de moscas. La voz de María dice:

—Pues esta vez ha estado muy mal de los oídos el Telesforo. Oía ruidos, decía que como si se le hubiera metido dentro una abeja. Anteanoche no pudo dormir de zumbidos que le daban. Yo le dije: «Si quieres, pruebo a quitarte la cera con una horquilla del moño». Pero este hombre mío es muy mirado, un aprensivo, como decía mi padre, y dijo: «Hasta que no venga don Vicente, a mí nadie me toca».

Se oyen los pasos recios de Telesforo. Una gallina cacarea. Ha debido de poner un huevo. María dice:

—Voy a encender el fuego para hervir el agua.

21

Al principio le pareció todo una broma. Que Nanín se habría escondido debajo de la cama, en la carbonera o detrás de un mueble. Después creyó que la encontraría por la calle, en el hueco de cualquier puerta o sonriendo, de pie en una esquina o en la iluminada entrada de un cine. La buscó toda la tarde, toda la noche, hasta que el cielo comenzó a ponerse claro, rosado, con el alba. Estaba el sol muy alto cuando Manolo Causanilles volvió a su casa.

Por el piso abandonados por el suelo, en los rincones, encima de la cama, extendidas por toda la casa, se encontraban aquellas virutas amarillas, acaracoladas, leves... Nanín lo había embalado todo menos los muebles. Se lo había llevado todo. Sólo había dejado el gramófono que permanecía abierto sobre la rinconera, y el despertador, que cuando dejó de darle cuerda se paró. Los muebles se habían llenado de un polvo arenoso y espeso, increíble, igual que el suelo, que al pisarlo crujía.

Manolo Causanilles está solo. Sobre la mesa tiene una botella de vino y un vaso. La botella, que hace un rato estaba llena, anda ya por la mitad. El vino, al atravesar su garganta, le produce una instantánea sensación de consuelo, de cálida compañía. Su sabor le gusta. En el reloj de «El caballo rojo» son las cinco de la tarde.

El café está cambiado. Y, sin embargo, todo parece igual. Uno que no fuera cliente habitual lo vería lo mismo: los objetos, las mesas, las paredes... son los de siempre. Pero ni la luz de la calle ni la gente parecen igual que meses atrás. Don Trinitario tampoco tiene su abatido aire de indiano arruinado; detrás del mostrador procura aparentar una gravedad que en seguida se nota que es fingida, como la de las personas que esconden secretos regalos en los bolsillos y piensan sacarlos en un determinado momento. A Octavio, el mozo, se lo llevaron al frente hace dos meses y ahora a don Trinitario le ayuda su señora, una mujer gorda de ojos alargados y piel amarilla, que limpia los vasos con movimientos lentos y después de aclararlos los mira al trasluz suspirando.

La botella se va vaciando. El vino, después de la primera sensación agradable, cae como un peso muerto dentro del estómago que Manolo Causanilles se imagina como un lagar oscuro, como una balsa negra de paredes palpitantes, carnosas, surcadas por unos músculos fibrosos y por venas amoratadas, gordas. Cuando Manolo Causanilles eructa, un sabor agrio le viene a la boca recordándole vomiteras de años atrás, borracheras que pueden marcar hitos en su vida: la primera noche de permiso después de haber pasado seis meses inactivo en el frente de la provincia de Huesca, un carnaval de su adolescencia, el día que conoció a Nanín.

Nanín tenía la mirada orgullosa y llevaba un collar de cuentas amarillas. Alternaba con los clientes en un café de mala nota donde había atracciones. El salón estaba abarrotado y el aire denso y cargado producía una especie de humo cerca de

las bombillas. Los clientes, militares de permiso, enchufados de Valencia, voceaban y reían. Mujeres de cara acanallada se exhibían sobre el escenario iluminado por una luz rojiza, sin sostén, con un taparrabos pequeño del tamaño de una hoja. Su amigo, aquel Bellido, medio borracho, con la cara congestionada le dijo señalándole a Nanín que estaba sentada en la barra; «Ésa es nueva».

Manolo Causanilles juega con el tapón de la botella. Lo rompe. Lo parte en dos mitades. Descubre dentro del corcho unas rayas oscuras, un poco torcidas, que parecen marcadas con tinta. Manolo Causanilles lo desmenuza e intenta fijar la atención en aquellos fragmentos ligeros que al menor descuido un soplo puede llevarse. Hace un esfuerzo para recordar todo lo que ha aprendido a lo largo de su vida sobre el corcho.

Es ligero. Flota en el agua y si es de buena calidad protege los vinos añejos, mejorándolos. Se cría en el alcornoque, formando unas capas vivas que protegen el árbol, Y los técnicos dicen que después de arrancado sigue viviendo... Es curioso, piensa Manolo, los conocimientos que pueden llegar a acumularse sobre algo que a primera vista parece tan simple; un tapón de botella. Indudablemente la cultura nunca está de más, como decía aquel fraile del Desierto de las Palmas que se encargaba de vender el licor carmelitano. Ahora mismo, a Manolo Causanilles le gustaría tener vastos conocimientos sobre el corcho y sobre los alcornoques... Con cultura suficiente sobre la materia podría incluso dar una conferencia interesante y llamar a don Trinitario para explicárselos.

El despertador había sido el único objeto pequeño que Nanín no se había llevado. A su lado encontró Manolo la carta, chapucera, incorrecta, porque Nanín apenas sabía escribir:

Manolo: Me marchó. No tengo ganas de pasarme la juventud en la cárcel. Ya te avisé a tiempo. Te deseo suerte. NANÍN.

Ahora la casa parecía mayor, distinta. Y el gramófono tenía la trompa muda y azul como una corola de ipomea, como aquellas que se enredaban por los cañizos del huerto de sus padres, pero sin vida. Muda y azul, herrumbradas o rotas las ruedecillas de adentro, con algún ignorado muelle suelto, impidiéndole funcionar. Pero aunque casualmente empezara a marchar, Manolo Causanilles no podría oírle cantar, pues Nanín embaló también los discos. Debió de colocarlos en aquellas cajas de cartón dentro de los viejos cajones de tabaco, que le había explicado Rosario, como las demás cosas, rodeándolo todo con las virutas de madera que le dio el carpintero de la esquina.

En el mostrador don Trinitario hace los movimientos de siempre, como un autómatas. Manolo Causanilles se siente solo. Le gustaría hablar con don Trinitario, con quien fuera, con alguna persona. Mira insistentemente hacia el mostrador, con intención de hacer una seña con la mano, como hace un rato, para que el dueño del

café vaya a sentarse a su lado como acostumbraba a hacer. Pero don Trinitario esta tarde tiene una actitud distante, segura, turbadora, y cuando Manolo Causanilles levanta la mano para llamar su atención, lo mira, fijamente, impasible, como si no lo reconociera. Después, con el mango de la cucharilla, abre un bote donde guarda aquella mezcla oscura compuesta de malta y achicoria. Con cuidado, para que no se vierta, va llenando el recipiente circular y cóncavo de la cafetera.

Dos individuos se han instalado en la mesa que hay junto a la de Manolo. Hablan de la guerra.

—Ese Casado es un fantoche, un vendido, manejado por la quinta columna.

—¡Quia, hombre! Tú estás en la luna. Ese Casado es un tío cojonudo. Te lo digo yo.

—Me huele a chamusquina. Y si no, al tiempo. Todo lo que está pasando me parece una cochina componenda. Algo tramado desde arriba.

—Te equivocas. Ese Casado es el único hombre capaz de poner fin a la carnicería.

Los dos hombres beben lentamente un café que debe de estar frío. Llevan la cazadora gris de los combatientes y uno tiene la mano vendada. Probablemente es gente del hospital, de los pocos que han quedado. A Manolo le contaron ayer mañana que los heridos que pueden se están escapando hacia sus casas. Que algunos de los que llevan las piernas escayoladas, rompen el yeso para poder andar y quedan inútiles, tirados por los suelos, que el señor Vicente y los dos únicos médicos que no han marchado queman las banderas republicanas y fabrican estandartes, para rendirse cuando lleguen las tropas, con gasas y sábanas; que la otra mañana los heridos fugitivos asaltaron el almacén y se llevaron los mejores víveres, más exactamente, los que se podían comer inmediatamente. Quedaron esparcidas y pisoteadas las judías, los garbanzos y las lentejas y lo curioso fue que los asaltantes, con la prisa, se dejaron diez cajones de tabaco que no habían visto por estar escondidos debajo de unos sacos de granos, ocultos.

—Lo que fue una barbaridad es lo del Consejo Nacional de Defensa. ¿Qué necesidad había de fundar nada nuevo? ¿Es que no había bastantes partidos aún?

—Hombre, yo creo que lo hicieron con buena fe. La radio extranjera dice que la gente de la retaguardia se está muriendo de hambre, que en Madrid, si no para en seguida la guerra, será terrible: no quedará ni una rata.

—Lo que pasa es que los de Burgos veían que Negrín era malo de pelar. Les gustaba más Casado, así las condiciones para la paz serían más de su gusto.

Fue a principios de marzo. Aquella noche Nanín leía una novela, una de aquellas novelas que a ella le gustaba leer y que eran el resumen de una película. Las devoraba mirando una y otra vez los grabados de en medio, fotografías de los artistas que intervenían y escenas de la cinta. Manolo cree incluso recordar el título de la novela; *Rosa de medianoche*. Mientras ella leía, apoyada en las almohadas de la cama como

tenía por costumbre, él, con los auriculares de la galena colocados en las orejas, escuchaba Unión Radio. El despertador marcaba las doce y cuarto.

Se oyó la voz de Besteiro diciendo: «Por la ausencia y, más aún, por la renuncia del Presidente de la República, ésta se encuentra decapitada y hoy, al desmoronarse las altas jerarquías republicanas, el ejército de la República, con autoridad indiscutible, toma en sus manos un gravísimo problema de naturaleza esencialmente militar».

Casado dijo; «O la paz por España, o la lucha a muerte. Para una y otra decisión estamos dispuestos los españoles, independientes y libres, que no tomamos sobre nuestras conciencias la responsabilidad de destruir nuestra Patria...».

Y por último habló Mera; «A partir de este momento, conciudadanos, España tiene su Gobierno y su misión: la paz. Pero la paz honrosa, basada en postulados de justicia y hermandad...».

A Manolo Causanilles, que oía las palabras de los jefes mezcladas con ruidos de otras emisoras y acompañadas a ratos por una canción francesa, donde una voz gangosa decía algo sobre «las rúes de Paris», todo le parecía un embrollo. Y de pronto creyó entenderlo todo, uniéndolo a los sucesos de unos días antes en el puerto de Cartagena. Tenía la cara verde cuando, quitándose los auriculares, que habían tomado su calor, le dijo a Nanín:

—Esto se acabó.

Ella tardó en desprenderse de la fábula peliculera y levantó los ojos tranquilamente, preguntando:

—¿Qué se acabó?

—La guerra. Hemos perdido.

Nanín entendió en seguida sus explicaciones, pero contra lo que esperaba, no le reprochó de nuevo que él no se hubiera preparado con algún vehículo para huir. Se subió hasta el cuello la mañanita de lana que se ponía sobre el camisón para leer en la cama y mirando a la pared con los ojos abiertos e inmóviles, sólo dijo:

—Eso ya me lo esperaba.

Los ruidos de la Corredera tienen unas resonancias largas. El reptar de las ruedas de esa bicicleta que pasa a toda velocidad por delante del café, parece quedar arrastrándose en el aire y detenerse mucho rato allí. Se oye el pregón del aguador más allá de la plazuela de la Independencia. Es el mismo que meses atrás, cuando Nanín lo llamaba desde el balcón para que les llenara la gran tinaja de la cocina con agua nueva: «¡Aguaaaa...!».

Se escucha un poco alejado el trepidar de la carretilla, que tiene ocho agujeros redondos en forma de circunferencia, donde se sostienen de pie los cántaros, y una sola rueda maciza, rellena de estopa y construida con el neumático desechado de un viejo automóvil.

Como si fuera una pintura importante, colgado en un clavo de la pared está el juego de la oca. Tiene los colores de sus dibujos un poco más comidos y el cartón, cagado por las moscas, parece más viejo que este invierno, cuando los refugiados se

pasaban las tardes jugando. Detrás del mostrador, junto a las botellas de anís del «Mono» y de coñac andaluz, se ven los barrilitos de madera. Dentro están los dados y las fichas de colores para jugar al parchís. Ahora los clientes de «El caballo rojo» no los piden. Son gente desconocida para Manolo Causanilles, personas que parecen haber salido de debajo de tierra y que muestran en sus caras una refrenada alegría, como don Trinitario. Los refugiados no aparecen ya por el establecimiento: ni el señor Vicente, ni Joaquín Aparicio el ebanista, ni ninguno de los demás. Tampoco los oficiales que eran asiduos meses atrás. Unos están en el frente y otros han cambiado de residencia, pero la mayoría han huido. Coches, ambulancias, camiones, motos... Todo vehículo aprovechable se llena de personas con la cara ansiosa, con prisa, con miedo de no llegar a tiempo al puerto de Gandía, el único que dicen que se encuentra en condiciones para embarcar a los vencidos. Veleros, petroleros, barcos ingleses dicen que trasladan a los republicanos hacia Francia, Italia, México o el Infierno.

Huir... Quedarse... Manolo Causanilles no sabe qué hacer. El abandono de Nanín lo ha dejado desmoralizado, sin fuerzas para decidir nada. Le gustaría echar una moneda al aire y quedarse con la cara o con la cruz. Adivinar el destino. A ratos se quedaría agazapado en un rincón, sin moverse, dándole igual lo que pudiera pasarle. Otras emprendería una precipitada marcha carretera adelante. Por la carretera de Almería hay unas montañas talladas en la roca, sin vegetación, Vistas desde lejos parecen salpicadas de puntitos negros. Como si alguien se hubiera entretenido marcándolas de una manera calculada, precisa y geométrica con la afilada punta de un lápiz. Montañas desnudas. Abajo, a trechos, la tierra de aluvión desprendida de sus cumbres, arrastrada por sus faldas, permite algunos cultivos; los frutales y las higueras, alternando con las monótonas chumberas de hoja raquíca, sedienta, que en verano debe de llenarse de frutos amarillos y pinchudos... Tal vez huir por allí, hacia Almería, con ropa de paisano, a pie, calzado con alpargatas para no cansarse tanto. Por allí o por cualquier otro lado.

Ayer supo que Martínez el chófer había salido al amanecer con el viejo «Ford» abarrotado con gente de Intendencia; jefes con sus familias y sacos de provisiones. Ahora se imaginaba el chasis alto y negro, brillante, sus gastadas ruedas dando tumbos a cada bache de la carretera.

Huir. Quedarse. Una margarita llena de pétalos que nunca se acaban. La indecisión. Por una parte pensaba que, al escapar, si conseguía llegar a la frontera se encontraría en un país extraño, con unas gentes desconocidas cuya lengua apenas sabía chapurrear. Si se quedaba... Decían que Franco había prometido completo perdón para «todos los que no hubieran cometido crímenes y para los que habían sido arrastrados a la guerra con engaños». Él no había cometido ningún crimen. ¿Qué iba a pasarle? Pero... ¿Y si lo encarcelaban?

Vuelve a llenar su vaso de vino. Lo mira unos instantes antes de bebérselo. El cristal del vaso tiene unas huellas grasientas en el borde y cerca de su base. Las de sus dedos y las de sus labios.

Un hombre de cráneo reluciente, con un jersey gris arremangado hasta el codo, entra en el café con aire seguro, como si todo aquello —las mesas, los ladrillos del suelo, los cristales de la puerta, el mostrador y las botellas de licor— le perteneciera. Parece, sin embargo, forastero o tal vez revela una ausencia, como si hubiera permanecido lejos de la ciudad o se hubiera ocultado durante un tiempo. Se acerca al mostrador y Manolo oye como don Trinitario lo saluda alegremente:

—¡Hombre...! ¡Don Marcos...!

Una gran tristeza, enorme, absoluta, se apodera de Manolo Causanilles. Es como una mano, que lo agarra y lo hunde, lo va hundiendo hasta anularlo. Saca un lápiz del bolsillo y se pone a dibujar en el mármol de la mesa. Dibuja una mujer de grandes pechos y grandes caderas con un sombrerito en la cabeza, intenta que se parezca a Nanín. De la mano de ella un niño, luego otro... y uno más pequeño.

Se está haciendo de noche. Pronto se encenderán las luces. Por la Corredera comienza a pasear la gente.

22

Eran azules, amarillos, blancos, color de malva... de todos los colores. Algunos machos tenían hermosas pecheras de un blanco brillante y el contorno ceroso de alrededor de los agujeros de la nariz azul mate, como pintado por una tiza teñida con tinta.

Con las patas prensoras y con el pico se agarraban a la rejilla metálica, trepaban hasta alcanzar el ondulado techo de uralita. Otros se balanceaban en los columpios, se sujetaban a ellos con una pata, cabeza para abajo. Se peleaban. Arremetían unos contra otros a picotazo limpio, esparciendo las plumas que volaban unos momentos, lentamente, se mantenían inmóviles en el aire y después caían, pausadas, al suelo, junto a los restos de lechuga, junto a las vacías envolturas de las semillas de mijo. Las más feroces eran las hembras, que curioseaban en los nidales de las otras parejas y, a veces, destrozaban los huevos. El guirigay de los animalitos moviéndose por la jaula, saliendo de las aberturas redondas de los nidos, era ensordecedor. Su suegra cada vez que iba a visitarle repetía: «Hija mía, no sé cómo los aguantas. A mí me levantan dolor de cabeza».

Casi todas las vecinas vinieron a admirar la jaula. Dijeron que era muy bonita y la señora Juaneta exclamó: «Hay que ver lo bien acabada que está». La había hecho su hermano Tòfol en tres tardes, Tòfol era el hermano pequeño de Narcisa. Aún recordaba el tiempo en que lo acompañaba a la escuela y, cuando tenía relaciones con el señor Vicente, su madre no la dejaba salir si no se llevaba al pequeño. Eran otros tiempos... Su marido entonces no podía ver al niño, pero disimulaba, y a veces le compraba caramelos o le pagaba una vuelta en los caballitos de la feria. Tòfol, cuando pasaron los años, se convirtió en un chico muy hábil. Construía radios leyendo las instrucciones de un libro, y hasta la caseta de baños que tenían en la playa

la hizo él. Parece que está viéndolo, arrodillado en el suelo, sosteniendo dos clavos con los dientes, cogiéndolos de allí para clavarlos en la madera con unos golpes de martillo precisos y seguros. Unía uno con otro los listones, alisados previamente con un cepillo de carpintero para que no tuvieran asperezas. Un serrín claro y fino se extendía por el suelo de la galería y a veces cubría las juntas de los ladrillos, que tenían aún el verdín del invierno a causa de las lluvias de febrero, que hace crecer musgos enanos por todas partes. Tòfol, cuando tuvo acabada la jaula, sonreía de ver a Narcisa tan contenta y le daba instrucciones para conservarla nueva; «Tienes que levantar la puerta así, sin forzarla ¿lo ves...? Conviene que de vez en cuando untes las bisagras con aceite, así no se oxidarán...». Su hermano, rubio y dorado, grandón, que no se parecía a nadie de la familia, bueno como el pan. Lo llamaron al frente los primeros días de enero del treinta y siete. Entonces lo destinaron a un batallón de zapadores, en el frente de Teruel. Ahora... Tal vez habría muerto. No sabía nada de él.

Narcisa suspiró. Esa tarde hace ganchillo febrilmente como si nada hubiera pasado, como si los hechos, la marcha de los acontecimientos continuaran igual que en el invierno, que a mediados de julio del treinta y ocho, cuando ellos llegaron a Lorca, montados en aquel camión que organizó Causanilles y, sin embargo, todo ha cambiado. Trabaja con el ganchillo, acaba una de las estrellas que formarán la colcha que está haciendo. Es curioso pero, el mover las manos continuamente, es lo único que aquietta sus nervios. Un fuerte e irritante olor a petróleo se extiende por la cocina. Isabel impregna la cabeza de Serafina abriendo rayas en el pelo. El cuero cabelludo, después de frotarlo con el trapo empapado de petróleo, queda sonrosado, dolorido, sensible. Se limpian el cabello así para librarse de los piojos, pero los piojos poseen una vital tenacidad y no desaparecen fácilmente.

—¡Huy, a ver cuándo acabáis! ¡Qué olor...! —dice Amparo, que está acostada, con gripe, y se tapa la boca y la nariz con la sábana.

—¡Chica, te aguantas! —le grita ásperamente Serafina, levantando la cabeza, que tiene inclinada sobre las rodillas de Isabel. Rosa, junto al fogón, se acuna el pecho con los brazos y tiene la cara alelada.

—Dicen que dan botes de leche condensada y panecillos.

—Y que detrás de las tropas vienen los camiones de Auxilio Social, con chicas vestidas de enfermeras, todas de blanco. Reparten comida hecha, caliente. Panecillos, mantequilla...

—Julieta Martínez y Piedad Torreglosa han ido hasta el Santo para coger mirto. Es para extender por la calle, delante de su portal, antes de que lleguen las tropas. Y todas deshojan claveles, meten los pétalos en cestos pequeños para echarlos desde el balcón a los soldados mientras desfilan.

—Igual que en las películas.

—Bien igual.

Se había acabado la guerra.

Ya hacía muchos días que circulaban rumores, pero fue la otra mañana cuando Narcisa tuvo la seguridad de que era verdad. Se estaba vistiendo cuando oyó voces en la calle. Chillaban frases y alguien, desde el balcón del primer piso de la casa, les contestaba dándoles las gracias. Distinguió la voz de Blasa, la mujer de aquel guardia de seguridad alto y gandul.

—¡Bendito sea lo que han guardado ustedes, bendito!

Las otras personas decían también palabras que no se entendían. Narcisa, metiéndose atropelladamente el vestido, distinguió los timbres de voz del guardia de seguridad, de varios niños, de la vieja que vendía escobas y de la muchachita flaca, ojerosa, que cosía camisas para la Colectividad con su antigua «Singer» de manubrio.

—¡Dios las bendiga a ustedes!

—¡Viva don Carmelo!

Poco después se oyeron pasos por la escalera y carreras hacia el piso de arriba, donde vivían las propietarias de la casa. Fue el señor Vicente el que dijo:

—Ya ves. Esas malas pécoras tenían al cura escondido.

Entonces adivinaron que se había acabado la guerra. Aquel mismo día comenzaron a acudir a sus casas soldados del frente republicano. Iban sucios y llevaban la ropa destrozada, tenían cara de hambre, igual que los lorquinos. La gente se paseaba excitada por las calles, diciéndose unos a otros; «¡Ya ha terminado la guerra!». «¡Ya ha terminado la guerra...!». Muchas mujeres lloraban porque temían que no llegaran sus hijos o sus maridos, otras porque alguno de los suyos había muerto en el frente. Al señor Vicente le cogió una diarrea súbita, pero dijo que de todas maneras iría al hospital, pues había que poner las cosas en orden. Hacía dos noches que apenas dormía. No decía nada, pero Narcisa sabía que tenía miedo.

A las doce se celebró una misa de campaña en la plaza de la iglesia. Acudió todo el pueblo. La plaza de la iglesia era muy grande y en uno de los lados tenía algunas casas con soportales. La iglesia había servido de cuartel y ahora estaba vacía, con las puertas abiertas de par en par. Por el suelo se veían papeles grasientos y arrugados, paja, algunas prendas de vestir tiradas por aquí y por allá, arneses para bestias... Y las paredes y las columnas estaban cubiertas de inscripciones. Un cartel decía «Fortificar» y se veía un tanque avanzando. Habían dejado un estandarte colgado donde se leía; «La Pasionaria J. S. y J. C., S. P. 6.^a Compañía». El estandarte estaba adornado con una hoz y un martillo y una estrella de cinco puntas... Todos se asomaban a mirar la iglesia abandonada, pero la misa se celebró en la plaza llena de sol. La ofició el hermano de las propietarias. Cuando se encaró con la gente para decir el «Dóminus vobíscum», vieron que tenía la cara blanca como el papel, igual que uno que ha pasado varios años en la cárcel, pero no estaba delgado.

Fue al terminar la misa cuando aquella muchacha de cara maligna se acercó a Serafina y le dijo en voz alta:

—¿Tú no eras roja?

—Yo era lo que me daba la gana —contestó Serafina rápida.

—Pues si eres roja, ¿por qué vienes a misa? ¿Por qué te alegras de que haya ganado Franco? —continuó la otra. Muchas personas se acercaban y formaban corro.

—Perdona —cortó Serafina—, no me alegro de que haya ganado Franco. De lo que me alegro es de que haya acabado la guerra para poder perder de vista este cochino pueblo.

La gente que rodeaba a las dos chicas comenzó a gritar y a insultar. Narcisa, cuando vio que una mujerona le daba un bofetón a su hija, se metió dentro del corro de la gente y la sacó cogida de un brazo. Madre e hija estaban despeinadas, con las caras encarnadas, y las voces de la gente las insultaban:

—¡Rojas...! ¡Más que rojas...!

—¡Hala a vuestro pueblo...! ¡Muertas de hambre! ¡Piojosas...!

Echaron a correr hacia su casa, seguidas por Amparo, Isabel y Rosa. Rosa sonreía contenta, mirando a su alrededor, llena de alegría de estar en la calle.

Y Narcisa tenía mucho miedo. Corrían voces de que los nacionalistas metían gente en la cárcel. El señor Vicente había dicho que por la mañana habían detenido a Manolo Causanilles.

Narcisa temía que cogieran a su marido o a su hija. Serafina era un gallito y además la habían hecho no sé qué de aquella asociación de estudiantes que se llamaba FUE. Si alguien le buscaba la lengua, no sabría callarse.

—Pepita sabe el *Cara al Sol*. Ayer lo cantaba.

—¿A ver?

*Cara al sol
con la camisa nueva
que tú bordaste en rojo ayer...*

—No es así. La música no es ésa.

—Cántalo tú, pues.

Isabel carraspeó, alzó el cuello y cantó:

*Cara al sol
con la camisa nueva
que tú bordaste en rojo ayer.
Me hallará la muerte si me llega
y no te vuelvo a ver...*

Narcisa pensaba en el señor Vicente. Cada vez que oía el *Cara al sol* palidecía de ira.

Amparo recordaba a Néstor. Se había terminado la guerra y Néstor no había muerto cara al sol, sino en un hospital cualquiera de tifus, una enfermedad adquirida en el frente al beber aguas infectadas. Aguas repletas de diminutas larvas, móviles, eléctricas, provistas de una desproporcionada cabeza. Amparo siempre había pensado

en la paz como algo lejano, imposible, que la uniría a Néstor. Ahora sabía, que nunca en la vida volvería a verlo.

—¿Dónde está el anillo del agua marina?

El anillo lo llevaba un soldado. Era un muchacho de cabello liso, de piel blanca y un poco pecosa que se llamaba Néstor. Cambiaron sus anillos junto a la estatua de Tárrega, allá en el Paseo de Ribalta, y aquella misma tarde, sólo hacía unas horas, se habían acostado juntos. A ella le acompañaba una fuerte debilidad en las piernas y le escocía la piel de los labios a causa de los besos. Eran marido y mujer. Se lo habían jurado.

—Lo tengo guardado.

—¿Dónde?

—No es asunto tuyo.

La voz de su hermana Serafina, acusica, gritándole a la madre:

—Mamá, Amparo ha cambiado su anillo por otro de oro. Es un sello con unas iniciales. ¡Míralo!

Narcisa construía su estrella de ganchillo. Era para la colcha de algodón que hacía de pieza en pieza, estrella a estrella. Las tenía que unir luego con un punto enano. Ya casi la tenía terminada. El algodón perlé número sesenta. El ganchillo lo había traído de Castellón. En el año que llevaban de vivir en Lorca, casi la había terminado. Cuando llegaran a su casa comenzaría una para Amparo, para el ajuar de su hija mayor. Después, una para Serafina. Las tres iguales. Sus hijas, como todo el mundo, un día se casarían. Sería hermoso que un día pudieran decir; «Esta colcha la hizo mi madre».

Cuando llegara a Castellón... El señor Vicente le había asegurado que antes de que acabara la semana podrían meterse en una de las ambulancias que iban hacia Valencia: «Vosotras tenerlo todo preparado. Un día vendré y os diré; “Dentro de una hora salimos”». Narcisa quería creer que todo sería así de sencillo. Que no los meterían en la cárcel, que los dejarían irse... ¿Y si las propietarias de la casa los denunciaban? No quería pensarlo. ¡Fuera! No quería pensar en nada malo.

Castellón. Los periquitos. Las bacías de la puerta de la barbería. La ropa de la casa. Los muebles... No sabía lo que encontraría al llegar y ni siquiera podía adivinar si las paredes de la casa estarían en pie. Antes de entrar los nacionalistas su suegra escondió todas sus joyas en un cajoncito de madera que enterró en el corral, escondió también la ropa más nueva: «Hombre precavido vale por dos», murmuraba. Su suegra, empolvada y obesa, con su escote rosado, quizá irritado por los restregones de la toalla al limpiarlo, pulcra. Su suegra era más lista que ella. Narcisa no había escondido nada, ni siquiera había cerrado con llave los armarios. Sólo se había preocupado de abrirles la puerta a los periquitos.

Amparo se ha quedado dormida. En su cerebro hay una oscuridad negra, grande. De pronto una línea blanca como un reptil invade la negra pantalla. Da vueltas y se convierte en una elipse que gira. La elipse se vuelve el ojo de un animal, que da

miedo porque parece un ojo humano, insensible... Un triángulo llena la parte de arriba de una sábana grande y fría. Por debajo comienzan a desfilar soldados descalzos, cantando canciones. A lo lejos se oyen ametralladoras...

—¡Ya están ahí!

—¡Ya pasan...!

A través de la tela metálica de la ventana se ven los pies de la gente que corre hacia la esquina. Se oye música, tumulto. Serafina, con todo su pelo mojado por el petróleo, levanta la cabeza y dice:

—¡Son los soldados!

—¡Son los nacionales...!

Isabel abre la puerta y se escapa para verlos. Narcisa se excita también. Deja la labor y coge de la mano a Rosa para ir. Serafina corre indecisa por la casa, buscando algo para taparse la cabeza. Coge un pañuelo negro de su madre y se lo anuda ocultando todo el cabello. Amparo se incorpora de la cama:

—¿Tú también vas?

—Claro que voy.

Amparo la mira salir. Escucha sus pasos corriendo por la calle, en dirección a la esquina, como toda la gente. Se pone encima su capote de invierno y va a cerrar la puerta que Serafina ha dejado abierta. Se sienta luego escuchando la música, las cornetas, los cascos de los caballos, el paso acompasado de los soldados. Nota sus ojos llenos de lágrimas. Esconde la cara entre las manos y llora.

23

Un grupo de moros vestidos de caqui, con holgadas bolsas en las culeras del pantalón, cantaban bailoteando en el ancho andén, levantaban los brazos a los lados de la cabeza, hacían chascar los dedos. Reían.

—Son los moros —había dicho Félix Alegre, señalándolos.

El color gris de la estación, la niebla producida por el vapor de agua, se quebraba cerca de las juntas del techo y a lo lejos, siguiendo los raíles del tren, con el resplandor del sol. Algunas locomotoras echaban humo, otras pitaban. Los trenes desprendían por debajo agua hirviendo y un caldo parecido al alquitrán, que caía en el suelo ensuciando todavía más los travesaños de las vías. El silbar de las locomotoras, las voces de la gente que intentaba meterse en el repleto vagón, el canto de los moros, cobraba en el aire matinal alargados sonidos que se perdían a lo lejos como si no fueran reales.

Por fin habían llegado a Valencia, Dos noches de esperar en la estación de Lorca, un día entero de viaje, varias horas formando cola delante de una cerrada taquilla. Carreras, codazos y empujones, gritos, peleas. Menos mal que habían conseguido dos asientos para los tres.

Félix Alegre tenía la sensación de estar hinchado, sin huesos, convertido en una ampolla. Rosa, apenas entraron en el vagón, se había quedado dormida. Su cara era de un blanco ceroso. Las mejillas y la frente las tenía salpicadas de pequeños círculos amarillos, como si alguien se hubiera entretenido marcándoselas con un dedo manchado de tinta. Por la noche había tenido un cólico. En su ropa arrugada, vieja y llena de mugre, como la de casi todos los ocupantes del vagón, había unas manchas más recientes, secas ya, las de los vómitos. Isabel miraba bailar a los moros amorrada a la abierta ventanilla.

—¿Por qué llevan esas bolsas en el pantalón?

—No sé. Creo que guardan ahí sus cosas. Son para ellos como una especie de mochila.

A Félix Alegre le contaron, cuando estaba en el frente, que meses atrás habían cogido prisioneros a un grupo de moros y que notaron que uno de ellos hedía como un diablo. Lo desnudaron y dentro de la bolsa del pantalón, junto con pedazos de queso y carne, pan, unas ligas de mujer y tarjetas postales, encontraron una cabeza de muerto con toda la dentadura de oro.

—¿No les resultaría más cómodo llevar un saco?

—Tal vez no, porque ellos tienen esa costumbre. Son costumbres. Cada país tiene las suyas.

—¿Por qué bailan?

—Están contentos porque ha terminado la guerra.

La alegría de la paz. Félix Alegre miró a toda aquella gente apretujada, de pie en el vagón. Las caras endurecidas por el esfuerzo y la espera, por la privación de sueño, tenían un destello de alivio, unido a un poco de temor e incertidumbre quizá más recóndito. Aquella vieja, por ejemplo, aquella que miraba como fascinada la bombilla apagada del centro del vagón, el extintor de incendios, el letrero que ponía «Se prohíbe fumar», el timbre de alarma, y que no podía mover los pies del suelo —empapado como si lo hubiesen limpiado echando cubos de agua—, porque estaba todo lleno de sacos, maletas y de fardos, tenía en la cara una expresión feliz, como si se hubiera quitado de encima una gran preocupación.

La paz. Fue el día primero de abril cuando apareció en el tablón de los partes de guerra el último de ellos. Era corto, conciso y estaba enmarcado igual que los otros, los anteriores, como un cuadrado, como un diploma de carrera:

En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, nuestras tropas victoriosas han alcanzado sus últimos objetivos. La guerra ha terminado. Burgos, 1 de abril de 1939, El generalísimo Franco.

—Pronto estaremos en Castellón, en nuestra casa —pronunció Félix Alegre lentamente, en voz baja. Se había puesto al lado de su hija, de pie en la ventanilla, y

había colocado la cabeza de Rosa encima de su chaqueta, el cuerpo ocupando los dos asientos.

—¿Cuándo llegaremos?

—Si el tren sale puntual, antes de mediodía.

Enfrente de ellos iba un matrimonio con un niño pequeño. Ella tenía mucho vello en la cara, era alta y bien plantada. El hombre besuqueaba al niño. Lo había sentado sobre sus rodillas y le insistía:

—Di papá.

La criatura, que tendría un año, lo miraba y perneaba sin hablar.

—Di papá.

—Ahora está aturdido. Ya verás como después lo dice.

El hombre y la mujer contemplaban al niño. Se lo pasaban de uno al otro como quien traslada un vaso muy frágil y muy precioso. La mujer que desde hacía unos momentos contemplaba con atención a Félix Alegre, dijo:

—Yo a usted lo conozco. ¿Usted no es de Castellón?

—Sí señora —contestó con orgullo, con cara de profunda satisfacción.

—¿Usted no despachaba tela en el comercio de Las Cuatro Esquinas?

—Exactamente. Allí mismo.

A Félix Alegre, al sonreír, se le veía la mella de en medio, los dientes negros de nicotina y de sarro.

—Nosotros también somos de Castellón. Vivimos por el convento de los Capuchinos, en una calle que se llama del Ebanista Hervás.

—¡Ah, sí! —exclamó Félix Alegre y se imaginó el paseo de los Frailes, sembrado de palmeras, con banquitos de piedra a los lados, con la Acequia Mayor circulando, turbia, grisácea, terrosa, arrastrando una ramita de rosal, un papel, algún insecto.

—Cuando entraron los fascistas yo estaba en el frente. Ésta no evacuó porque acababa de tener el niño y se encontraba muy débil. En la última carta que pude enviarle le dije que cuando acabara la guerra, si estábamos vivos, yo acudiría a casa de unos parientes que tenemos aquí en Valencia. Ahora ha venido a traerme un traje de paisano para que pueda volver a casa.

—Mi marido aún no conocía al niño —añadió ella.

El marido miró a la mujer, grande, con oscuras sombras de vello en las mejillas y la sotabarba, la miró con amor, con profundo reconocimiento. Le hablaba a Félix Alegre como si al ser de su mismo pueblo estuviera dentro del seno de su familia y los dos tuvieran el mismo número de glóbulos rojos en las sangres gemelas.

—Dicen que buscan a los soldados republicanos y los llevan a campos de concentración. Uno, vestido de paisano, va más tranquilo.

—¿Y usted ha oído decir algo sobre lo de Gandía? A mí me dijeron que teníamos que ir todos a Gandía. Que lo habían ordenado por radio.

—Sí, dijeron que en el puerto de Gandía se embarcaría a todos los que quisieran irse. Hacia el extranjero.

Bajó más la voz y añadió:

—Pero allí no había barcos. Ni uno. Se han encontrado copados, apretados como chinches y sin una embarcación. Ni rusos, ni franceses, ni ingleses han querido arriesgarse ahora que han visto que la República ha perdido la guerra.

—Parece mentira.

—Para más escarnio entraron las tropas con los italianos a la cabeza, y aún insultaban. Dicen que más de un jefe republicano se ha suicidado. Un desastre. A mí me lo contó uno que pudo volver a Valencia al ver cómo andaba aquello.

—Sí que es una buena cabronada.

—Yo ya me veía venir el chaparrón y pensé: «Me voy a mi casa. El que quiera algo, que me busque».

—Eso mismo digo yo.

Había un fondo de inquietud en las palabras desafiantes de los dos hombres. Pasaron unos momentos. El tono de Félix Alegre se animó al preguntar a la mujer:

—¿Y cómo está Castellón?

—Muy destrozado, mucho. Pero peor está Nules. Nules está como la palma de la mano, como si lo hubiera arrasado un terremoto. No queda en pie ni una casa.

—¿Y hay comida?

—Eso sí, comida hay para hartarse: botes de leche, carne, pan blanco, de todo. En Castellón, desde que entraron los nacionales no nos ha faltado nada.

El hombre sonrió, contento:

—Yo casi he cogido una indigestión. Ésta me trajo una cesta llena de bocadillos, bocadillos de todas clases: de jamón, de tortilla, de pescado... —Terminó con la boca de oreja a oreja.

—No me hable de indigestiones. Yo también llevo a la señora enferma. Anoche tuvo un cólico. De tantas lentejas que quiso comer en Alcantarilla. El tren de Lorca empalmaba en Alcantarilla con el que venía de Valencia. Nos encontramos con la sorpresa de que en la cantina daban comida caliente. ¡Bueno...! Mi señora y mi hija llevaban muchos meses pasando hambre y los últimos días apenas pudimos comer. Mi señora, al ver las lentejas, perdió los estribos. Y le han hecho daño. Ahí está durmiendo la pobre.

Isabel comprendió que su padre no quería decir que Rosa se había vuelto tonta. Que tampoco quería contar nada de Leopoldo. Pensó en su tía Constantina, en su abuela. Se las imaginaba esperando en la estación de Castellón, junto al quiosco de periódicos, al lado de la campanilla que señalaba las salidas del tren, las llegadas... Su tía, seca y morena, vestida con aquellos trajes oscuros y pasados de moda que le tapaban el tobillo; su abuela, diminuta, calzada con unas zapatillas de paño a las que solía recortar unas ventanas cuadradas para que se asomaran los juanetes: «¿Y el niño?», preguntarían en seguida. Y Félix Alegre, entonces, no tendría más remedio que explicar que Leopoldo había muerto.

La mujer del vello en la cara está contando que cuando entraron los nacionalistas metieron mucha gente en la cárcel, gente de izquierdas. Que en la plaza de toros las muchachas del Frente de Juventudes hacen gimnasia y desfilan haciendo evoluciones con boinas rojas sobre la cabeza, que después de realizar toda la tabla de ejercicios gimnásticos forman un letrero que dice: FET de las JONS. Que las cabezas que forman el letrero, con la boina, parecen flores. Un gran jardín de amapolas.

—Faltan dos minutos para que salga el tren —anuncia un hombre que parece un labrador y que lleva pantalones de faena.

La gente mira por la ventanilla. Son soldados, soldados republicanos en su mayoría, personas con las mejillas chupadas, refugiados que vuelven a su pueblo, sucias las ropas, viejos con cara de mendigos, enflaquecidos, llevando dentro de las arrugas reguerillos oscuros e inmóviles con el polvo y el sudor acumulado permanecen apretujados. En los primeros momentos se han peleado por el sitio que ocupan. Ahora, calmados ya, acostumbrados a la nueva posición, se gritan unos a otros su personal aventura de guerra con una especie de embriaguez producida tal vez por la novedad del lugar, la esperanza de volver a casa, la cordialidad de los otros. Sin embargo, algunos momentos, las voces se vuelven roncadas, sordas, cansadas y las cejas se encallan, altas e inmóviles, sobre los ojos fatigados.

Por fin se oye el ruido de las poleas de las ruedas y el tren lanza un pitido vigoroso, prolongado, que choca contra todos los ángulos de las paredes de la estación y vuelve amortiguado a los oídos de los ocupantes del vagón.

—Ya sale —dice una mujer. Abre los ojos desmesuradamente, como si el hecho de que el tren se ponga en marcha equivaliera a un milagro y le produjera pavor.

El corazón de Isabel comienza a latir de prisa. Ella cree oír los latidos, repetidos por la marcha del tren, como cuando salieron de Lorca, después de esperar dos días y dos noches apoyados sobre los fardos, envueltos en mantas y atados con cuerdas, en los que llevaban toda la ropa que les quedaba, creyó que el tren iba repitiendo la frase aquella con que amenazaba a su hijo la Blasa, aquella mujer de la calle de Saavedra; «Te voy a eslomar, ladrón», «Te voy a eslomar, ladrón...».

La mujer del vello en la cara pone en la boca del niño trozos de pan con tortilla. El padre lo mira enternecido, hueco, orgulloso. Félix Alegre y su hija tragan saliva desesperadamente.

Se ven las afueras de Valencia, un paso a nivel con una cadena echada, una carretera por la que ruedan dos camiones y una bicicleta. En el cielo, muy azul y muy brillante, hay unas nubes blancas algodonosas, espesas, que por un momento recuerdan una cabalgata de camellos.

Rosa se despierta. Mira a su alrededor asombrada, contempla el paisaje que huye, fija la mirada en sus propias rodillas y vuelve a cerrar los ojos. Félix Alegre le pone la mano en la frente y en la cara se le forma una máscara de preocupación. Le dice a Isabel:

—Creo que tiene fiebre.

Se ven las barracas de la huerta, las barracas valencianas con su techo de cañizo. El Cabañal. El verde crecido de los arrozales. El tren se detiene en una estación pequeña. Bajan algunos viajeros. Arman un gran barullo empujando para salir, bajando bultos. Un grupo que espera en el andén, al descubrir a un chico delgado con el pelo cortado a cepillo, comienza a soltar gritos. Una mujer seca y enlutada, con cara de cabra, lo abraza frenéticamente y llora. Grita: «¡Hijo mío!». El chico se deja abrazar avergonzado. Una muchacha robusta, cuadrada, los contempla sonrojada, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

Pita el tren. Se pone de nuevo en marcha. En una curva Isabel se da cuenta de lo largo que es, de las ventanillas que tiene. Unas ventanillas todas llenas de caras. Se arrastra por un paisaje rico, fértil, de arrozales verdes, de cañaverales, de naranjos llenos de flor. El hombre de Castellón habla del último día de la guerra:

—Yo no sabía si se habían vuelto locos o si les había dado un ataque. No oí la radio cuando dijo que la guerra se había terminado. Sólo vi que los de la trinchera tiraban al suelo los fusiles y corrían hacia el enemigo, que los fascistas con las manos vacías venían hacia ellos. Y no supe qué pasaba. Rojos y azules abrazándose, bailando. Algunos lloraban de alegría.

El tren silba, jadea, corre... Rosa continúa dormida, con la mano apoyada debajo de la cara. Félix Alegre eleva sus abultados ojos al techo, con un gesto de tristeza. Piensa en la cartilla de la Caja de Ahorros, cancelada, de la que han gastado hasta el último céntimo, Piensa en los pendientes largos de Rosa, en las dos alianzas, cambiados por aquellos sacos de patatas. En el comercio de ropas del señor Nelo, que ya no podrán comprar. Piensa que lo más probable es que al llegar a Castellón lo agarren y lo metan en la cárcel. Por rojo. Por haber huido cuando iban a entrar los fascistas. «El que teme, algo debe», le dirán.

La mujer del vello en la cara va diciendo:

—Uno piensa, después de todo lo que ha pasado, que lo más importante en el mundo es vivir. ¡La cantidad de personas que han muerto!

—Y es verdad —razona el marido—. No deben de poder contarse los muertos; el frente, los bombardeos, los fusilamientos, los paseos... ¡Más muertos que vivos...! Casi seguro que hay más muertos que vivos.

Paran en otra estación. Hay una barrera de hierro y unas glicinas caen, desmayadas, fragantes, con su corola amariposada, de color azul, en sazón, Unas abejas revolotean sobre ellas. La gente que quiere bajar, empuja para salir. Los del andén miran ansiosos y algunos recorren con la vista todas las ventanillas, todas las puertas.

Las glicinas, las abejas. La vida. Las palabras de la mujer; «Lo más importante en el mundo es vivir». Tiene razón. Seguramente tiene razón. No quiere pensar en el futuro que teme. No quiere. Su voz es casi optimista cuando le dice a su hija:

—Y ahora volveremos a empezar. Llevaremos a tu madre a un buen médico, y volveremos a empezar.

FIN

Vallvidrera, Barcelona, marzo de 1966.



MARÍA CONCEPCIÓN ALÓS DOMINGO, más conocida como CONCHA ALÓS (Valencia, 1926 - Barcelona 2011) fue una escritora española. El reconocimiento le llegó tarde y nunca fue unánime ni completo. Inscrita en la corriente del realismo y de la novela de testimonio social, la crítica la denostó a menudo por su uso demasiado atrevido del lenguaje. En ocasiones, sus expresiones podían llegar a sonar obscenas o incluso brutales, especialmente para la época.

No se libró de la censura y no contó con la bendición de los expertos, pero algunas de sus novelas llegaron a obtener grandes tiradas. Es el caso de *Los enanos*, publicada dos años antes que su galardonada *Las hogueras*, pero especialmente de sus obras posteriores, a caballo entre las décadas de los sesenta y los setenta: *El caballo rojo*, *La madama*, el libro de relatos *Rey de gatos* y *Os habla Electra*.